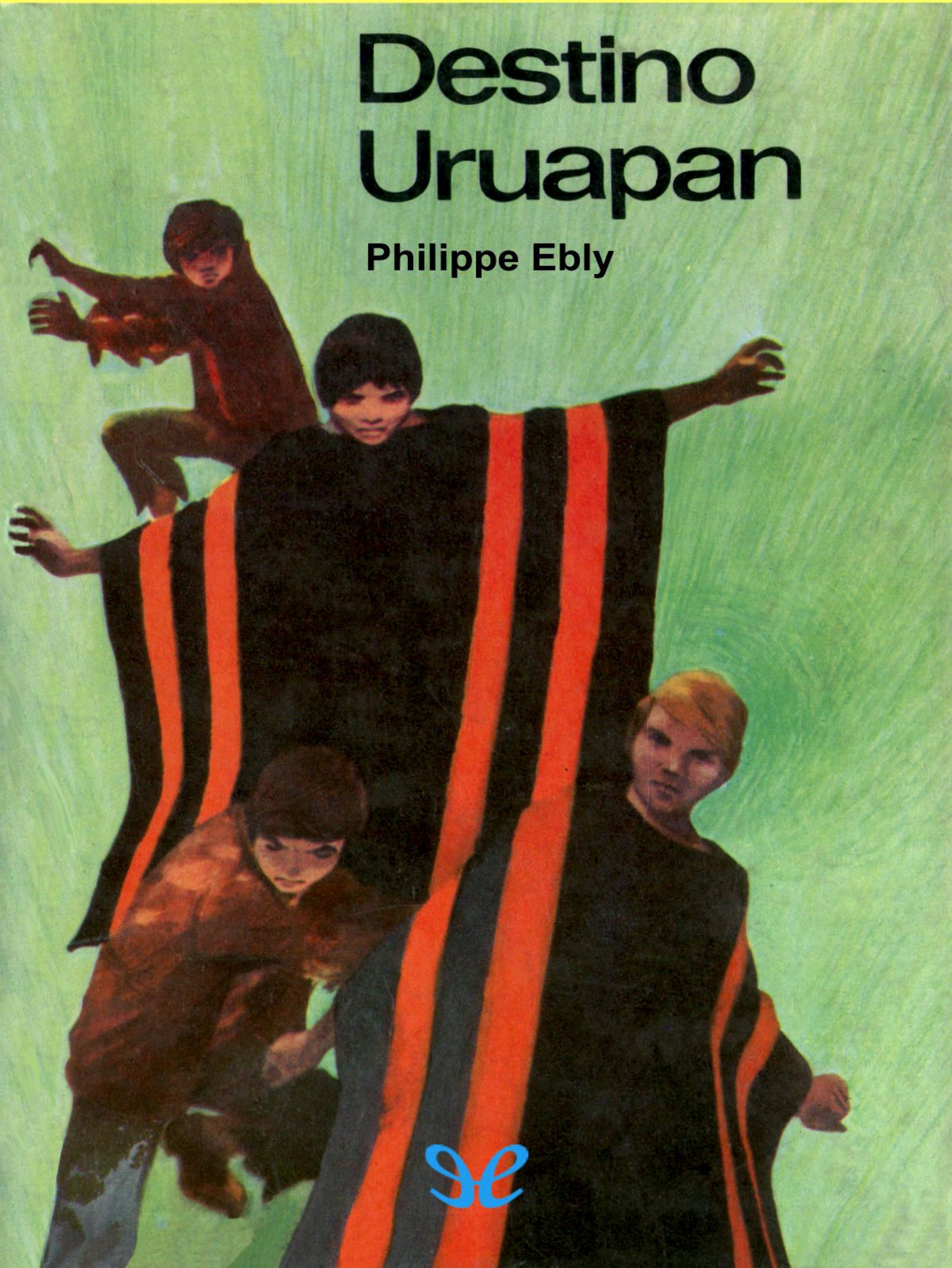
Los conquistadores de lo imposible

Destino Uruapan

Philippe Ebly



En Estados Unidos, en el pequeño aeropuerto de Champaign, mientras esperan una conexión aérea a Chicago, Sergio Daspremont y dos hermanos, Raúl y Marc Forestier, son testigos del robo de diamantes. Los ladrones, que quieren deshacerse de estos molestos testigos, deciden secuestrar a los jóvenes franceses y abandonarlos en medio del desierto mexicano. Los jóvenes aún logran regresar a un pequeño pueblo, donde se encuentran con Xolotl, un adolescente de su edad, quien declara que puede guiarlos a Uruapan, la gran ciudad más cercana.

Philippe Ebly

Destino Uruapan

Los conquistadores de lo imposible - 1

ePub r1.1

diegoan 09.06.2020

Título original: *Destination Uruapan*
Philippe Ebly, 1972
Traducción: María Luisa Martínez Alinari
Ilustraciones: Yvon Le Gall

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Destino Uruapan

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

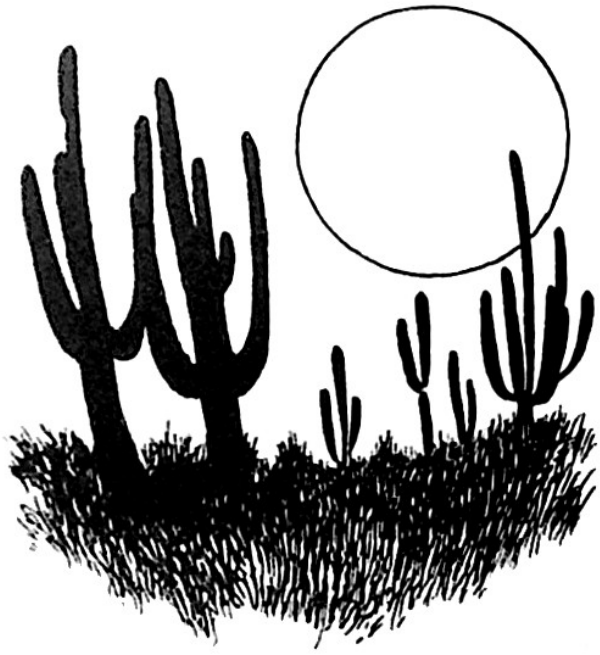
Capítulo XVI

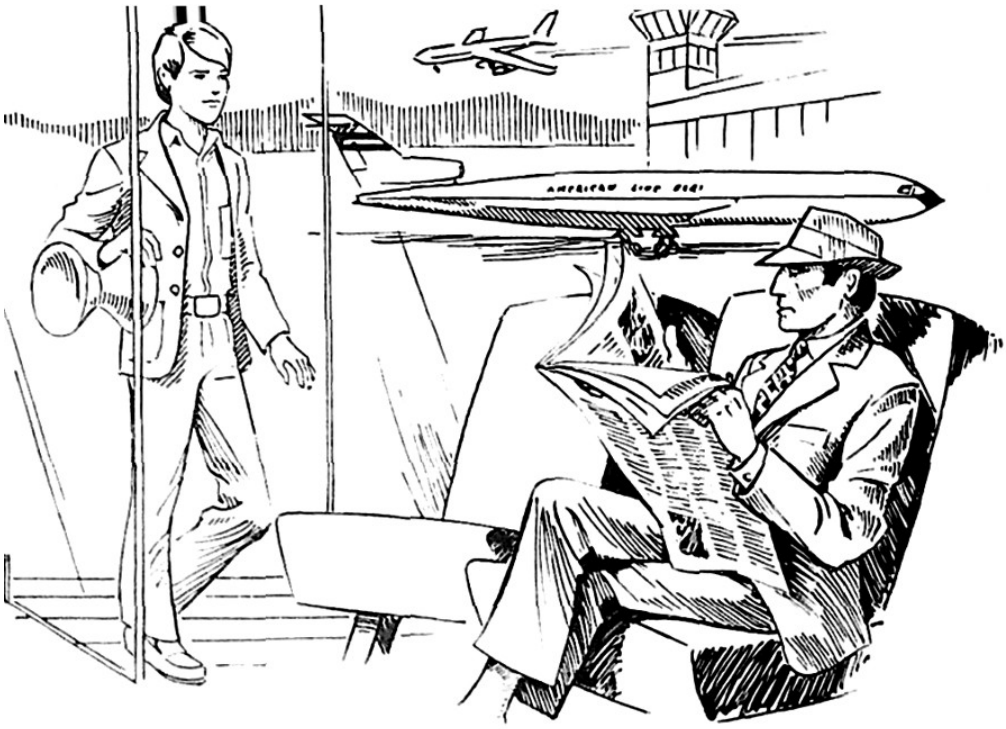
Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Sobre el autor





I

El avión se posó, corrió hasta el extremo de la pista y fue a colocarse ante el edificio del aeropuerto. Una decena de pasajeros bajaron en Champaign. Entre ellos, Sergio parecía el menos presuroso. Tenía que tomar el primer avión para Chicago, y le quedaban dos horas de espera. Sabía que Champaign no ofrecía ningún interés turístico y prefería perder aquellas dos horas en el aeropuerto que paseando al azar por las calles. Después de todo, Champaign, era una ciudad media de Illinois, semejante a tantas otras ciudades norteamericanas.

Sergio mostró su billete de avión a un empleado que no hablaba francés. El hombre pronunció una frase que era probablemente amable, pero incomprensible para Sergio, cuyos conocimientos de inglés eran muy elementales. Sin embargo, el gesto que puntuaba esta frase era muy claro y Sergio comprendió que le indicaban la sala de espera. Dio las

gracias y fue allí. Era igual que ir a otra parte. Faltaban unos minutos para las diez de la mañana.

En aquella sala de espera, desde donde se podía ver tan bien la pista, había una docena de sillones confortables. El único ocupante de la sala era un hombre vestido de gris, con un sombrero flexible. El color del traje era tan perfectamente idéntico al de los sillones, que Sergio estuvo a punto de no advertirlo. El hombre echó una rápida ojeada al recién llegado y se sumió en la lectura del diario que había abandonado un instante. Sergio, que no tenía nada que leer, se sentó junto a la ventana, de modo que pudiera ver la pista, y se dispuso a aburrirse durante dos horas.

Unos minutos más tarde, aterrizó un avión, del cual bajaron algunos pasajeros. Dos de ellos entraron en la sala de espera y fueron a sentarse a poca distancia de Sergio. El hombre vestido de gris les lanzó una breve mirada y desapareció detrás de su diario. Por su parte, Sergio les echó una rápida ojeada. Eran dos muchachos el mayor de los cuales podía tener su edad, quince o dieciséis años, y el menor trece o catorce. Se veía enseguida que se trataba de dos hermanos. Apenas sentados comenzaron a hablar en voz baja. Sergio hizo un movimiento de sorpresa y no pudo impedir volverse hacia ellos.

—¿Son franceses? —preguntó—. Es tan raro encontrar franceses aquí.

Poco sorprendido, el mayor de los muchachos reaccionó favorablemente. Tuvo una sonrisa abierta y se presentó sin vacilar.

—Sí, somos franceses. Me llamo Raúl Forestier y mi hermano Marcos. Vamos a pasar dos horas aquí y no tenemos ganas de estar más tiempo.

Sergio se presentó a su vez, encantado de haber encontrado a unos compatriotas para pasar aquellas dos horas de espera.

—Sergio Daspremont… Voy a reunirme con mi padre en Chicago.

—Nosotros también —dijo Raúl—. ¡Qué coincidencia!

Los dos Forestier fueron a sentarse cerca de Sergio. Eran muy simpáticos y tenían la particularidad de parecerse mucho, de tener la misma forma de cara, la misma fisonomía abierta, los mismos cabellos castaños, y los mismos ojos gris pizarra.

—Mi padre asiste a un congreso —prosiguió Sergio— y tiene que quedarse en Chicago durante cinco días. Como no quería dejarme dando vueltas en la habitación de un hotel, me ha ofrecido un viaje circular por el esto de los Estados Unidos. Estaba organizado por una pequeña agencia que se dedica a eso. He visto cosas interesantes, pero me ha hecho viajar por rincones alejados.

—Es realmente curioso —interrumpió Raúl—. A nosotros nos ha ocurrido lo mismo. Apostaría a que es la misma agencia.

Y citó el nombre de la agencia.

—En efecto —dijo Sergio—. No he visto nunca escalas más extrañas… ¿Y por qué nos han hecho pasar hoy por este agujero?

—No lo sé —dijo Raúl.

Mientras hablaba, Sergio continuaba mirando vagamente la pista. Atrajo su atención un pequeño avión privado que acababa de aterrizar y que se acercaba al edificio central. En cuanto se detuvo, una camioneta se acercó a él como si quisiera hablarle. Unos instantes después, un gran automóvil negro fue a colocarse a su vez cerca del avión. Lo que ocurrió en aquel momento fue muy rápido. Sergio vio que el chofer de la camioneta golpeada al piloto, que cayó al suelo. Fue una visión fugitiva, pues casi al mismo momento el automóvil negro ocultó al piloto caído en el suelo. Sergio no pudo retener un grito de sorpresa.

—¡Oh!

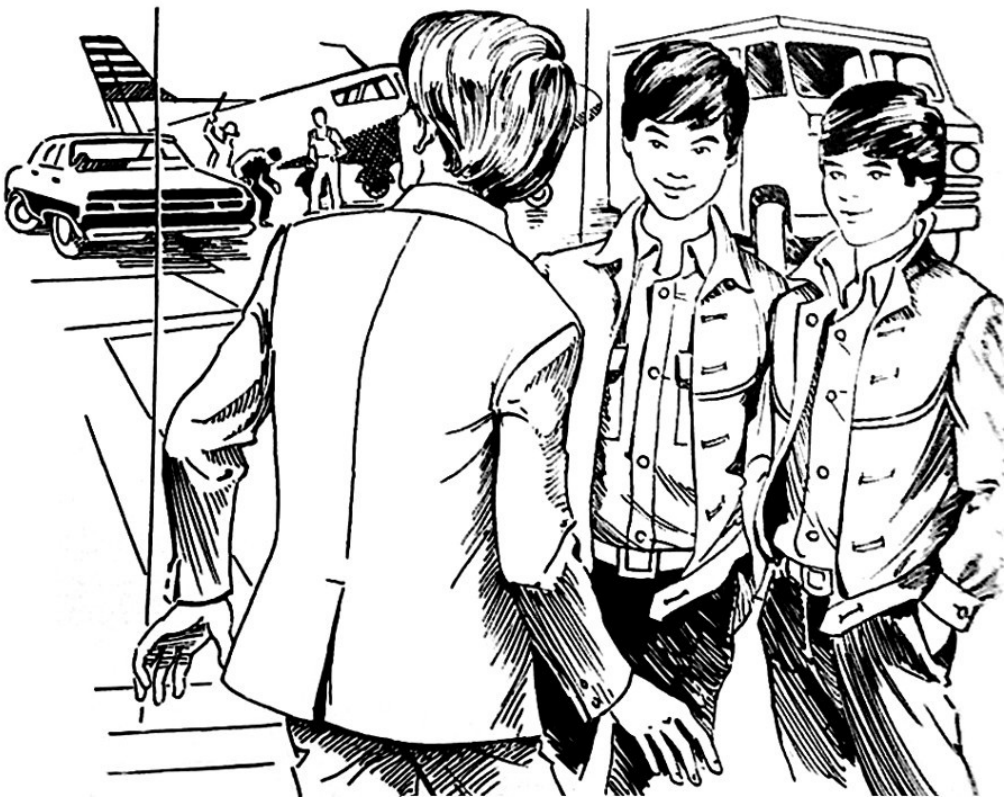
Sergio estaba muy pálido y parecía incapaz de decir más por el momento. Había visto ya asaltos en el cine, pero nunca en la realidad, y era evidentemente una gran emoción para él… Raúl y Marcos, siguiendo la dirección de su mirada se volvieron hacia la pista, pero demasiado tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó Raúl.

En pocas frases, Sergio contó lo que había visto.

—Todo fue muy rápido y el auto negro llegó casi al mismo momento… Pero estoy seguro de haber visto bien. El chofer de la camioneta derribó de un golpe al piloto… ¡Pobre hombre!

—¿Podían haberlo visto de otro lado? —preguntó Raúl.



—No —respondió Sergio—. Estaban ocultos por la camioneta. Solo podía vérselos desde aquí…

En aquel momento, el piloto del avión rodeó la camioneta y fue a hablar al hombre que conducía el

automóvil negro.

—Todo parece normal —observó Raúl—. No tiene el aire de un hombre al cual se acaba de golpear.

—No es él —respondió Sergio—. Estoy seguro de que no es él.

—¿Entonces de dónde sale ese?

—No lo sé —repuso Sergio—. Sin duda de la camioneta…

Raúl le miró como si fuese a hablar, vaciló y terminó no diciendo nada. Los tres muchachos continuaron observando la pista. El piloto, verdadero o falso, ayudaba a los ocupantes del automóvil negro a descargar las cajas del avión y a colocarlas en la camioneta.

—Si eso ha ocurrido así —dijo Raúl— están robando toda la carga del avión… Hay que intervenir… Hay que prevenir a la policía…

—Seguro —reconoció Sergio— pero yo no conozco el inglés lo bastante para hacerme entender.

—Yo me defiendo bastante bien —dijo Raúl—. Es muy sencillo, basta con advertir a la dirección del aeropuerto. Ellos sabrán a quién prevenir. Pero tenemos que actuar rápidamente. Cada segundo es importante.

—¡De acuerdo! —dijo Sergio.

Los tres se levantaron para salir y constataron que el hombre vestido de gris, cuya existencia habían olvidado, se había acercado a ellos mientras discutían.

—He oído todo lo que decías —dijo—. Tienen razón. Hay que advertir inmediatamente a la policía.

Hablaba correctamente el francés, pero con un fuerte acento norteamericano.

—¿Ha visto lo que ha pasado? —preguntó Sergio.

—Sí, lo he visto —respondió el hombre—. Lo he visto porque estaba aquí para ver. Me llamo Smithson. Dirijo una agencia de policía privada, y sabía que hoy ocurriría algo aquí.

—¿Entonces va a avisar a la policía? —preguntó Raúl.

—Exactamente, no —dijo el hombre—. Lo que veis ahora es una ratonera. Tengo que seguir a esos hombres, porque hay que detener al resto de la banda… Entonces, no voy a avisar enseguida. Los seguiré en mi coche.

Smithson reflexionó rápidamente. Sergio lanzó una ojeada a la pista. Junto al avioncito, los hombres continuaban descargando las cajas sin apresurarse. Todo estaba tranquilo, y nadie parecía sospechar nada.

—Voy a necesitarlos —dijo Smithson—. Ustedes han visto golpear al piloto. Su declaración va a ser muy importante… ¿Qué avión esperan?

—El de Chicago —dijo rápidamente Raúl.

—Les faltan dos horas. Tenemos tiempo… Vengan conmigo. Vamos a seguirlos. Enseguida declaran, y los vuelvo a traer aquí. Volveremos mucho antes de la hora de su avión. ¿De acuerdo? Síganme de prisa. No tenemos tiempo que perder.

Sin esperar las respuestas, Smithson se dirigió hacia la puerta andando rápidamente. Los tres muchachos se levantaron simultáneamente para seguirle, arrastrados a su pesar por aquella rápida decisión. El coche del detective estaba muy cerca de las oficinas. En el momento en que se disponían a subir a él, la camioneta salió del aeropuerto, seguida de cerca por el auto negro. La camioneta se dirigió a la izquierda y el coche negro a la derecha.

—Suban de prisa —dijo Smithson—. Hemos llegado a tiempo.

Hizo sentarse a los tres muchachos en el asiento posterior, él se puso al volante y el automóvil partió rápidamente hacia la derecha siguiendo al coche negro.

—¿No sigue la camioneta? —preguntó Sergio.

—No —dijo el hombre—. Tengo informes acerca de este robo y procedo en consecuencia. ¿No saben cómo suele ocurrir esto?

—No… —dijo Sergio después de una breve vacilación.

—En realidad lo que han robado son diamantes. Normalmente, los diamantes se transportan en un coche blindado, escoltado por la policía. Es lo que se hace generalmente, pero no siempre se logra guardar el secreto. Si los «gangsters» están bien informados y bien armados, el coche blindado no los asusta y los diamantes se roban de todos modos. Entonces de vez en cuando se cambia de método. Se hace el transporte en el mayor secreto, sin ninguna precaución manifiesta.

—¿Es, sin duda, lo que pasó hoy? —preguntó Raúl.

—En efecto. Oficialmente, el avión transportaba cajas de productos químicos; en realidad había una cajita de diamantes con las cajas. Los productos químicos continuaron el viaje con la camioneta, y los diamantes van en el automóvil negro. Como ven, es muy sencillo.

Smithson seguía el coche negro a varios centenares de metros, sin tratar de acercarse a él. Sergio lanzó una ojeada al tablero de los instrumentos y vio que la velocidad no pasaba de las cincuenta millas por hora.

—No van muy de prisa, para gentes que huyen —observó.

—No olviden que no hemos dado el alerta —dijo Smithson—. No saben que los perseguimos. No tienen razón para apresurarse. Para ellos, vale más ir lentamente.

—¿Por qué? —preguntó Raúl.

—Porque les interesa pasar inadvertidos. En Illinois, la velocidad está limitada severamente. Si pasan de las cincuenta millas los detendrá la policía de carretera. Cuando se transportan diamantes robados, es mejor…

Sergio no insistió. La explicación de Smithson era razonable, pero le resultaba rara aquella persecución que se hacía a una velocidad de paseo. Normalmente, el detective habría debido tratar de no acercarse mucho a los fugitivos para no llamar su atención y al mismo tiempo no alejarse demasiado para no perderlos en una encrucijada. En realidad, Smithson iba siempre a la misma velocidad, sin tomar precaución alguna. ¿De dónde venía aquella despreocupación? ¿Tenía informes de los cuales no hablaba? ¿Sabía a dónde iba el auto negro? Era muy posible…

Sergio miraba la ruta y se preguntaba dónde terminaría la persecución. Se le ocurrió que entre los diamantes podía haber una pequeña emisora. Si dicha emisora existía y si Smithson tenía el receptor correspondiente, podía encontrar fácilmente el automóvil negro y su despreocupación se explicaba. Sergio miraba el tablero de instrumentos sin hallar nada anormal. Tenía los elementos habituales, sin otro equipo suplementario. Bien… pero el receptor podía ser muy pequeño, lo bastante pequeño para que Smithson lo llevase sobre él. También era posible aquello.

La ruta atravesaba un bosque, con muchas vueltas y revueltas. Durante largo tiempo perdieron de vista el auto negro, pero lo volvieron a ver en cuanto estuvieron en terreno descubierto. En ningún momento Smithson había consultado un aparato. No parecía tener la menor vacilación. Ahora Sergio estaba convencido de que ocurría algo anormal. Smithson sabía seguramente dónde iba el auto negro.

Sergio comenzaba a comprender que había aceptado demasiado pronto la invitación de Smithson. ¿Era realmente un detective? Lo había dicho, pero sin dar ninguna prueba,

sin mostrar ningún documento. A medida que pasaba el tiempo, y la persecución se prolongaba, Sergio se sentía cada vez más inquieto.

Lanzó una mirada a sus compañeros, tratando de adivinar si sospechaban algo. El más joven, Marcos, miraba la ruta y el paisaje con una confianza total, visiblemente encantado de aquel paseo imprevisto. Evidentemente no recelaba nada. En cuanto a Raúl… era más difícil decirlo. Su rostro impasible no mostraba absolutamente nada. Si estaba inquieto, lo ocultaba bien.

Unos instantes después, el coche negro disminuyó la marcha para meterse por un camino empedrado a la derecha de la ruta. Smithson lo siguió tan de cerca que era imposible que los bandidos no lo vieran. En aquel momento, las sospechas de Sergio se transformaron en certidumbre. Smithson era un cómplice de los ladrones de diamantes. Los tres muchachos eran los únicos testigos del robo y estaban en poder de los bandidos en una región deshabitada, lejos de todo auxilio.

II

Durante algunos minutos, Sergio se sintió tentado a probar la evasión a toda costa. Consideró las tentativas más locas… golpear a Smithson, o saltar del coche en marcha. Pero el automóvil solo tenía dos puertas, y Smithson había puesto a los muchachos en el asiento de atrás. Además, es más difícil huir tres que uno solo. Sergio no lo había pensado antes, pero lo comprendía ahora. Bastaba, por ejemplo, que detuvieran a Marcos para que Raúl no huyese. No abandonaría a su hermano, y tenía razón para ello. No, por el momento no había evasión posible. Las cosas se presentaban mal.

Sergio no tuvo tiempo de reflexionar más. El camino empedrado, que serpenteaba desde algún tiempo atrás entre colinas boscosas, desembocó en una inmensa pradera con un suave declive. Sergio percibió entonces un pequeño avión casi enteramente oculto entre unos árboles. Pintado de verde, era prácticamente invisible a distancia. Sus dos motores giraban lentamente y dos hombres en ropa de

trabajo lo vigilaban. El automóvil negro se detuvo junto al avión, y Smithson se situó a su lado. Los hombres con ropa de trabajo no tuvieron ninguna reacción al ver dos coches en lugar de uno. Sergio volvió la cabeza hacia Raúl y vio por su actitud que tenía las mismas sospechas que él, y que la traición de Smithson no le asombraba. Marcos, por el contrario, no había adivinado nada y se veía claramente en su rostro. Se disponía a hablar, pero Raúl fue más rápido que él.

—Calla —le dijo a media voz—. Ni una palabra y sobre todo ni un gesto.

Smithson acababa de parar el motor. Había oído la advertencia de Raúl y se volvió hacia los tres muchachos, con la mano aún en la llave de contacto.

—Sí —dijo—. Calla. Es un buen consejo. Cállense los tres.

Los miró uno tras otro, como si quisiera hacerles sentir el peso de su autoridad y sus ojos se detuvieron en Sergio.

—Tú, sobre todo —prosiguió—. Te vigilaba por el retrovisor, y vi que desconfiabas, que sospechabas algo…

Sergio no había pensado en el retrovisor. Comprendió que había sido muy imprudente desde el comienzo. Irritado contra sí mismo, desvió los ojos para no ver a Smithson. Entonces fue cuando vio que los dos ocupantes del auto negro, descendidos de su coche, los vigilaban. Uno de ellos tenía una pistola y les apuntaba. Toda resistencia era inútil.

—Quédense donde están —continuó Smithson—. No hagan tonterías. Ven que estamos armados. Quédense tranquilos, y no les ocurrirá nada.

Entonces salió del coche, cerró la portezuela y se unió a los ocupantes del auto negro. Los dos hombres con ropa de trabajo se acercaron y se entabló una conversación. Los cinco hombres hablaban en voz alta y rápidamente. Sergio conocía muy poco el inglés para comprender lo que decían,

y no lo intentó. Después de algunas frases, se volvió hacia Raúl con una mirada de interrogación. Raúl escuchaba con atención, pero ante la muda pregunta de Sergio, alzó los hombros.

—Hablan demasiado despacio —dijo en voz baja—. Y tienen un acento terrible. Deben ser de Texas o del *far west*. Son mucho más difíciles de entender que los norteamericanos del este. No consigo seguirlos.

Sergio no insistió. Miró a los cinco hombres de nuevo, tratando de adivinar algo en su actitud. Tuvo la certidumbre de que Smithson era el jefe. Hablaba con autoridad creciente. Al observarlo, Sergio recordó cómo Smithson los había abordado en el aeropuerto, y con qué facilidad les había convencido para que le acompañasen. «Sí» —pensó Sergio— «es muy fuerte. Nos ha metido en el bolsillo. Y nosotros nos hemos dejado engañar como niños. Se ha debido reír interiormente…». Luego le sacó de sus pensamientos una voz que decía junto a él:

—¿Y si ahora tratásemos de huir? —le preguntó Marcos en voz baja—. Mientras ellos hablan… Saliendo por el otro lado… eso me parece posible.

—Inútil —le interrumpió Raúl—. Si abrimos la portezuela nos oirán. No tendremos tiempo de salir los tres. Nos darán alcance antes de haber recorrido diez metros, y no vacilarán en disparar contra nosotros. ¿Has visto qué armas llevan? Colts. Nada menos… No, Marcos, no podemos hacer nada, por ahora… Más tarde quizás…

Sergio aprobó con un ademán de cabeza. Los bandidos parecían decididos a todo. Se acordó, con escalofrío, cómo derribaron al piloto una hora antes y se preguntaba qué habría sido de él… En aquel momento, la conversación de los hombres pareció terminar. Smithson volvió a su coche y abrió la portezuela por el lado donde estaba sentado Sergio. Llevaba también un Colt en la mano.

—Salgan —dijo— y suban al avión. Se sentarán en la parte de atrás… Y no traten de fugarse.

Sergio salió evitando cuidadosamente todo gesto inútil. Vio que el cañón del Colt le apuntaba y aquello no le agradaba. Tuvo aún tiempo de oír que Raúl daba un último consejo de prudencia a su hermano. Luego subió al avión y los dos hermanos lo siguieron enseguida. La parte de atrás tenía solo dos asientos, pero como los muchachos eran delgados se arreglaron. Mientras se instalaban, Smithson añadió:

—Son demasiado curiosos. Vamos a llevarlos a un rincón tranquilo, bastante lejos de aquí. Así no podrán contar lo que han visto esta mañana.

Su actitud no tenía nada de amenazadora. Hablaba con voz tranquila, como si se tratase de un viaje cualquiera. El único detalle inquietante era el Colt que no había soltado. En la otra mano tenía un paquetito del tamaño de un paquete de cigarrillos («Son los diamantes, pensó Sergio. Quizás es el único punto en que no ha mentido»). Luego Smithson se instaló en la delantera, a la derecha, y el chofer del automóvil negro se sentó en el asiento destinado al piloto. Inmediatamente probó los motores, dio toda la potencia y despegó. El avión tomó altura fácilmente. En cuanto estuvo en la altitud de crucero, Smithson se volvió hacia los tres muchachos.

—Van a beber lo que voy a darles —dijo—. Es un calmante. Así no tendré que vigilarlos continuamente, y estaré seguro de que no cometen tonterías. No traten de resistirse o les irá mal.

Sacó un frasco chato de uno de sus bolsillos, y le quitó el tapón que podía servir de copa. Lo llenó y echó en él dos comprimidos blancos que se disolvieron enseguida. Entonces, tendió la copa a Sergio que percibió un olor a *whisky* norteamericano.

—Tú primero —dijo—. Ya que eres el más curioso. Y bébetelo todo.

Sergio comprendió que no le quedaba otro remedio. Si los comprimidos no hubieran estado mezclados con el *whisky*, habría podido tratar de no tragarlos, de conservarlos en la boca para escupirlos más tarde. Como se presentaban las cosas era totalmente imposible. La única actitud que podía adoptar era no demostrar que tenía miedo. Smithson lo miraba con autoridad y parecía esperar con impaciencia. Sergio se decidió, tomó la copa y la vació de un trago, diciéndose que quizás aquello no era un tranquilizante, pero que tenía que mostrarse sereno. Era un buen *whisky*, si se entendía como bueno «muy fuerte» y no «agradable al gusto». A Sergio le pareció que una oleada ardiente le corría

por la garganta y el esófago, y que aquello permanecía como una bola caliente en el estómago. Lamentó inmediatamente haber aceptado, aunque sabía que no habría podido evitarlo. Los dos hermanos lo miraban mientras Smithson llenaba la copa y Sergio leyó en sus ojos una cierta inquietud, que le divirtió a pesar de sus miedos. Lo que le tranquilizaba era que no se sentía enfermo. Le ardía el estómago, pero el calor se extendía por todo su cuerpo y aquello no era desagradable. Luego Smithson disolvió dos comprimidos en el *whisky* y tendió la copa a Marcos que estaba sentado entre su hermano y Sergio. El muchacho lo miró de frente y dijo con tono resuelto:

—No, no lo beberé.

Smithson no se alteró por tan poco.

—Sí —dijo con firmeza—. Lo beberás, te conviene. Si no lo bebes vas a pasar un mal cuarto de hora.

—Pues no lo beberé —insistió Marcos.

Sergio se preguntó qué iba a pasar. Marcos miraba a Smithson con un furor concentrado y parecía decidido a resistir a toda costa. Raúl no se decidía a intervenir. Su mirada iba de Sergio a su hermano. Visiblemente temía que los comprimidos fueran algo más que un calmante, y vacilaba en aconsejar a Marcos. Finalmente, cuando Smithson se disponía a dar una nueva advertencia, Raúl tendió la mano hacia la copa.

—Yo la beberé —dijo.

Smithson le dio el *whisky* sin dificultad. Para él, los tres muchachos podían beber el *whisky* en el orden que quisieran. Raúl bebió sin vacilar, como Sergio había hecho, y devolvió la copa a Smithson que la llenó por tercera vez.

—No habrías debido beber —dijo Marcos con tono obstinado.

Raúl alzó los hombros.

—Bien ves que no estoy muerto. Y él tampoco lo está… —le dijo mostrando a Sergio.

Smithson dejó caer dos comprimidos en el *whisky* y vio cómo se disolvían, luego tendió la copa a Marcos.

—Ahora, bebe y no hagas el idiota.

Raúl comprendió que debía intervenir.

—Bebe, Marcos. Debes darte cuenta de que no puedes resistirte. Si lo haces, te van a dar un culatazo en la cabeza. ¿De qué te va a servir? Tienes que obedecer quieras o no…

Marcos tuvo una última vacilación y luego, con gesto de rabia, se tragó el *whisky*, con un gesto que no se sabía si era de inquietud o de asco. Smithson dio un gruñido de aprobación, tapó de nuevo el frasco, fue a la parte de delante y se desinteresó de sus prisioneros.

Pasaba el tiempo y Sergio estaba ahora seguro de que los comprimidos no eran de veneno. Se sentía un poco borracho; pero no tenía ningún malestar y se encontraba totalmente lúcido. Se hallaba sentado a la derecha y cuando miraba hacia afuera, veía un trozo del ala de uno de los motores. Y el cielo, todo el cielo que quería. Entre el ala y el borde de la ventanilla, veía un pequeño triángulo de campos y bosques, demasiado reducido para permitirle identificar la región que sobrevolaban. El sol estaba muy alto y era muy difícil evaluar la dirección del avión.

Cosa curiosa, en ningún momento Sergio pensó en consultar la brújula del tablero de instrumentos. Además, a medida que los minutos pasaban, se interesaba menos por el lugar donde le conducían. Se sentía como separado de todo lo que le ocurría y como si fuera un simple espectador… No iría aquel día a Chicago. No, claro que no, pero no era cosa grave. Iría más tarde, eso era todo. Se sentía paralizado. No paralizado exactamente, más bien sin voluntad. Podía mover las manos, volver la cabeza, pero no tenía ganas de hacerlo. Comprendía que no tenía defensa, y que era incapaz de

intentar la evasión. Además, ¿cómo huir de un avión en pleno vuelo? Luego, bruscamente, pensó en su padre, que debía esperarlo en Chicago. Se imaginaba su inquietud, su enloquecimiento cuando viera que su hijo no iba en el avión. Luego el calmante desechó aquel pensamiento, y Sergio miró a Raúl, que parecía también completamente aflojado y sin cuidado alguno. En cuanto a Mareos, había pasado de aquella fase y dormía. Y algunos minutos después, Sergio sintió que él también se sentía invadido por el sueño…

III

Sergio fue despertado por el frío, un frío húmedo que se infiltraba bajo sus vestidos y se le pegaba a la piel. Algo lo embarazaba. Tenía la conciencia del frío, pero su cerebro se hallaba aún entorpecido para pensar. Luego, emergió poco a poco de aquel sueño forzado mediante una subida lenta y larguísima. Por fin abrió los ojos, pero no vio enseguida las estrellas sobre su cabeza. En aquel momento no se acordaba de nada… Luego, las vio y de golpe recordó todo lo acontecido. Todo le vino a la memoria en la fracción de un segundo: la larga persecución detrás del automóvil negro, la llegada junto al avión, las amenazas de Smithson y el calmante. Al cerrar los ojos, veía aún los comprimidos que se disolvían en el *whisky*, en una nube de burbujas. Se asombró de recordar aquel detalle insignificante con una claridad tal.

Se sentó en el suelo y aquel gesto le produjo dolor de cabeza. Durante dos o tres segundos fue un dolor casi

insoportable, como si su cráneo hubiera dado violentamente contra algo duro. Permaneció completamente inmóvil y el dolor se atenuó. Él comprendió que era una consecuencia de la intoxicación debida al calmante. Tuvo la sensación de estar mal despierto, de reflexionar difícilmente. De una cosa estaba seguro, de no hallarse en el avión. Bien, ¿dónde estaba? Evitando todo movimiento brusco, se puso en pie tratando de penetrar la oscuridad con la mirada. La luna había desaparecido, y el cielo se hallaba cubierto en parte, porque Sergio solo veía algunas estrellas. No era totalmente de noche. Había una claridad difusa, todavía muy débil, que venía de oriente. Lo que Sergio vio primero fueron dos sombras acostadas en el suelo, cerca de él y que no podían ser más que Raúl y Marcos, dormidos aún. Más allá, adivinaba, sin verla, una vasta extensión gris, una inmensa llanura que se extendía a lo lejos y se confundía con la noche. No se veía el avión por ninguna parte, y su corazón latió violentamente ante la idea de que estaban en libertad. Sí, en libertad. Smithson había aterrizado sin duda en aquella llanura. Su cómplice le había ayudado a bajar a los tres muchachos, y a dejarlos en el suelo aún dormidos. Enseguida, el avión había despegado para ir ¿dónde? Sergio no lo pensaba. En aquel momento su único pensamiento era saber que el peligro había pasado, que los bandidos se habían contentado con abandonarlos allí, sin hacerles mal. No sentía más que un inmenso, un maravilloso alivio.

Sergio dio algunos pasos para calentarse. A medida que andaba su dolor de cabeza se disipaba y el frío le parecía menos vivo. Como se había alejado un poco, al volver hacia sus compañeros vio que uno de ellos comenzaba a despertarse, se incorporaba sobre un codo y finalmente se levantaba. Sergio permaneció inmóvil y esperó a que el otro se reuniese con él. La noche estaba muy oscura para que pudiera verle la cara, pero por su talla reconoció a Raúl.

—¿Bien? —preguntó Sergio en voz baja, para no despertar al tercero.

—Sí —repuso Raúl en el mismo tono—. Me duele la cabeza, pero en general estoy bien.

—A mí me ha pasado también, pero se va rápidamente —dijo Sergio.

Raúl pasó por las mismas fases que él: se despertaba lentamente, tomaba conciencia a su vez de que la pesadilla había terminado y se hallaban libres.

—Hemos tenido suerte de que esto termine así —dijo —. Smithson carecía de escrúpulos y nosotros éramos testigos molestos. No teníamos defensa y nos habría podido liquidar sencillamente. Reconozco haber tenido miedo en un momento.

—Yo también he tenido miedo —confesó Sergio—. Es cierto. Hemos tenido suerte…

Hubo un silencio. A diez metros de ellos, Marcos dormía aún. Raúl miró largamente en torno de él e hizo la primera pregunta.

—¿Dónde estamos?

—Es difícil de decir —repuso Sergio—. No he podido ver la dirección que seguía el avión. El sol estaba mal colocado.

—Había una brújula en el tablero de instrumentos —dijo Raúl—. Estaba cerca del sudoeste. Eso quiere decir que podemos estar en Missouri o en Oklahoma. ¿Pero qué distancia han podido recorrer antes de dejarnos?

—Ese avión —dijo Sergio sin vacilar— tiene una velocidad de vuelo de trescientos y una autonomía de más de dos mil kilómetros.

—¿Dos mil? —repitió Sergio—. Entonces estamos más lejos que Oklahoma. Hay unos mil quinientos kilómetros desde Illinois al centro de Texas. Si se añaden quinientos kilómetros, no veo adonde nos conduce eso. Texas es muy grande.

Se calló. Los dos reflexionaron. Sergio trató de abordar el problema por el otro lado.

—Han despegado hacia las once —dijo—. Han hecho los dos mil kilómetros en siete horas, aproximadamente. Luego, estaban aquí al caer el sol…

—No es tan sencillo —dijo Raúl—. Se han podido detener en alguna parte para tomar combustible. Si lo han hecho, no son solo dos mil kilómetros los recorridos, son cuatro mil. Y cuatro mil nos conduce a México, e incluso más lejos.

Sergio miraba la llanura a su alrededor, la recorría con los ojos como si esperase hallar en ella una respuesta. Insensiblemente, la noche se borraba dejando paso a una penumbra incierta. Por oriente la claridad difusa se ampliaba poco a poco, como si subiera lentamente del suelo, en alguna parte inmediata al horizonte.

—¿A México? —repitió Raúl—. No lo creo. ¿Por qué habían de llevarnos tan lejos?

—No lo sé —dijo Sergio—. Realmente no tengo la menor idea. Podían abandonarnos en cualquier parte, para ellos eso no tenía importancia. A estas horas están en lugar seguro.

Hubo un nuevo silencio, bastante largo. Sergio comenzaba a entrever dispersas en la llanura, manchas más oscuras que podían ser matas o plantas. Lentamente, el cielo palidecía…

—Seguramente se han ido a México —prosiguió—. Allí están más seguros que en los Estados Unidos. Cuando se puede poner una frontera entre la policía y uno, es siempre mejor…

—De acuerdo —aprobó Raúl.

—Bien. Entonces, si se esconden en México, les interesará que no estemos allí. Para ellos vale más que estemos relativamente lejos. Lógicamente, nos deben haber dejado en los Estados Unidos. Allí es donde seremos menos peligrosos para ellos.

—¿Peligrosos? —dijo Raúl con tono dubitativo—. No somos peligrosos para ellos. De todos modos se ha dado el alerta hace mucho, ya que los diamantes no han llegado a su destino. Estamos seguramente lejos de una ciudad y lejos de una ruta. Tendremos que caminar hasta la ciudad más cercana, y puede que no lleguemos a ella antes del mediodía. Cuando nos presentemos ante el *sheriff*, este se hallará ya al corriente desde hace veinticuatro horas. Se reirá en nuestras narices, claro está.

A cada minuto, el cielo se iluminaba más y la llanura aparecía a una luz gris y sin sombras. Era una vasta extensión sin relieves, con algunas pocas plantas y pobres matorrales. Había la claridad suficiente para que se vieran, o mejor dicho se adivinasen, las huellas que el avión había dejado al aterrizar y al despegar. Al cabo de un breve silencio, Raúl abordó algunas preguntas prácticas.

—El primer problema —dijo— será buscar qué comer.

—Ese no es problema —repuso Sergio—. No tenemos más que entrar en la primera granja que encontremos. Si los pagamos, nos venderán huevos o leche.

Se calló, buscó rápidamente en su bolsillo interior, y luego en todos sus bolsillos, uno tras otro.

—No, no será tan sencillo —dijo—. He perdido mi cartera. Sin duda se ha caído al suelo cuando nos han dejado en tierra.

Al ver que buscaba su cartera, Raúl había buscado la suya.

—No se te ha caído del bolsillo —le dijo a Sergio—. Smithson te la ha quitado. Yo tampoco tengo la mía.

—¡Esto es una exageración! —exclamó Sergio furioso—. ¿Por qué nos han quitado las carteras? ¿No les bastaba con los diamantes?

—No lo han hecho por el dinero —repuso Raúl—. Lo han hecho para hacernos la vida más difícil, para impedirnos telefonear, tomar el tren o un taxi… Y sobre todo por nuestros pasaportes, para hacernos sospechosos a la policía, para impedir que probemos quiénes somos. El problema de la comida se hace grave… eso va a complicar las cosas…

Sergio vaciló un momento, buscando una solución.

—¿Tu hermano tiene quizás su cartera? —dijo.

—Me extrañaría —repuso Raúl—. Si nos han quitado las nuestras, le habrán quitado también la suya. De todos modos, vamos a verlo enseguida.

Se inclinó hacia Marcos, que dormía aún, e inspeccionó rápidamente sus bolsillos.

—Como yo pensaba —dijo—. Se la han quitado también.

Raúl había terminado su registro, pero no se incorporaba. Examinaba a su hermano con atención.

—Es curioso —dijo a media voz—. No se ha despertado. Eso no es normal. No tiene el sueño tan pesado… Y está muy pálido…

—Tú también estás pálido —observó Sergio—. En esta luz gris, todos parecemos pálidos. Nosotros también hemos dormido con un sueño muy profundo. Recuerda que hemos tomado dos comprimidos. La dosis normal es uno sin duda… Cuando han podido dejarnos aquí sin despertarnos, es porque teníamos el sueño muy pesado.

Raúl no parecía tranquilo.

—Precisamente son los dos comprimidos los que me inquietan —dijo—. Para nosotros no es tan grave. Pero para él representa una dosis muy fuerte porque es más joven. Hay que despertarlo absolutamente. Sería peligroso dejar que siga durmiendo.

Sacudió a Marcos con suavidad y luego con más fuerza, pero sin resultado. Se incorporó y se volvió hacia Sergio, con creciente ansiedad.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo.

—Vamos a friccionarlo… —propuso Sergio.

—De acuerdo.

Raúl dio unas bofetadas a su hermano, que reaccionó por fin.

—¡Qué susto nos has dado! —suspiró Raúl.

Sin embargo, Marcos se despertaba difícilmente. En varias ocasiones sus ojos se cerraron como si se dispusiera a dormir de nuevo, pero lo sacudieron vigorosamente. Por fin, salió de su entorpecimiento y logró levantarse y dar unos pasos. Cuando estuvo en pie, se despertó del todo.

—¿Estás bien? —preguntó Raúl.

—Sí… —repuso Marcos con voz pastosa.

Después de unos minutos dejaron de vigilarlo y la discusión prosiguió.

—No hay duda de que nos han robado nuestro dinero —dijo Raúl—. En el fondo eso no tiene tanta importancia.

—¿Te parece? —dijo Marcos.

—Sí, es cierto, eso no cambia las cosas. Iremos a buscar al *sheriff* más próximo. Le explicaremos que nos han robado nuestros pasaportes y nuestro dinero. Se ocupará de nosotros. Se hará una encuesta y verán que es cierto. En realidad, somos las víctimas de unos bandidos. Nos ayudarán. Después de todo, la policía está para eso.

Se calló unos instantes, y luego añadió:

—Todo cuando nos puede ocurrir, es tener que ir a pie hasta la próxima ciudad. No pueden ser más de quince o veinte kilómetros. Tres o cuatro horas de marcha. No nos moriremos por eso.

Sergio reflexionaba. Todo lo que acababa de decir Raúl le parecía razonable.

—Sí, nos las arreglaremos —dijo—, las cosas no están tan mal. Basta con encontrar la ciudad más próxima, y buscar al *sheriff*… Pero ¿dónde está esa ciudad?

El sol comenzaba a salir, ya deslumbrante. Por oriente una cadena de montañas se perfilaba en el horizonte y, más cerca de ellos, la llanura desaparecía en una capa de fuego.

Por todas partes, por el norte, el sur y el oeste, hasta perderse de vista, era una inmensa extensión desolada, con algunos cactos y raros matojos.

—Esa ciudad —repitió Sergio— no está cerca de aquí. Smithson no será tan tonto como para dejarnos cerca de una ciudad.

—Un pueblo bastará —dijo Raúl—. Cuando lleguemos a él, nos dirán dónde está la ciudad más cercana.

Sergio miró una vez más en torno de él. Nada indicaba un pueblo, ni a lo lejos. Por primera vez, le chocó el silencio absoluto que reinaba en la llanura. Ni el menor ruido, ni el menor vuelo de pájaros, ni la menor huella de vida. Bruscamente, la aventura le pareció más difícil.

—Encontraremos más fácilmente un pueblo en la llanura —dijo Raúl—. Debemos dar la espalda a la montaña. Partir hacia el oeste…

Sergio vacilaba en dar su opinión.

—¿Vamos hacia el oeste?

—Yo no veo otra cosa —dijo Raúl.

—¿Cuánto puede tener esta llanura? —preguntó Sergio.

Raúl alzó los hombros en señal de ignorancia y no respondió.

—Hay algo que olvidas —dijo Sergio—. Cuando se encuentra una llanura como esta, sin agua, sin vegetales, sin animales, no se llama una llanura, se llama un desierto. Y es peligroso.

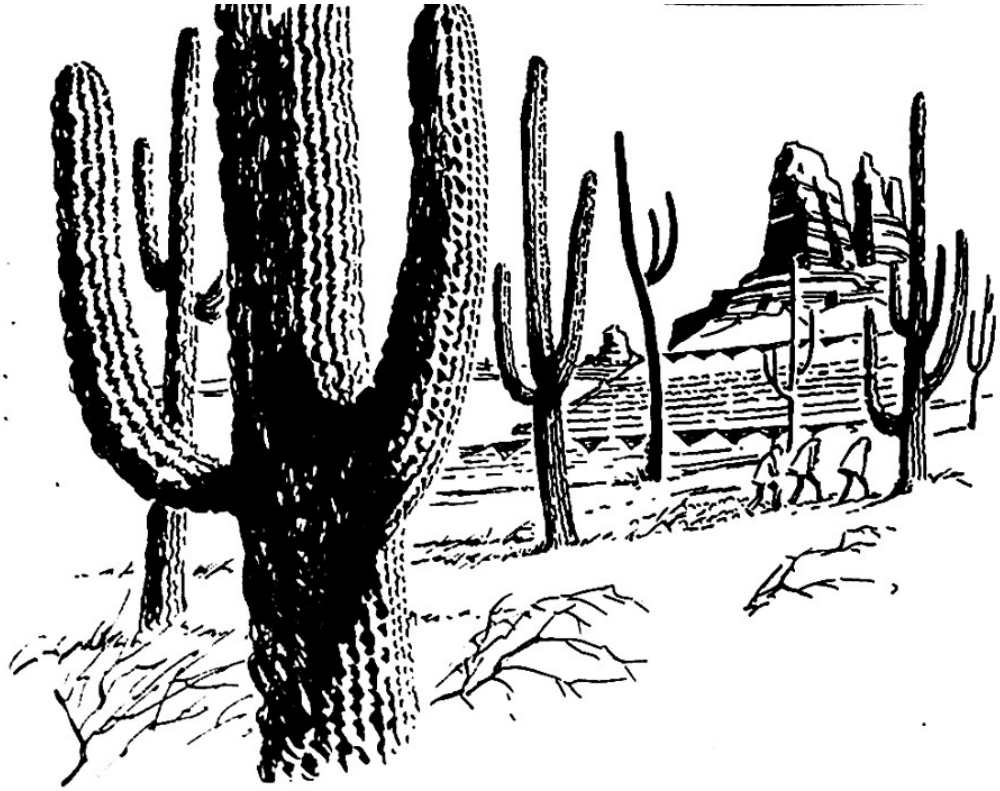
—¿Un desierto? —repitió Raúl.

Miró en torno de él y sintió la misma inquietud que Sergio un minuto antes. De repente, también le parecía más difícil la aventura.

—Dentro de unas horas —dijo Sergio— el sol calentará mucho. Hará mucho calor y no tenemos qué beber… Y no

podemos ponernos a la sombra… No. No debemos penetrar en el desierto. Hay que salir de él lo antes posible. Tratar de llegar a las montañas y sobre todo partir cuando el sol no caliente mucho.

—De acuerdo —dijo Raúl—. Partamos.



IV

El calor aumentaba de hora en hora. Poco antes del mediodía se hizo tan intenso que los tres muchachos se vieron obligados a detenerse al pie de uno de esos cactos gigantes llamados los cirios del desierto. A pesar de sus veinte metros de altura, el cacto les daba una sombra estrictamente suficiente.

—Las montañas no parecen más cercanas que por la mañana —dijo Sergio expresando una opinión unánime—. Parece que no avanzamos. Andamos, pero no tenemos la impresión de avanzar… ¿Qué ocurre?

Los tres sabían que el desierto tiene sus trampas, como toda vasta extensión sin refugios naturales, pero sus ideas eran muy vagas. Sabían que no darían vueltas. Desde el alba, no habían apartado los ojos de la cumbre más alta de las montañas. Estaban pues, seguros de no perderse, pero se asombraban de no avanzar con más rapidez.

—Una montaña se ve desde muy lejos —dijo Raúl.

—¿Y cuánto es muy lejos? —preguntó Sergio.

—Una montaña de tres mil metros se ve a ciento cincuenta kilómetros —precisó Raúl.

—¡No!

Aquello era casi un rugido.

—Sí —dijo Raúl—. Pero la montaña no tiene quizás los tres mil metros, y sin duda no está a ciento cincuenta kilómetros.

—¿Entonces a cuánto? —preguntó Marcos.

—En mi opinión, está a cien kilómetros, nada más —dijo Raúl—. A esa distancia, es normal que tengamos la impresión de no avanzar.

Sergio no respondió. Calculaba mentalmente la distancia por recorrer. («Habremos hecho unos veinte kilómetros desde la mañana. Si todo va bien, haremos otros tantos hasta la noche. Tardaremos dos días y medio en llegar al pie de la montaña. Tres días quizás…»). Alzó los ojos y miró en torno de él. El cielo era de un azul intenso, y tan luminoso que quitaba todo color al suelo. Sergio tenía la impresión de estar encerrado en un horno caliente al rojo vivo, un horno inmenso del cual no saldría jamás.

—Hay que encontrar agua —dijo Raúl que había hecho el mismo cálculo—. No dejaremos el desierto hasta mañana por la noche. No podemos estar tanto tiempo sin beber.

Explicó enseguida, con algunas frases precisas, lo que ocurriría si estaban privados de agua durante mucho tiempo. Lo presentó de una manera fría e impersonal, pero con los suficientes detalles, para que Sergio sintiera que un escalofrío le recorría la espalda. Raúl estaba muy bien informado, mucho mejor que Sergio. En cuanto a Marcos, escuchaba a su hermano sin sorpresa, como si estuviera ya al

corriente de la cuestión. Sergio trató de olvidar su sed, trayendo la discusión a un terreno más práctico.

—¿No podremos encontrar un poco de agua? Eso existe. ¿No tenemos probabilidades de descubrirlo?

—Claro que existe —dijo Raúl—. En los lugares donde la capa acuífera llega a la superficie del suelo.

—Hay muy pocos, claro está —añadió Marcos—. Y son muy difíciles de encontrar, precisamente porque están situados en los repliegues del terreno. De lejos no se ven.

—¿Entonces nuestra única esperanza es tropezar con ellos por azar? —preguntó Sergio.

—Aproximadamente —respondió Raúl—. Cuando los hay, los animales del desierto los conocen y van a ellos regularmente. Si tenemos la suerte de encontrar sus huellas y las seguimos en buen sentido, llegaremos hasta allí.

Sergio miró el suelo. Nada había cambiado desde el alba. Era una tierra seca, endurecida y agrietada por el sol.

—Me extrañaría que se encuentren huellas en un suelo semejante —dijo—. Sobre la arena sería posible. Aquí, no…

En aquel momento, Sergio se sentía más bien pesimista. Comprendía que Raúl se había equivocado totalmente al creer que hallarían un pueblo en tres o cuatro horas. Sería mucho más largo. Y sería duro y peligroso. Probablemente muy peligroso. Iban a conocer días penosos, donde cada cual tendría necesidad de los otros dos. Por primera vez se preguntó si podría contar con los compañeros que el azar le había deparado. Eran indudablemente muy simpáticos, pero eso no significaba nada. Casi todo el mundo es simpático a primera vista, pero el verdadero carácter se muestra en las circunstancias difíciles…

La voz de Raúl le arrancó durante algunos segundos a sus reflexiones.

—No podemos esperar encontrar agua. Hay que buscar otra cosa.

Esta última frase irritó a Sergio. Pensó que no estaba preparado para aquella vida ruda. Se sentía profundamente desalentado y al mismo tiempo furioso por haber caído tan fácilmente en la trampa que Smithson había tendido. Estuvo a punto de dejar estallar su cólera y su desaliento, pero se dominó a último momento y logró decir con una voz casi tranquila.

—¿Y cómo encontraremos agua?

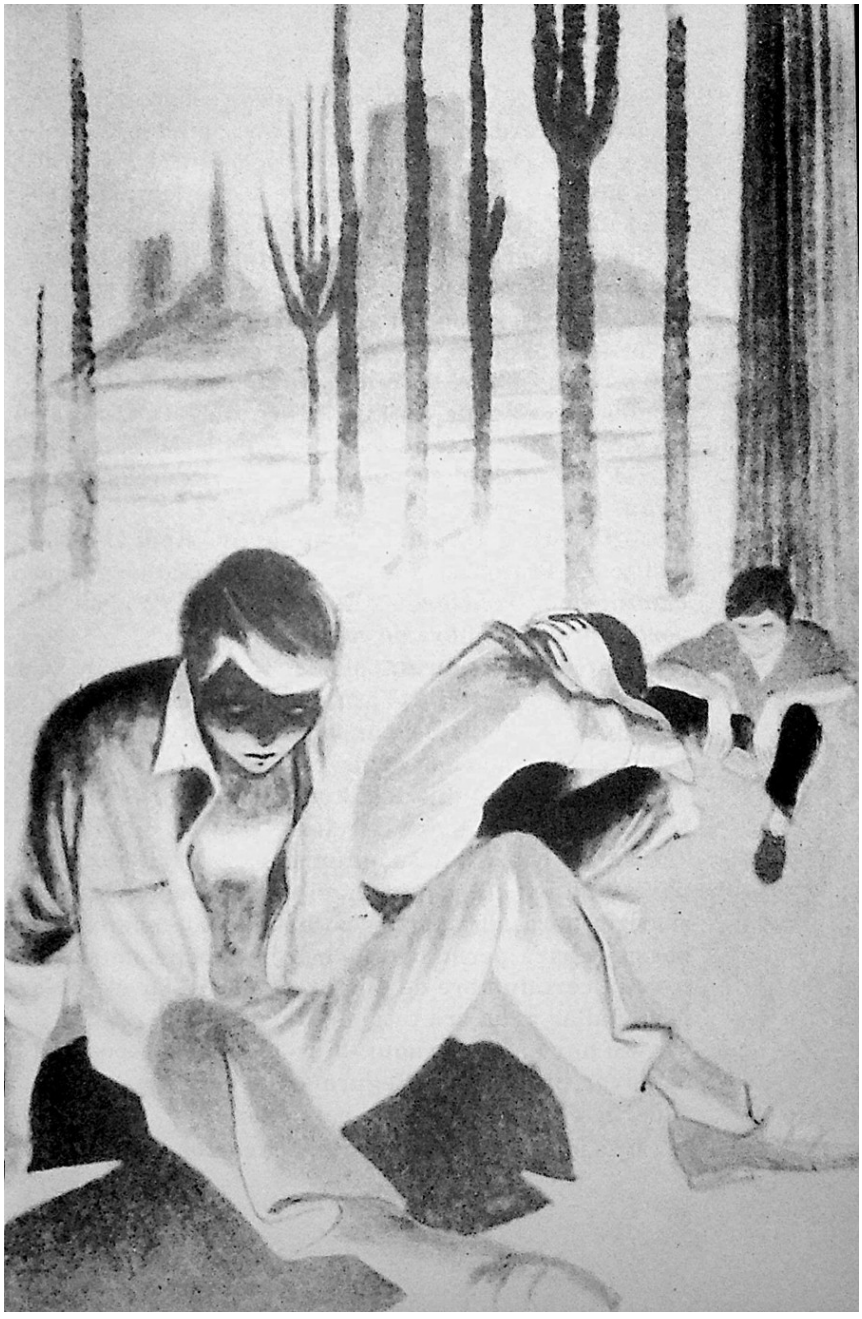
—No lo sé —respondió Raúl. Busco…

Hubo un silencio muy largo, interminable. Sergio trató vagamente de reflexionar, pero no tenía una sola idea. Vivía en un sopor ardiente, con los ojos semicerrados, casi inconsciente de lo que le rodeaba. Los otros dos no se movían más que él, como si quisieran economizar sus movimientos, demasiado dichosos de haber hallado una estrecha zona de sombra donde el suelo no estaba demasiado caliente, donde sus miembros escapaban a la mordedura del sol. De cuando en cuando, uno de los tres se levantaba, y se sentaba un poco más lejos, para permanecer en la zona tibia, en la estrecha región donde la vida era posible. Unos centímetros más allá comenzaba el infierno…

—Hay animales que viven en el desierto —dijo Raúl—. Y encuentran agua en alguna parte. ¿Pero dónde? Hay que descubrir ¿dónde…?

Nadie respondió. Sergio miró su reloj. Veinticuatro horas antes estaban en la sala de espera del aeropuerto. Recordó haber visto un distribuidor de bebidas y aquel recuerdo reavivó su sed. Sintió deseos de una taza de café, o de un vaso de lo que fuera. Su sed era tan fuerte que se hacía dolorosa. ¿Era posible que aquello hubiera ocurrido el día anterior? Aquella sala de espera, con sus cómodos sillones, y su aire acondicionado, parecía tan lejana, tan irreal,

comparada con el desierto. Parecía pertenecer a otro tiempo, a otro universo… («No, se dijo Sergio, no es posible… Sueño y me voy a despertar… Diré una sola palabra y me despertaré enseguida… Es una pesadilla…»).



Vivía en un torpor ardiente.

—Podríamos tratar de abrir la tierra en busca de agua —sugirió Marcos.

—¿Con tu cortaplumas? —preguntó Raúl irónicamente —. Si lo tienes aún, si no ha seguido el mismo camino que tu cartera… Es como tratar de abrir un pozo con una cuchara de café.

Marcos buscó en su bolsillo.

—Sí, lo tengo —dijo—. Y otra cosa también…

Mostró un billete de un dólar, todo arrugado, que había encontrado debajo de su pañuelo.

—Consérvalo —dijo Raúl seriamente—. Quizás nos sea útil…

Sergio pensó que su optimismo era exagerado: le parecía difícil creer que aquel desgraciado dólar les serviría para algo. Una vez más, debió cambiar de posición para permanecer en la zona de sombra, y tuvo la certidumbre de que la idea de abrir el suelo para hallar agua era totalmente absurda.

—Si hay animales aquí —dijo— no tienen necesidad de cavar para beber. Seguramente hay agua en la superficie… No la vemos, pero existe.

Una idea le vino de repente. Los cactos. Se levantó como si esta posibilidad le hubiera devuelto todo su valor.

—¿Me das tu cortaplumas, Marcos?

Trató de cortar al cirio del desierto, pero no tuvo éxito. La corteza era resistente aún, y al mismo tiempo raramente elástica, un poco semejante al neumático de un automóvil.

—Esto no sirve —dijo al cabo de varias tentativas—. La punta no abre esa corteza. Tengo miedo de romper la hoja, si la apoyo demasiado.

Se daba cuenta de que el cortaplumas le sería mucho más útil que el dólar encontrado en el bolsillo de Marcos, y quería conservarlo a toda costa. Había creído que el cirio del desierto resultaría fácil de cortar porque había leído en

alguna parte que los cactos contenían una fuerte proporción de agua, y se sintió decepcionado.

—Es una planta vieja y es difícil de cortar —dijo Raúl, que se había levantado también—. Habría que buscar cactos jóvenes. Pero eso…

No terminó la frase, pero levantó la cabeza. Era muy sencillo. Las ramas jóvenes estaban a veinte metros por encima de ellos. Completamente inaccesibles.

—De todas maneras —prosiguió Raúl— tenemos que partir. El sol comienza a bajar, y no podemos quedarnos aquí. Tenemos que continuar sea como fuere… Veremos otros cactos durante el camino y con un poco de suerte, encontraremos ramas más jóvenes.

No les quedaba otro remedio. Continuaron su marcha y terminaron encontrando macizos de cactos, mucho menos altos, pero que sin embargo se hallaban muy lejos.

—¿Habrá agua aquí? —preguntó Mareos con tono escéptico.

Los cactos se presentaban en formas de multitud de hojas planas, semejantes a raquetas, erizadas de púas.

—Son higueras de Berbería —dijo Sergio—, que había visto la misma planta en una maceta.

Raúl se puso a cuatro patas para examinar las hojas que se hallaban cerca del suelo.

—Hay hojas roídas —dijo—. Según las dimensiones de los dientes, parece que se trata de animales muy pequeños. Ratas o algo parecido. Seguramente es aquí donde hallan agua cuando la necesitan… eso quiere decir que este vegetal es comestible.

Hubo que quitar las púas a las hojas y las púas tendían a meterse debajo de las uñas sobre todo. Una vez limpias, las hojas eran tiernas y jugosas, pero muy amargas. Calmaban la sed, pero no la apagaban.

Hacia las cinco se levantó el viento. Era un viento muy fuerte, que formaba torbellinos de arena, nubes de polvo que subían girando. Los tres muchachos tuvieron que detenerse. Cerraban los ojos y se protegían el rostro como podían, pero la arena les entraba en las narices y en la boca y se infiltraba en sus vestidos. Luego, durante unos minutos, tuvieron la impresión de estar en el centro de una tempestad, después el viento se fue calmando. Al levantar la vista, Raúl vio unas negras nubes que se acumulaban por encima de ellos. Los otros dos siguieron su mirada.

—¿Y si lloviera? —preguntó Marcos.

Sergio hizo una mueca de escepticismo.

—Me asombraría —dijo—. En principio, en un verdadero desierto, no llueve nunca.

Las nubes bajas retenían el calor del sol. En unos minutos, el aire quemaba.

—Nunca se sabe —dijo Raúl—. Seguramente en un desierto no suele llover, pero ocurre de vez en cuando.

—¿Y crees que va a ser hoy precisamente? —dijo Sergio —. No… No tendremos esa suerte.

Miraba al cielo con expresión de espera ansiosa, la expresión de un pobre diablo que entrevé la fortuna, pero no se atreve a creer en ella.

—¿Crees que es posible? —preguntó de nuevo—. ¿Verdadera lluvia? Sería una suerte fantástica.

Unos instantes después, se oyó un trueno lejano, cuyo ruido repercutió largamente en el desierto. Luego el horizonte se cubrió del lado de las montañas, como si una bruma se extendiera entre las nubes y el suelo al mismo tiempo que se elevaba un ruido sordo. Lentamente aquel ruido creció, al mismo tiempo que el muro de agua se acercaba a ellos. Cuando cayeron las primeras gotas, los tres tenían vuelta la cara hacia el cielo. Al principio fueron

algunas gotas aisladas, calientes y pesadas; luego, sin transición, una lluvia torrencial que parecía no tener fin. Los tres muchachos permanecían de pie bajo aquella ducha con las manos en embudo, por encima de la boca para perder la menor cantidad de agua posible. Enseguida, Sergio sintió que sus cabellos se le pegaban al cráneo, formando una masa compacta. La lluvia le chorreaba por el cuello y por la espalda, corría a lo largo de sus muñecas y de sus antebrazos. No trataba de evitarla, dichoso de sentir que se mojaban su piel y sus vestidos, después del suplicio de las horas calientes. Solo una vez miró en torno de él. El desierto había desaparecido, oculto por un muro de agua que impedía que se viera nada a pocos metros.

La lluvia cesó tan bruscamente como había comenzado. En aquel momento pudieron ver como todo se había transformado en torno de ellos. El suelo estaba empapado de agua, con grandes charcos irregulares y el desierto semejaba un inmenso pantano. Los tres muchachos estaban tan contentos con aquella lluvia que no comprendieron enseguida las consecuencias. Marcos se apercibió el primero, al tratar de mover los pies.

—¡Oh! —dijo—. ¡Estamos en mitad de un fango terrible…!

Trataron de andar, pero cada paso significaba un esfuerzo terrible y tuvieron que renunciar. Era un barro espeso y pesado. Se hundían en él hasta los tobillos, y se les pegaba a los pies en bloques viscosos. Raúl se detuvo el primero.

—Esto es todo por hoy —dijo—. Hay que quedarse aquí.

—¿Aquí? —protestó Sergio—. ¿En medio de esta porquería?

—No podemos hacer otra cosa. No avanzamos…

—Si continuamos, hallaremos terreno seco —dijo Marcos—. Cuando se haga de noche, tendremos que dormir. Si no se ha salido de este barro, ¿qué vamos a hacer? ¿Uno no se va a acostar ahí?

Raúl reflexionó largamente, mirando la fila de montañas. Una bruma ligera subía del suelo y lentamente ahogaba el desierto en torno de ellos.

—Por todos lados ocurre lo mismo —dijo por fin—. Si continuamos haremos doscientos o trescientos metros antes de que sea de noche… Nada más. Eso no nos llevará a terreno seco, y estaremos obligados a dormir en el barro.

—Seguramente, seguramente —dijo Sergio—. No es nada alegre, pero no podemos hacer otra cosa.

Y como no podían pasar la noche en pie, se sentaron en el barro. Pronto o tarde, la fatiga les hubiera obligado a ello, y más valía aceptarlo inmediatamente.

—La bruma caerá cuando enfríe por la noche —dijo Raúl.

Nadie agregó nada. Permanecieron largo tiempo silenciosos en aquella bruma incolora, primero luminosa y que lentamente se hacía más sombría cada vez. Después de la lluvia, el hambre se les había despertado. Marcos se levantó y fue a cortar algunas hojas de cactos y volvió a sentarse. Los tres se dedicaron a mordisquear en la oscuridad casi completa, y el silencio se prolongó.

Sergio fue el primero en romperlo.

—Cuando pienso que mi padre me esperaba en Chicago… —dijo—. Debe estar loco de inquietud…

Hablaba en voz baja, como para sí mismo, como si hubiera olvidado la presencia de los otros dos.

—Todo el mundo baja del avión, y yo no estoy… —continuó—. Ha perdido a mamá en un accidente de automóvil el año pasado… Si yo desapareciese ahora, ¡le produciría una gran impresión!

Hubo un silencio de algunos segundos.

—A nosotros nuestro padre debía esperarnos también en el aeropuerto —dijo Raúl—. Y debíamos volver a Francia enseguida. Es cirujano. No puede estar ausente mucho tiempo.

¿Cirujano? Sergio comprendía ahora por qué los dos hermanos estaban al corriente de ciertas cosas.

—Nos buscarán… —dijo Marcos.

—Seguro —aprobó Raúl—. Teníamos reservadas las plazas en el avión que iba de Champaign a Chicago. Estábamos en la lista de los pasajeros.

—Y estábamos en el avión que llegó a Champaign —siguió Marcos—. Luego sabrán que desaparecimos en Champaign.

—Y sobre todo —añadió Raúl— se sabrá que hemos desaparecido al mismo tiempo que los diamantes.

—Luego tienen una pista —concluyó Marcos con tono optimista.

Sergio reflexionaba, y estaba lejos de estar tan tranquilo como Marcos. Las cosas no eran tan sencillas. Raúl fue quien habló primero después de un silencio que probaba que él también había reflexionado.

—Una pista… Eso es fácil de decir. ¿Qué es realmente una pista? Seguramente saben que Smithson nos ha secuestrado, de acuerdo… ¿Pero saben dónde nos ha dejado? América es muy grande. Pueden buscarnos por todas partes. En el Canadá, en Arizona, en Texas… No te quiero desalentar, Marcos, pero no tienen ninguna pista.

Marcos no respondió. Sergio lo miró, pero la oscuridad le impedía verle la cara. Sin embargo adivinaba que estaba decepcionado. Era inevitable.

—Vale más mirar la verdad de frente, prosiguió Raúl. Si hay una cosa desagradable, vale más saberla enseguida. No tienen pista alguna, pero eso no quiere decir que estemos perdidos. Tenemos que salir del paso, eso es todo.

Esperó unos instantes y continuó:

—No va a ser fácil. Smithson no es idiota. No nos ha dejado al azar… Seguramente ha buscado un lugar del cual es difícil salir. Muy difícil…

Sergio sabía que aquello era verdad. Miró en torno de él. La noche era casi total. Sus compañeros eran solo dos sombras en la bruma impalpable que se extendía hasta el infinito, como si estuvieran prisioneros en un mundo de barro y de bruma, del cual no podrían salir jamás.

V

Sergio se despertó un poco antes del alba, como la víspera. Sintió frío y no se asombró. Luego percibió otra cosa, otra cosa nueva, y se preguntó qué pasaba. Entonces hizo un movimiento, un solo movimiento y comprendió. Recordó que había dormido en el barro. Horrorizado, se levantó inmediatamente y en la oscuridad, todavía completa, trató a tientas de evaluar los daños. El barro se había infiltrado en sus vestidos e incluso bajo su camisa. Le corría a lo largo de la espalda cuando se movía. Era viscoso y se pegaba a la piel. Sergio se sentía innoblemente sucio y tenía la impresión de que no volvería a estar limpio jamás.

El día anterior habían proyectado dormir sentados para evitar acostarse sobre el barro. Se habían instalado espalda con espalda, cada cual contando con los otros dos para mantener el equilibrio, pero el sueño los llevó instintivamente a buscar una posición más cómoda. («Habría que haberlo temido», se dijo amargamente Sergio).

¿De todos modos, habrían podido hacer otra cosa? («Después de dos días, no se hace lo que se quiere, se hace lo que se puede… ¿Y cuánto iba a durar aquello? ¿Cuándo dejarían de hacer lo que no querían?»).

Comieron algunas hojas de cactos, pero los tres comprendían que aquello no era bastante y necesitaban un verdadero alimento.

—Tenemos que partir —dijo Raúl—. Cuanto antes salgamos de aquí antes comeremos.

Pero el barro seguía allí. Es difícil andar cuando los pies se pegan a la tierra, cuando hay que arrancarlos a cada paso, levantando cada vez un gran trozo de barro. No avanzaban de prisa, pero sabían que había que andar a pesar de la fatiga. De vez en cuando, Raúl hablaba para alentar a los demás.

—Si llegamos a la montaña antes del mediodía, eso quiere decir que encontraremos agua y que tendremos sombra para las horas del calor… Y también comida.

Luego el sol apareció, ascendió en el cielo y, lentamente, secó sus vestidos. El barro que los impregnaba se endureció en grandes placas grises. El barro que cubría sus camisas se endureció también, formando costras rugosas que raspaban la piel, a cada movimiento que hacían. Después de algunos kilómetros tuvieron que descansar, y aprovecharon el descanso para quitarse la mayor parte del barro.

—¡Cielo santo! —gruñó Marcos—. Cuando pienso que hemos pedido esa lluvia. ¡Que nos parecía maravillosa!

—Tienes razón —aprobó Sergio—. Decíamos que íbamos a tener una suerte fantástica. Éramos idiotas.

Sergio miró su reloj y vio que estaba cubierto de barro. Lo limpió rápidamente y constató que no funcionaba.

—Marcos, ¿me prestas tu cortaplumas?

Sergio abrió su reloj y miró el mecanismo con inquietud. Unos segundos le bastaron para formarse una opinión

definitiva.

—Está estropeado.

Con gesto resuelto, lo tiró por encima de su hombro y cayó en el barro, a pocos metros detrás de él.

Reanudaron la marcha y llegaron al límite del desierto antes de las horas del calor. Poco a poco, la tierra desnuda cedía el paso a una hierba pobre y escasa, o a rocas. El suplicio del barro se terminó y llegaron al pie de la montaña.

—¿Subimos? —propuso Marcos, amante de las soluciones enérgicas.

Raúl y Sergio contemplaban la montaña, vacilando y tratando de evaluar el tiempo que les exigiría la escalada.

—No se sabe nunca lo que se puede hallar detrás de una montaña —dijo por fin Raúl, a quien la experiencia del desierto había hecho prudente—. Quizás otra montaña. Y una tercera detrás de la segunda.

Por el norte había una llanura muy parecida al desierto, con la misma hierba pobre hasta perderse de vista. Por el sur se veían, a alguna distancia, árboles que anunciaban un bosque. Hacia el sur tenían más oportunidades de hallar un pueblo y fueron en aquella dirección.

Cuando estaban muy cerca del bosque, Raúl, que iba a la cabeza, se volvió e hizo signo a los demás de que se detuvieran. Sergio y Marcos comprendieron enseguida el porqué. Unos metros delante de ellos, un gran lagarto gris-negro, estaba acostado sobre una roca, tan perfectamente inmóvil que se le habría creído muerto o dormido. Por suerte, una hora antes, Raúl había encontrado una rama seca bastante sólida. («Esto puede servir», había dicho). El gran lagarto era una comida que le caía del cielo. Con infinitas precauciones, Raúl se acercó evitando el menor ruido. Sergio lo miraba avanzar con ansiedad. («Con tal que tenga éxito…»). Raúl, avanzaba muy lentamente, con el palo levantado. Por fin, golpeó. Un solo golpe en la cabeza. Se

oyó claramente el ruido de los huesos del cráneo al partirse. El lagarto tuvo un brusco sobresalto y no se movió más.

—¡Formidable! —dijo enseguida Sergio—. Has apuntado muy bien.

Se acercó al animal y lo miró más atentamente. Tenía un poco más de un metro de largo. Algunas gotas de sangre comenzaban a caer por la roca.

—¿Qué es? —preguntó Sergio.

—Una iguana —respondió Raúl.

—¿Eso se come?

—Sí.

Sergio reflexionó. Ya que se comían ancas de rana, anguilas y serpientes, se debía poder comer iguanas. Pero había un problema, un problema insoluble. Ninguno de ellos tenía fósforos ni encendedor.

—¿Y el fuego?

—¿El fuego? —repitió Marcos, con tono desdeñoso.

—Se come la carne cruda. ¿Nunca has tomado un bistec a la tártara? ¿No?

Sergio hizo una mueca escéptica.

—¿Bistec a la tártara? Claro que lo he comido. Eso no quiere decir nada. Con todo lo que le ponen, no sabe a carne cruda.

Buscó un modo de encender fuego, pero sin esperanza. Como todo el mundo, sabía que los hombres prehistóricos entrechocaban el sílex, o frotaban dos trozos de madera («¡Bah!, vete a encontrar sílex aquí… Podemos pasarnos horas sin encontrar nada…»).

Marcos había sacado ya su cortaplumas y comenzado a desollar a la iguana. Con gesto rápido abrió la piel por la parte del vientre y la quitó. Sergio lo miraba sin decir nada, asombrado por la destreza y la rapidez con que trabajaba.

Sin embargo, Sergio se hacía más escéptico cada vez. La carne de la iguana, de un rosa dudoso, distaba mucho de ser apetitosa. («Si estuviera cocida, quizás, pensó Sergio. Pero cruda indudablemente no…»). Además, las entrañas del lagarto despedían un olor fétido realmente repugnante, que se intensificaba según avanzaba el trabajo de Marcos.

Sergio y Raúl cambiaron una mirada de decepción. Por su parte, Marcos apartó la cabeza con asco.

El olor le molestaba más, porque estaba más cerca del animal.

—Apesta… —dijo a media voz.

Se interrumpió, pareció vacilar y lanzó una mirada a su hermano.

—Déjalo —dijo Raúl—. No vamos a poder comer eso. Nos pondríamos enfermos. ¿De qué nos serviría?

Bastante decepcionado, Marcos limpió su cortaplumas en la hierba, se incorporó y dio una patada a la iguana.

—¡Carroña!

Reanudaron su marcha, continuando el lindero del bosque hacia el sur, pero los acompañaba un cuarto personaje, el hambre. Sergio sentía un vacío en el estómago. A veces, el dolor del estómago le hacía doblarse en dos, y comenzaba a tener dolor de cabeza. En cuanto se hubieron alejado de la iguana, lo demasiado para no volver a ella, Sergio lamentó no haber dominado su repugnancia. Y el hambre continuó marchando junto a ellos durante toda aquella jornada.

Una hora después de la iguana, encontraron un arroyuelo límpido. No habían bebido agua en dos días, y cada cual bebió cuanto pudo.

A poca distancia del arroyo, hallaron un sendero que bordeaba el bosque. A decir verdad, era una simple pista, pero aquello probaba que había por allí seres vivos, probablemente hombres que pasaban por allí regularmente. Un poco más lejos hallaron arbustos donde había frutos silvestres.

—¿Eso se come? —preguntó Sergio.

—Vamos a ver —dijo Raúl—. Cuando es algo que no se conoce, puede ser peligroso. Piensa en el acónito, en la belladona, en la cicuta. Y en tantos otros.

—Sí —dijo Sergio—. ¿Pero esos frutos, podemos comerlos?

—Eso no es belladona, ni acónito; de eso estoy seguro —afirmó Raúl.

—Entonces, ¿lo comemos?

Raúl hizo un gesto vago, como diciendo que no había que hacerle demasiadas preguntas. Sergio lo miraba con impaciencia, asombrado de no obtener una respuesta clara. Tomó un fruto y lo olió, como si esperase vagamente sentir el peligro al mismo tiempo que lo olía. Luego lo mordisqueó, arrancando con los dientes un pedazo minúsculo y paladeándolo para ver si podía adivinar algo por el gusto.

—Es un poco amargo —dijo— pero no excesivamente.

Mordió un trozo más grande y lo tragó. Vio que Raúl lo observaba con una vaga inquietud, y recordó la escena del calmante del avión. Al mismo tiempo pensó en los esclavos que probaban la comida de los emperadores, para evitarles el veneno.

—Veremos —dijo al fin—. Podemos recogerlos ahora y comerlos más tarde. Si no muero dentro de diez minutos.

Durante aquel tiempo, Marcos observaba los arbustos con atención.

—Se los puede comer —dijo—. No hay ningún peligro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Raúl.

—No es nada complicado —respondió Marcos—. Los han comido… Y no ha sido un animal. Los frutos no han sido arrancados. Los han recolectado bien. Podría decirse que hay hombres cerca de aquí.

Era en efecto convincente. Pasaron una hora comiendo aquellos frutos silvestres providenciales y luego reanudaron su marcha, con el hambre aplacada.

A fines de la tarde, seguían el sendero que iba al sur. El bosque no parecía tener fin. Iban en fila india, Sergio

primero, luego Marcos y por fin Raúl. Era la disposición más prudente, porque las altas hierbas podían ocultar una serpiente, una mígala u otra sorpresa peligrosa. Avanzaban lentamente, haciendo el menor ruido posible, con la esperanza de encontrar aun otra iguana o quizás algún animal fácil de matar.

De este modo llegaron muy cerca de un niño, sin llamar su atención. Sergio lo había visto de lejos. Estaba agazapado cerca del sendero, vuelto de espaldas, oculto en parte por las altas hierbas. Oyó a los tres muchachos en el momento que estaban a cinco o seis metros de él. Primero volvió la cabeza, y luego se incorporó de un salto con aire de sorpresa. Era un niñito de siete u ocho años, enteramente desnudo. Los miró durante un corto instante, con aire muy asustado, luego, antes de que hubiesen tenido tiempo de interpelarlo, les volvió la espalda y se hundió en el bosque rápidamente.

Sergio, que se había detenido al verlo, se volvió hacia los otros muchachos. Estaba visiblemente sorprendido por aquel encuentro inesperado.

—¿No observaron nada? —les preguntó.

Raúl y Marcos vacilaron durante unos instantes.

—Creo —dijo Raúl— que si nosotros estuviésemos desnudos de medio cuerpo para arriba, tendríamos el mismo color que él. Él está así en todo el cuerpo. Eso quiere decir que no ha estado vestido jamás.

—De acuerdo —aprobó Sergio—. Pero eso no es todo. ¿No has visto su cara? ¿No has visto nada anormal?

Raúl reflexionó.

—No, no he visto nada anormal. ¿Qué te ha parecido anormal?

—No es blanco —repuso Sergio— es indio. Y como va desnudo, eso quiere decir…

—¿Qué? —preguntó Marcos.

—… que estamos en una reserva.

—¿En una reserva? —dijo Raúl.

Raúl y Marcos se miraron. No habían imaginado aquello jamás.

—Veamos —dijo Marcos—. Si entiendo bien, una reserva es un dominio de los indios, están en su casa y hacen lo que quieren, donde siguen sus antiguas costumbres. ¿No es así?

—Sí —dijo Sergio.

Raúl no parecía convencido.

—Un minuto —dijo—. No es tan sencillo como eso. Si estamos en una reserva, eso quiere decir que hemos entrado sin querer. Me parece difícil. Las reservas están señaladas siempre. Tendríamos que haber encontrado límites o postes indicadores, y no hemos visto nada. Luego no es una reserva.

—Forzosamente no —dijo Sergio—. Smithson nos ha podido dejar en el interior de la reserva. Luego estamos en ella. Nos han obligado a entrar en ella.

Sí, aquello era posible. Pero nada les decía que estuvieran. Marcos, que indudablemente era el que tenía más hambre, llevó la conversación a un terreno concreto.

—Reserva o no —dijo— esos indios nos pueden dar de comer. Basta con ir por donde ese niño se ha metido y encontraremos el poblado.

Sergio miró el bosque, tratando de adivinar por dónde había huido el pequeño indio. Dio unos pasos, examinando el suelo, pero no encontró huella alguna de sendero. El interior del bosque, muy sombrío y casi negro, parecía un mundo cerrado, hostil, impenetrable.

—¿No crees que deberíamos probar? —preguntó Raúl que adivinaba su vacilación.

—No, no lo creo —respondió Sergio—. Ese niño estaba asustado, sin duda. ¿Qué habrá ido a contar? No sabemos nada. Imagínate que haya dicho que queríamos atacarlo. ¿Cómo nos van a recibir después de eso? Sabes que tenemos un aspecto muy malo, después de haber dormido en el barro. No vamos a inspirar confianza.

Raúl miró a Sergio y a su hermano y luego examinó sus vestidos. Era cierto. Estaban muy sucios, incluso asquerosos. La palabra no era demasiado fuerte. Además, Sergio llevaba en la mano la rama seca que había servido para matar a la iguana y aquello le daba un aire amenazador. Era completamente normal que el pequeño indio hubiera huido.

—Seguro —admitió Raúl—. Estamos muy sucios. Pero no le hemos hecho nada al niño. Podremos explicar lo que nos ha ocurrido, y decir que no tenemos malas intenciones.

—Sí —repuso Sergio—. Tú les hablarás en inglés. Pero debes darte cuenta de que todos los indios que viven en una reserva no hablan inglés. Sobre todo los que viven en pleno bosque como estos. ¿Y si no comprenden, crees que podrás explicárselo en navajo o en mohawk?

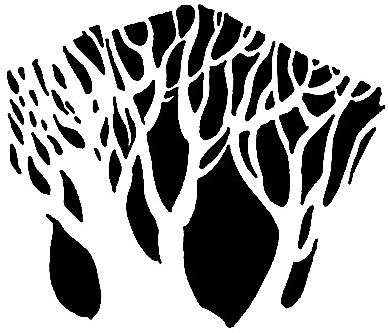
Raúl vacilaba. ¿Cómo iban a saber lo que el niño había contado? Y no sería fácil explicarse con indios furiosos. Sergio vio su vacilación e insistió:

—No vayamos, te digo. Correremos muchos riesgos. Más tarde encontraremos un verdadero pueblo.

—De acuerdo —dijo Raúl. No iremos.

Marcos no dijo nada, pero parecía descontento. Los tres muchachos reanudaron su marcha, pero Sergio comprendía que Marcos iba contra su voluntad, probablemente porque era quien tenía más hambre. («Sí, —se dijo Sergio— está furioso. Yo he insistido en que no vayamos y me toma por un cobarde… Sin embargo, no se podía hacer otra cosa»).

Y continuaron siguiendo el bosque hasta el crepúsculo.



VI

La mañana del siguiente día les halló desalentados y muy indecisos. Estaban muy lejos de su optimismo del primer día. En particular, Raúl, muy preocupado, contemplaba el bosque con inquietud.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Marcos.

—Creo que hemos hecho mal en continuar hacia el sur —repuso Raúl con voz vacilante. Este bosque se prolonga kilómetros… Y todo lo que hemos encontrado es ese niño que ha huido como un conejo.

—No teníamos más que seguirlo, y habríamos comido —dijo Marcos. Si no lo hemos seguido, la culpa no ha sido mía.

Raúl hizo como si no hubiera oído y se volvió hacia Sergio.

—Deberíamos haber escalado la montaña —prosiguió —. Creo que habríamos hallado fácilmente un paso.

—Ummmm —dijo Sergio—. Ayer decías que no se sabía nunca lo que se encontraba detrás de una montaña.

—Sé muy bien que lo he dicho —reconoció Raúl—. Pero aquí el bosque se encuentra entre la montaña y el desierto. El bosque es demasiado estrecho y estamos seguros de no encontrar nada en él. Entre esto y el otro lado de la montaña, prefiero probar el otro lado.

Sergio vacilaba. Con el rabillo del ojo, observó a Marcos, que miraba la montaña con ganas. Sergio adivinó que estaba cansado de andar por la llanura y que la montaña lo atraía, sencillamente por lo imprevisto y nuevo que representaba.

—Sí —dijo—. Se podría pasar del otro lado. No será difícil si hallamos un paso. Esta decisión les devolvió un poco de valor, pero la ascensión fue penosa y tuvieron que descansar frecuentemente.

—No es normal que estemos tan fatigados —advirtió Sergio.

—A mí no me asombra —dijo Raúl—. Hace tres días que no comemos apenas.

—Si hubiéramos seguido al niño, habríamos comido —dijo Marcos que no renunciaba fácilmente a una idea.

Encontraron felizmente frutos silvestres y, a primera hora de la tarde, llegaron a un pequeño lago.

—Hace mucho tiempo que no encontramos agua en tanta cantidad —observó Raúl—. Vamos a aprovecharnos para lavar nuestros vestidos.

Como Sergio debía darse cuenta más tarde, Raúl que tenía la costumbre de guiar a su hermana, tomaba naturalmente el mando del grupo. Se bañaron en el lago, lavaron sus vestidos, y los dejaron secar al sol. Fue un buen momento de reposo, que cortó felizmente el día y que

levantó su moral. Se sentían más limpios y en mejor forma, pero…

—La apariencia exterior no ha ganado… —advirtió Raúl.

Era cierto. Sus vestidos seguían teniendo el mismo aspecto fangoso, y estaban mucho más arrugados.

—Era fatal —dijo Marcos—. ¿Qué quieres que hiciéramos sin jabón?

Sergio pensó que había llegado el momento de ponerse en marcha.

—Una hora más —dijo— y habremos llegado al paso. Después solo tendremos que descender y encontraremos un pueblo… Esta noche podremos estar en él…

En realidad se hallaban más lejos del paso de lo que creían, y el descenso, muy abrupto, fue más difícil que la subida. Tuvieron que detenerse a la mitad, al caer la noche.

—En la montaña —dijo Raúl— no hay que seguir adelante cuando no se ve… Es demasiado peligroso… Vale más pasar aquí la noche…

Se hallaban frente a un inmenso valle que se veía mal a la luz del crepúsculo. Más allá del valle había otras montañas, y antes que ellas, vastas praderas y grandes bosques.

—Esa parte está seguramente habitada —dijo Sergio.

Habría querido continuar, pero sabía que aquello era una locura. Raúl tenía razón al decir que esperasen. Los tres muchachos miraban el valle que, poco a poco, se hundía en la sombra. Permanecieron silenciosos durante largos minutos y cuando la noche fue casi completa, Sergio lanzó un grito.

—Miren… miren allí abajo…

Indicaba una débil luz naranja, apenas visible.

—Una hoguera —dijo Marcos a media voz.

* * *

El siguiente día al amanecer, no veían ningún pueblo en el valle. Donde habían visto la hoguera, no se veía más que un bosque. Felizmente, Raúl se había fijado en la dirección.

—Estoy seguro de que es allí —dijo—. Hay que avanzar hacia el bosque. Buscaremos un poco y encontraremos el buen camino.

Hallaron un sendero y, hacia las once, se les apareció el pueblo, a un centenar de metros delante de ellos. Era un pueblo muy pequeño, que contaba a lo sumo con una treintena de casas de apariencia muy pobre.

—Ahí no encontraremos nada —dijo Marcos.

—Evidentemente —dijo Raúl—. ¿Pero tú no esperabas encontrar una ciudad? No debes olvidar que estamos en una reserva. Por otro lado, les preguntaremos el camino, y les pediremos un poco de comida. Y con tu dólar nos la darán.

Había una plaza pública de tierra apisonada en el centro del pueblo. Muy pronto se llenó de niños de todas las edades, de una decena de mujeres, y de un viejo obeso de cabellos blancos. Todos indiscutiblemente indios. Miraban a los tres muchachos que avanzaban hacia ellos, sin ningún gesto hostil o amistoso, exactamente como si esperasen que se presentasen, que manifestasen sus intenciones de una u otra manera.

Raúl, que iba a la cabeza del grupo, se detuvo ante el viejo y trató de explicarle su situación en el inglés más correcto y comprensible que pudo encontrar. Sergio que conocía peor el inglés, no escuchaba ni trataba de comprender lo que decía su compañero. Por lo tanto tenía disponible su atención. De este modo vio que el viejo indio se inclinaba hacia una mujer que estaba a su lado, y le oyó decir, a media voz:

—Son gringos.

Aquellas dos palabras fueron un rayo de luz para Sergio, que había pasado sus vacaciones anteriores en la Costa Brava y aprendido un poco de castellano. «Son gringos» había dicho el indio viejo. De este modo llaman los mexicanos a los norteamericanos. No estaban, pues, en una reserva. Estaban en México donde los indios viven en una libertad total. Sergio sabía también que los mexicanos no quieren a los gringos. Si Raúl continuaba hablando inglés, el viejo los trataría como extranjeros y probablemente no los ayudaría. Aquello era grave y había que restablecer la verdad lo antes posible. Sergio empujó a Raúl para hacerle callar, porque la situación exigía una acción inmediata, y echó mano de sus escasos conocimientos de castellano.

—Perdone, señor, no somos gringos…

Sergio había tratado de hablar en un tono a la vez deferente y enérgico, para hacer comprender al viejo indio que no querían que los tomasen por norteamericanos. Con aquella sencilla frase había dicho lo esencial: «Perdón, señor, no somos gringos». Pero había que añadir otra cosa y precisar de dónde venían. Prosiguió:

—Somos franceses.

El viejo no había salido quizás del pueblo y no sabía nada de Francia, pero había que decirle algo. Raúl se calló. Había comprendido que convenía dejar actuar a Sergio. El viejo indio había cambiado de actitud al oír hablar castellano y su gesto se había endulzados. Hizo un ademán hacia Sergio para demostrar que había comprendido, se volvió hacia la mujer que tenía junto a él y le dijo unas palabras de sonido extraño, pues era náhuatl, como los muchachos supieron más tarde. La mujer dijo «sí» con la cabeza y desapareció enseguida en una de las casas. Entonces el viejo indio se dirigió a Sergio hablando de nuevo en castellano. Esta vez era una frase mucho más larga, que Sergio no entendió enteramente, pero a la cual pudo responder.

—Sí, señor. Muchas gracias.

Se volvió hacia Raúl y Marcos, y añadió dirigiéndose a ellos.

—Ha preguntado si tenemos hambre. Nos van a dar de comer.

Ya la mujer salía de la casa, portadora de una fuente de madera donde había algunos pedazos de pollo cocidos en un caldo de harina de maíz y envueltos en hojas. Era una comida muy nutritiva y muy especiada. Los tres muchachos comieron con avidez bajo los ojos de los indios que, con excepción de los niños, no los miraban apenas. Cuando hubieron terminado, el viejo sonrió con benevolencia y les preguntó de dónde venían. Sergio respondió lo mejor que pudo:

—Venimos del desierto… —dijo—. Y explicó en algunas palabras cómo habían escalado la montaña el día anterior.

Enseguida, Sergio vio que el viejo indio no lo creía. No estaba seguro de la palabra que había empleado para hablar del desierto. Había dicho «desierto». ¿Era la palabra

conveniente? Lamentó que su español fuera tan pobre, tan incompleto, tan imperfecto. Luego adivinó que, precisamente, su interlocutor se mostraba incrédulo porque había comprendido que hablaba del desierto. Entonces Sergio se entregó a una mímica complicada, con grandes gestos entrecortados por algunas palabras en castellano, para explicar que los habían traído en avión y los habían abandonado en el desierto. Al mismo tiempo recordó que tenían los vestidos manchados de barro, y se preguntó lo que pensarían los indios. Todas las mujeres que los rodeaban estaban vestidas pobremente, pero tenían los vestidos muy limpios. Sergio se dio cuenta de que le resultaba difícil hacerse comprender y esperó vagamente que les fuera mejor en el pueblo inmediato.

Hubo un silencio pesado. El viejo miraba el vacío y parecía escéptico. Durante aquel tiempo, Raúl reflexionaba. Comprendía que su viaje distaba mucho de estar terminado. Pensaba en gastar el único dólar de Marcos y buscaba la compra que pudiera serles más útil. Vaciló primero, y luego recordó que el final de las noches era siempre frío. Le dio un codazo a su amigo.

—Trata de comprar una manta —dijo.

Sergio buscó febrilmente en su memoria, sin encontrar la palabra conveniente. Mostró el dólar que Marcos había sacado del bolsillo e hizo el gesto de envolverlos en una manta invisible. El viejo indio sonrió y dijo algunas palabras a una de las mujeres, que entró en una casa y salió inmediatamente de ella con una tela que tendió a Sergio. Era un trozo de lana negro, con dos bandas rojas paralelas a lo largo y un agujero en el centro. Sergio comprendió que era un sarape, la vestidura mexicana que se utiliza a la vez como manta y como abrigo, sacando la cabeza por el agujero. Raúl tendió el dólar al viejo indio que lo examinó largamente con aire indeciso. Sergio comprendió que el viejo vacilaba ante aquel dólar norteamericano, que le resultaría difícil de cambiar, y se preguntó si aceptaría aquel pago. Sergio tuvo

algunos momentos de seria inquietud, porque tenían una verdadera necesidad de aquel sarape. Un sarape para tres no es mucho, pero es mejor que nada. Por fin el viejo se decidió y se guardó el dólar con una sonrisa satisfecha.

Sergio lanzó un suspiro de satisfacción, y recordó que tenía que preguntar el camino para la ciudad más cercana. Hizo la pregunta inmediatamente, y el viejo indio dio una larga explicación. Su castellano era malo y su pronunciación deformada por la costumbre de hablar náhuatl. A Sergio le costaba trabajo comprenderlo y tenía que hacerse repetir casi todo. Felizmente el viejo era muy amable y repetía sus respuestas con una paciencia increíble.

Marcos había tratado primero de seguir el diálogo, pero tenía la impresión de que los dos interlocutores no hablaban la misma lengua. Sin embargo, una palabra se repetía. Opodepe. Era sin duda la ciudad donde le aconsejaban que fuese. Rápidamente, Marcos se desinteresó de la cuestión. Sus ojos vagaron al azar por el grupo de indios que lo rodeaban y se fijó en un muchacho de unos quince años que escuchaba con mucha atención. Iba vestido con un pantalón blanco y una camisa blanca muy limpia. Tenía una cara típicamente india, con los pómulos salientes, los labios gruesos y grandes ojos negros de mirada dulce. Marcos sabía que aquel muchacho estaba allí desde el comienzo. Había asistido a toda la escena, y hasta entonces nada lo había distinguido del grupo. ¿Por qué, entonces, Marcos se fijaba en él? El joven indio miraba a Sergio y a Raúl con una curiosidad apasionada, y escuchaba todo cuanto se decía, como si aquello fuera importante para él. En aquel momento, el viejo se había lanzado a una larga frase y Marcos adivinó, por los gestos que hacía, que describía una encrucijada y que indicaba la dirección que debían tomar. Sergio escuchaba y hacía pequeños signos de cabeza para demostrar que seguía la explicación. Luego, un niño de tres o cuatro años se destacó del grupo y fue a tocar la tela del pantalón de Raúl. Una mujer lo llamó y el niño volvió

dócilmente junto a ella. Entonces, Marcos alzó los ojos hacia el lugar donde el joven indio se hallaba un minuto antes. No estaba allí. Marcos miró el grupo con más atención. El muchacho había desaparecido. Marcos supuso que estaría en alguna de las casas y no volvió a pensar en él.

La discusión terminó. El viejo repitió aún algunos detalles que consideraba importantes e hizo señal de que había terminado.

VII

Anduvieron media hora cuando llegaron a una encrucijada de la cual el viejo les había dado una indicación precisa. A poca distancia de la encrucijada, vieron a alguien sentado al pie de un árbol. A medida que se acercaban el personaje se precisó. Era un muchacho de unos quince años. Cuando estuvieron muy cerca de él, Marcos reconoció al joven indio, cuyo rostro le había chocado una hora antes.

—Es un muchacho del poblado de donde venimos —les dijo a los otros.

El muchacho los miraba sonriendo cuando se acercaron a él. Cuando estuvieron a dos o tres metros, indicó el sendero de la izquierda y dijo sencillamente:

—Opodepe.

Sergio permaneció primero asombrado.

—No —dijo a sus dos compañeros—. El viejo me ha dicho que era hacia la derecha. No es así…

Hablaba en francés y el indio no podía comprenderlo, pero sin embargo adivinó que no le creían. Renovó su gesto hacia la izquierda y repitió con calma.

—Opodepe.

—¿Estás seguro de haber comprendido bien? —le preguntó Raúl a Sergio.

—¡Claro que lo estoy! —afirmó Sergio con energía—. El viejo dijo a la derecha…

Esta vez el muchacho indio comprendió las tres últimas palabras, y dijo articulando precisamente, pero con el mismo acento extraño que el viejo:

—Opodepe está a la izquierda.

—¿Qué dice? —preguntó Marcos.

—Dice que está a la izquierda —tradujo Sergio—. Esto es una historia de locos. Yo estaba seguro de haber comprendido bien, y ahora ya no lo estoy tanto.

—Hay que discutir con él —sugirió Raúl.

Sergio estuvo a punto de responderle:

«Eso es fácil de decir. No eres tú el que tiene que discutir». No lo dijo, pero lo pensó y movió la cabeza varias veces como un perro que se sacude. Luego entabló una conversación laboriosa, en un pobre castellano. Aquello duró mucho tiempo, luego Sergio pareció tranquilizarse y por fin se volvió hacia Raúl y Marcos.

—Ahora comprendo mejor —dijo—. En realidad, el viejo decía que era peligroso doblar a la derecha. En cuanto a Opodepe, está a la izquierda.

—¿Peligro a la derecha? —preguntó Raúl con tono escéptico.

—Sí, afirmó Sergio. De eso estoy seguro.

Se volvió hacia el indio y le preguntó sencillamente:

—¿Peligro?

El otro aprobó con un ademán de cabeza y repuso.

—Peligro a la derecha.

—¿Ves? —dijo Sergio con tono satisfecho.

—¿Qué peligro? —preguntó Marcos.

Sergio tuvo una breve vacilación.

—En eso no estoy seguro de haber comprendido todo —dijo sinceramente—. Creo que es un rincón desierto. Podríamos perdernos. No hay campos cultivados, ni pueblos. Nada… Tendríamos que volver sobre nuestros pasos, eso es todo. Y este muchacho ha venido para servirnos de guía y para ayudarnos.

El indio había escuchado todo cuanto Sergio había dicho, y sin duda había comprendido o adivinado las últimas palabras, pues repitió en su lengua:

—Para ayudarles…

—Nos ayudará, sin duda —aprobó Raúl—. Entonces, ¿aceptamos?

—De acuerdo —dijeron simultáneamente Marcos y Sergio.

El muchacho indio, siempre sentado en tierra seguía escuchando. Cuando comprendió que aceptaban, su rostro se iluminó y se levantó de un salto. Tomó de las altas hierbas un paquete envuelto en un sarape negro con dos bandas rojas, semejante al que habían comprado en el poblado. Y, enseguida, se puso en marcha llevándose el paquete.

El sendero de la derecha penetraba en el bosque y era lo bastante ancho para que fueran de dos en fondo. El indio tomó la delantera y Sergio se puso junto a él para hablarle, porque era el único que sabía un poco de castellano. Rápidamente el indio le dijo que se llamaba Xolotl. Sergio repitió el nombre, que encontraba lindo, y cuya extraña

consonancia le gustaba. Luego, simplemente por decir algo, le preguntó si era un nombre raro. Ante esta pregunta, la fisonomía de Xolotl se cerró bruscamente, se puso dura y casi hostil y respondió con tono seco:

—Muy raro.

Luego no volvió a hablar. Su nombre era, pues, muy raro, y no le gustaba que le hablasen de él. Sergio había visto aquel cambio de actitud y comprendió que había abordado un tema prohibido.

Continuaron andando hasta la noche. Xolotl parecía conocer perfectamente el bosque y se orientaba sin vacilación. Al crepúsculo se detuvo en un claro y propuso que pasasen allí la noche. Reunió leña para encender el fuego. Sergio vio que tenía un encendedor muy sencillo y un cuchillo fuerte de hoja ancha. Era hábil y estaba acostumbrado a arreglárselas solo. Al verle preparar el fuego, Sergio tuvo la impresión de que sus inconvenientes estaban prácticamente terminados. Ese sentimiento de seguridad se reforzó cuando le vio abrir el misterioso paquete envuelto en el sarape.

—No. ¡No es posible!

—¡Magnífico! —admiró Marcos.

Únicamente Raúl no dijo nada, pero estaba tan asombrado como los otros. Provisiones en abundancia para todos.

—Aquí hay comida para dos días —dijo Xolotl.

Sergio lo miró con inquietud.

—¿Dos días? —dijo—. ¿A qué distancia está Opodepe?

Xolotl hizo un gesto vago.

—Dos días, quizás tres…

—Pero —objetó Sergio— ¿el viejo había hablado de un día de viaje?

Entonces Xolotl rio francamente y explicó que eso se decía siempre a los viajeros con el fin de no asustarlos. La verdad eran dos días.

—Más bien tres que dos —dijo al cabo de un breve silencio.

Sergio tradujo esta información a Raúl y a Marcos.

—Se diría que es difícil saber dónde está esa ciudad —observó Raúl con desconfianza.

—No hay problema —dijo Marcos—. Se ve que él conoce el bosque. Seguramente ha hecho el viaje ya.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Raúl—. Pregúntale si ha estado ya en Opodepe, Sergio.

Sergio se lo preguntó.

—Nunca —dijo tranquilamente Xolotl.

—Jamás —tradujo Sergio.

Raúl cambió con Marcos una mirada que quería decir: «¿No te lo había dicho?». Hubo un silencio y luego Xolotl explicó que le habían descrito bien la ruta a seguir y que estaba seguro de no extraviarse.

—¡Bah! —dijo Sergio—. No hay razón alguna para que esto no salga.

Al caer la noche se presentó el problema de las mantas.

—Bien —dijo Raúl—. No tenemos más que un sarape para tres. Normalmente un sarape es para una sola persona y no para tres. Hay que hallar una solución.

Xolotl intervino en aquel momento. Mostró que era fácil dormir dos envueltos en un sarape, y propuso que los dos hermanos conservasen el que habían comprado, ofreciendo el suyo a Sergio. Este tuvo una breve vacilación. Habría preferido otra cosa, pero comprendió que era la mejor solución y aceptó.

—No lo lamento. —Fue la primera noche que tuvo realmente calor. Al día siguiente estaba descansado y en forma.

—Es fantástico —dijo Sergio estirándose como un gato —. El bien que hace dos buenas comidas en un día y una buena noche…

Reanudaron su marcha y salieron del bosque a eso del mediodía entrando en unas altas hierbas donde Xolotl continuaba orientándose con igual facilidad. Sergio admiró una vez más su sentido de la orientación.

—Es realmente espléndido —le dijo a Raúl—. Encuentra refugios donde no se ven y no se equivoca nunca. Es una suerte que lo tengamos.

Raúl aprobó, pero parecía preocupado.

—¿Estás preocupado? —preguntó Sergio.

—Sí. Espero que nos guíe hasta el final. Quiero decir: hasta Opodepe.

Sergio lo miró sin comprender.

—Reflexiona un poco —dijo Raúl—. Tenemos provisiones para cuatro durante dos días. Eso nos llevará hasta Opodepe, de acuerdo. En ese momento, él se irá. Bien. ¿Y de qué va a comer hasta su regreso?

Sergio comprendió que Raúl tenía razón. Lógicamente, Xolotl debía dejarlos a mitad de camino, es decir antes de fines del día.

Sin embargo, por la noche Xolotl no había hablado aún de separación. Sergio le hizo la pregunta durante la comida.

—Yo voy hasta Opodepe con ustedes —repuso Xolotl.

—De acuerdo —dijo Sergio—. Pero ese es un largo viaje, ¿cuándo volverás a tu casa?

Antes de responder Xolotl vaciló largamente. Acababa de chupar un hueso de pollo y lo hacía con lentitud como si

quisiera tener tiempo para reflexionar o escamotear su respuesta. Finalmente Sergio repitió su pregunta.

—No volveré —dijo Xolotl.

No. Sergio había comprendido.

—¿Por qué? —le preguntó.

—No puedo volver —dijo Xolotl.

—¿Por qué? —insistió Sergio.

Xolotl mostró las provisiones que quedaban en su sarape.

—Todo eso —explicó— no me lo dieron. Lo robé para irme con ustedes… No puedo volver después de eso. No me atrevería.

Sergio tradujo. Raúl y Marcos miraron con asombro, pero no hicieron ningún comentario. Al caer la noche. Raúl llamó aparte a Sergio para hablarle a su gusto.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó.

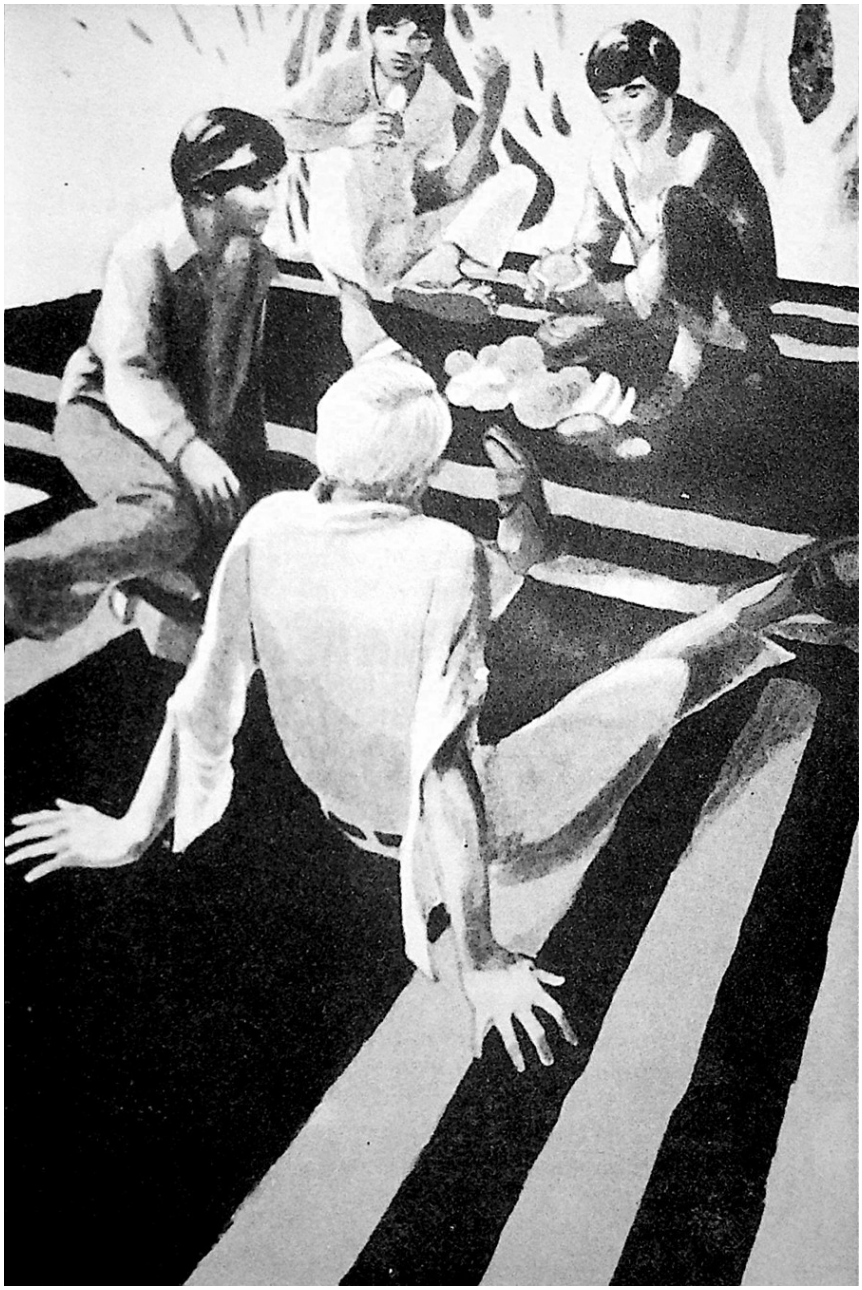
—No pienso nada —dijo Sergio—. Estoy acostumbrado, eso es todo.

—Pero de todos modos hay que ver claro —insistió Raúl —. Eso quiere decir que no lo han enviado para que nos guíe. Él es quien ha decidido venir con nosotros y nos ha traído la comida para que le aceptemos. Claro que, después de eso, no puede volver. ¡Le darían una paliza!

—Comprendido —dijo Sergio—. ¿Pero por qué lo ha hecho?

Raúl permaneció largo tiempo sin responder. Siempre es difícil saber por qué alguien ha hecho una cosa.

—No lo sé —dijo al fin—. Creo que quería partir y no quería arriesgarse solo. Esperaba sin duda una ocasión. La ocasión éramos nosotros. La aprovechó enseguida. En su poblado los extranjeros deben ser muy raros.



—No volveré, —dijo Xolotl.

Sergio reflexionaba.

—También lo comprendo —dijo—. ¿Pero por qué quería irse?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Raúl.

Aquella noche no dijeron mucho más, pero habían comprendido que existía un «problema Xolotl», un

problema extrañamente planteado, del cual no se veía la solución.

—En el fondo, él se ha invitado —dijo Sergio—. No nos ha preguntado nuestra opinión. No es malo, hay que reconocerlo. ¿Pero hasta dónde nos seguirá?

—Me figuro que hasta Opodepe —dijo Raúl—. Eso es importante… Gracias a él, ya no tenemos hambre.

—De acuerdo —reconoció Sergio—. ¿Y después de esos dos días, qué comeremos?

En realidad, los miedos de Sergio no tenían fundamento. Cuando las provisiones quedaron agotadas, Xolotl se mostró perfectamente capaz de nutrirse en pleno campo. Era un experto en el merodeo y en la pesca, y conocía muy bien los frutos silvestres. Sus talentos, muy variados, se salían un poco de la legalidad. Cuando iban junto a un maizal y no había nadie, aprovechaba la ocasión. La primera vez, Sergio y Raúl quedaron vagamente molestos por aquel acto que Xolotl encontraba completamente natural.

—¿Y si te pillan? —preguntó Sergio.

—No me pillarán… —respondió Xolotl.

Y explicó que si le pillaban le darían una paliza, sobre todo si se trataba de una propiedad grande y el capataz no era bueno.

Sergio tradujo el diálogo y vio que Raúl vacilaba. Los frutos olían bien y Marcos los comía desde hacía tiempo. Finalmente Sergio decidió, al menos por aquella vez, olvidar que se trataba de frutos robados. Tomo uno y Raúl hizo lo mismo.

La tarde del tercer día, lograron matar una iguana. Xolotl la asó y aquella fue su cena. Nada anunciaba todavía a Opodepe, y Sergio preguntó cuándo llegarían allí.

—Mañana lo espero —repuso Xolotl.

Sergio tradujo.

—Espera llegar mañana.

Al día siguiente por la noche, no se veía aún Opodepe.

—Es el cuarto día —advirtió Marcos, que le gustaba jugar al calendario—. El octavo día desde el robo de los diamantes.

—Hay que apremiarle —concluyó Raúl—. No estamos aquí para pasearnos. ¿Ocho días? Nos deben dar por muertos.

Se imaginaba el enloquecimiento de sus padres. Seguramente, se sabía que Smithson los había raptado, y sin duda no tenían esperanza de hallarlos vivos. Sergio fue el encargado de «apremiar» a Xolotl. El joven indio comprendió que hablaba en serio y se mostró muy embarazado.

—Creo que me he equivocado —dijo.

Y se lanzó a una explicación confusa para precisar dónde, cuándo, cómo y por qué, se había extraviado, explicación que Sergio no comprendió enteramente, y no trató de traducir.

—Pregúntale cómo va a encontrar el camino —dijo Raúl que se impacientaba.

Sergio hizo la pregunta, y la respuesta de Xolotl fue vacilante y embrollada. Podía desandar lo andado o dirigirse hacia el oeste. Xolotl hizo un gesto de incertidumbre y miró a Sergio que le pedía su opinión.

—¿Qué debemos hacer?

Sergio dibujó en el suelo un mapa rudimentario para explicar la situación. Ninguna de las dos soluciones era perfecta.

—He comprendido —dijo Raúl—. Si volvemos sobre nuestros pasos, perdemos tiempo. Si nos dirigimos hacia el

oeste, corremos el riesgo de extraviarnos.

—Así es —aprobó Sergio—. ¿Qué hacemos entonces?

—Vamos hacia el este —dijo Raúl—. Tenemos prisa…

Un poco más tarde, la misma noche, Sergio se las arregló para quedarse a solas con Raúl.

—Si quieres que te dé mi opinión —dijo Sergio— llegaremos quizás a una ciudad, pero no será Opodepe.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ese tipo nos ha extraviado adrede… ¿Recuerdas la encrucijada donde lo encontramos?

—Sí —dijo Raúl.

—Teníamos que ir a la derecha. El viejo me había dicho a la derecha y yo había entendido bien. Xolotl nos ha lanzado expresamente por el mal camino.

Raúl alzó los hombros.

—Todo lo ves negro —dijo—. ¿Por qué había de hacerlo?

—Reflexiona —dijo Sergio—. Había robado las provisiones y habría pasado un mal cuarto de hora si lo hubieran pillado.

—De acuerdo.

—Bien… Recuerda que el viejo nos aconsejó ir a Opodepe. Era un día de marcha. Si Xolotl nos hubiera llevado a Opodepe, le habrían dado alcance fácilmente. En aquel momento, estaba decidido. ¿No lo crees?

Raúl tuvo un momento de vacilación y luego se rindió a la evidencia.

—Tienes razón —reconoció—. Tenía interés en llevarnos en dirección contraria… Nos ha engañado como a niños… Y además, tenemos que vivir con él…

—Bah, podemos dejarlo cuando queramos. Ahora sabemos que es un mentiroso. No debemos fiarnos de él en lo sucesivo.

Aquella noche no dijeron nada más. Al día siguiente, el azar les hizo encontrar un indio y Xolotl le preguntó el camino para la ciudad más cercana. Pero aquel indio comprendía mal el castellano, y rápidamente él y Xolotl se pusieron a hablar con él en náhuatl.

—Ves —murmuró Raúl a Sergio—. ¿Qué entendemos nosotros? Nada. Xolotl nos podrá contar lo que quiera. Ves que no es fácil no dejarse engañar.

Cuando hubieron dejado al indio, Xolotl explicó que estaban lejos de Opodepe, y que debían desviarse hacia el norte. Allí había una ciudad a dos días de marcha.

—¿Qué ciudad? —preguntó Sergio.

Esperaba vagamente que fuese una gran ciudad, muy conocida.

—San Lucas —respondió Xolotl.

Sergio quedó decepcionado. Aquel nombre no le decía nada y vio, en la expresión de Raúl y de Marcos, que ninguno de ellos había oído hablar de San Lucas. Era sin duda un agujero, donde no encontrarían ayuda.

Xolotl esperó unos instantes, y luego preguntó:

—¿No es cierto que es mejor ir a San Lucas?

Sergio y Raúl cambiaron una mirada dubitativa y Sergio tomó la decisión.

—Está bien —dijo.

Tomaron la dirección de San Lucas. Por la noche, llegaron a un valle estrecho y salvaje, donde un torrente circulaba en minúsculas cascadas, entre grandes piedras musgosas. Allí fue donde se detuvieron para pasar la noche.

Durante toda la jornada, Sergio no había dejado de pensar en Xolotl. ¿Por qué mentía? ¿Por qué había dejado su poblado? ¿Qué había detrás de su extraña actitud? Desde la mañana, Sergio tenía ganas de hablarle de ello… Se calló hasta la noche, y luego se decidió bruscamente a hacerle la pregunta en el momento en que Xolotl encendía el fuego.

Inmediatamente, la actitud de Xolotl se modificó. Su fisonomía se endureció, tuvo una breve vacilación, y luego volvió la espalda a los tres y se inclinó hacia la llama, como si quisiera ganar tiempo u ocultar su rostro.

—Debo irme —dijo al fin.

Su voz estaba cargada de emoción, y Sergio comprendió que había abordado un tema prohibido. Durante un corto instante, Xolotl pareció decidido a no decir nada, luego cambió de opinión y prosiguió con la misma voz turbada.

—Mis padres han muerto. Yo vivía con mi tío, y me llevaba mal con él… Me pegaba casi todos los días… Patadas y latigazos…

Hubo un silencio interminable. Se oía el ruido del torrente en las rocas. Luego, a lo lejos, un pájaro cantó. Entonces Xolotl se volvió bruscamente hacia Sergio.

—¿Quieres ver las huellas de los golpes en mi espalda? —le preguntó.

Comenzaba a desabrocharse la camisa, y Sergio lo miraba con asombro, cuando Raúl intervino.

—No, Xolotl —dijo rápidamente—. Te creemos. Y te comprendemos… No deberíamos haberte hecho preguntas.

De nuevo hubo un silencio incómodo. A lo lejos se escuchó aún el canto del pájaro. Sergio no había traducido la frase de Raúl, pero Xolotl comprendía sin duda, pues parecía más tranquilo. Abotonó su camisa y continuó ocupándose del fuego. Raúl comprendió que la tormenta había pasado.

Al caer la noche, Sergio llevó aparte a Raúl como el día anterior y ambos subieron a una roca donde tenían el lugar justo para sentarse.

—¿Y? —preguntó Raúl en cuanto estuvieron instalados.

—No sé —dijo Sergio—. Seguramente lo he herido al hacerle esa pregunta. En ciertos momentos tiene la sensibilidad de un gato escaldado.

—Ummm —dijo Raúl.

—Tiene secretos y está en su derecho. He hecho mal interrogándolo.

Desde donde estaban, podían ver el valle a sus pies, el torrente, y el fuego que se extinguía. Xolotl y Marcos sentados juntos. Todo aquello anegaba en sombra y se adivinaba a Xolotl y a Marcos más que se los veía.

—¿Realmente le habrá pegado? —preguntó Raúl a media voz.

—No lo sé.

—No lo creo —dijo Raúl—. Había disminuido su gesto antes de que yo hablase. No tenía ganas de mostrar sus cicatrices, porque no las tenía…

Sergio permaneció mucho tiempo sin hablar.

—He pensado en eso —dijo—. Finalmente, no sé… De todos modos, es demasiado tarde. Ahora ya no podemos pedirle que se desnude.

—Claro —dijo Raúl.

Hubo un largo silencio. Raúl seguía con los ojos las luciérnagas que volaban en torno de ellos al caer la noche. Luego dijo en voz baja.

—Fíjate en que es un buen tipo. Si él no estuviera, no comeríamos todos los días… Ha hecho todo lo posible por sernos útil.

Sergio miraba el valle, un gran agujero de sombra donde las cenizas rojas marcaban el lugar del fuego. Era cierto, Xolotl era amable. Mentiroso y amable.

Y tenían que vivir con él. Gracias a él comían… Y Sergio se preguntó si llegarían realmente a San Lucas dentro de dos días.

VIII

Al día siguiente, por la noche, se hallaban a diez kilómetros de San Lucas y ya nada les podía impedir llegar hasta allí. Antes de acostarse, Sergio, Raúl y Marcos hablaron largamente de lo que harían al día siguiente y Xolotl les escuchó con mucha atención. De vez en cuando, pedía una explicación a Sergio que contestaba con frase rápida. Durante los seis días que había pasado con ellos, Xolotl había escuchado y hecho muchas preguntas. Tenía una memoria excelente y comprendía casi todo lo que decían los otros tres. Aquella noche escuchó durante largo tiempo sin intervenir, y luego se decidió a hablar.

—¿No conoce a nadie en San Lucas? —preguntó.

—No, a nadie —repuso Sergio.

—¿Entonces que van a hacer allí?

—Iremos a ver a la policía y… —explicó Sergio.

Xolotl hizo un gesto que quería decir: «He comprendido bien» y preguntó enseguida.

—¿Por qué?

—Para que nos ayuden… —dijo Sergio.

Y explicó el género de ayuda que esperaban encontrar, Xolotl escuchó sin interrumpirle, pero su gesto era elocuente. Cuando Sergio hubo terminado, Xolotl dijo simplemente:

—No hay que ir allí.

—¿Por qué? —preguntó Sergio.

—Porque somos pobres. Los policías son buenos para los ricos y malos para los pobres.

Xolotl era visiblemente muy sincero. Sergio creyó al principio que tenía una razón precisa para desconfiar de la policía. ¿Tenía algo que reprocharse? ¿Un hurto o un robo? Bien mirado, no era posible que Xolotl no hubiera estado nunca en San Lucas antes. ¿Y si aquello no era cierto? ¿Si hubiera estado? Sergio no sabía qué pensar. Hubo un largo silencio, luego Xolotl dijo una frase que Sergio se olvidó de traducir.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Raúl.

—Que si vamos en busca de la policía él nos deja —respondió Sergio.

Raúl trataba de comprender.

—¿Por qué pone dificultades? —le preguntó a Sergio.

—No lo sé —repuso Sergio.

—Eso no tiene sentido —añadió Raúl.

Reflexionó un poco y luego se decidió bruscamente.

—Estamos fatigados… Volveremos a hablar mañana por la mañana. Así valdrá más. Díselo, Sergio.

Sergio tradujo. Xolotl hizo ademán de que había comprendido y no insistió más. Aquella noche, Sergio se durmió muy tarde. Sabía demasiado bien que Xolotl le había mentido y ya no tenía confianza en él. Pensaba, como Raúl, que los argumentos de Xolotl no eran válidos. Pronto o tarde tendrían que pedir ayuda a las autoridades. ¿Por qué no enseguida?

Al día siguiente por la mañana, Xolotl estaba visiblemente tenso y nervioso. Comieron primero y enseguida tomaron el camino de la ciudad. Después de una hora de marcha, Xolotl se detuvo y repitió su advertencia.

—No deben ir… Escuchen. No vayan…

Había puesto en aquellas frases toda la convicción de que era capaz. Sergio comprendió que aquella vez era sincero. Conocía o adivinaba un peligro del cual los otros tres no tenían la menor idea… Xolotl añadió:

—Si van a ver a la policía, yo me voy…

Raúl se volvió hacia él.

—Dile que es absolutamente necesario que vayamos a ver a la policía, Sergio. Dile que estamos decididos. Tiene que comprender que nadie nos hará cambiar de opinión.

Sergio tradujo lo mejor que pudo. A medida que hablaba, vio que la decepción se reflejaba en la cara de Xolotl. Hasta aquel momento, Xolotl había conservado la esperanza de convencerlos, y acababa de comprender que aquella esperanza era vana. Cuando Sergio hubo terminado, se produjo un largo silencio. Xolotl estaba muy sombrío. Miró a Sergio, luego a los otros dos, como si tratase de adivinar si debía insistir más… Luego abandonó la lucha bruscamente. Tomó su sarape y se lo echó a la espalda.

—Adiós —dijo a media voz.

Dio media vuelta y se alejó lentamente. Sergio estuvo a punto de retenerlo, pero se contuvo, después de echar una

ojeada a los otros dos, que no se habían movido. Cuando Raúl se decidió a hablar, Xolotl estaba ya a una veintena de pasos.

—No creía que se iba a ir —dijo Raúl.

—Yo tampoco —dijo Sergio—. ¿Lo llamamos?

—No —dijo Raúl—. Sabes muy bien que tenemos que ir a ver a la policía.

Hubo un largo silencio. Xolotl se alejaba, con paso regular, sin volverse. Luego desapareció en un recodo de la carretera, sin mirar hacia atrás. Raúl, Sergio y Marcos, cambiaron una mirada vagamente molesta.

—Sabía que terminaríamos separándonos de él —dijo por fin Sergio.

—Pero yo habría preferido que esto no hubiera ocurrido así. Después de todo ha hecho todo lo posible para ayudarnos.

—Yo también —dijo Raúl—. Pero él ha sido quien decidió dejarnos. Partamos, no podemos quedarnos aquí.

Al llegar a San Lucas, vieron que no era un pueblo. Tendría diez o veinte mil habitantes, pensó Sergio. Era una ciudad donde había en todo caso electricidad y teléfono. Una de esas ciudades mexicanas típicas que tienen en su centro una gran plaza pública, llamada zócalo. La jefatura de policía estaba en el zócalo, y no tuvieron ninguna dificultad en encontrarla. En aquel momento, eran aproximadamente las diez de la mañana.

La puerta se hallaba entreabierta, Sergio asomó la cabeza y vio un pasillo desierto. En el pasillo, había cuatro puertas sin ninguna inscripción. Sergio eligió una, llamó y oyó un gruñido inarticulado. Entró, seguido de los otros, en una oficina donde un soldado estaba sentado sobre una silla de paja. Sergio pidió ver al jefe de policía. El hombre repuso que el jefe iba a llegar, y no hizo ninguna pregunta.

Los tres muchachos se sentaron sobre un banco, preparándose para una espera que prometía ser larga. El calor era asfixiante y se comprendía la falta de energía del soldado, que permanecía sentado sin hacer nada, esperando no se sabía qué. Algunas moscas volaban cerca del techo y, de vez en cuando, una de ellas se posaba sobre el rostro o las manos del hombre que las espantaba y volvía a caer en su apatía.

El jefe llegó a eso de las once. Era un hombre muy gordo, de unos cuarenta años, de bigote colgante, que transpiraba con abundancia. Por las insignias de su uniforme, debía ser un teniente. Sergio se levantó, y le preguntó si podía recibir a los tres. Sin decir palabra, el hombre gordo les hizo seña de que lo siguieran, y los precedió en su despacho. Allí, se sentó en un sillón, visiblemente feliz de no tener que sostener su enorme masa, y dejó hablar a Sergio.

Sergio comenzó su relato, en un español bastante correcto. Había reflexionado bien lo que debía decir, pero desde las primeras frases, comprendió que aquello salía mal. Tenía la misma impresión desagradable que cuando se explicó con el viejo indio seis días antes. Visiblemente, el jefe no creía lo que le contaba. Aquello no arreglaba las cosas, y el jefe permanecía completamente inmóvil, con los ojos cerrados, como si quisiera evitar todo esfuerzo inútil, por miedo a transpirar más.

Sin embargo, escuchaba con atención y hacía una pregunta de vez en cuando, con el mínimo de palabras. Por aquellas preguntas, Sergio comprendió que no había oído hablar del robo de los diamantes de Champaign. Al parecer, la policía norteamericana no había dado parte a las autoridades mexicanas. Entonces el jefe les hizo la pregunta que Sergio temía más.

—¿Y los pasaportes?

Sergio explicó lo mejor que pudo que Smithson se los había robado y comprendió claramente que aquella respuesta causaba mala impresión. El gordo permaneció silencioso largo tiempo con los ojos casi cerrados sin que se pudiera adivinar si reflexionaba o dormía. («Sin embargo, no es complicado, pensó Sergio. Todo lo que pedimos es comunicarnos con nuestros padres, para decirles que estamos vivos. Y luego que nos metan en el primer tren para unirnos con ellos… Eso es muy sencillo»).

Aparentemente, no lo era para el jefe. Salió de su somnolencia para hacerles otras preguntas. A medida que el interrogatorio se prolongaba, Sergio comprendía mejor. El jefe no era un mal hombre, pero el asunto le parecía extraño. Con sus ropas en mal estado, después de diez noches pasadas al raso, los tres muchachos no inspiraban confianza, evidentemente. Y la historia que contaban era casi inverosímil. Sí, el jefe encontraba extraño aquel asunto, y no quería dejarse engañar. Dos veces tendió la mano hacia el teléfono, y cada vez, cambió de opinión. Finalmente se enjugó la cara con su pañuelo y se levantó.

—Voy a informarme —dijo con tono breve; esta tarde los veré.

Los hizo pasar a la pieza por donde habían entrado. El soldado que los había recibido seguía allí. Les dieron de comer, pero no les permitieron salir.

—¡Ahora estamos presos! —gruñó Marcos.

—No te enloquezcas —dijo Raúl—. Aquí estamos bien.

—¿Te parece? No tiene derecho a detenernos.

—Sí —dijo Raúl—. Lo tienen porque no tenemos pasaportes, y de nada nos serviría protestar.

El jefe volvió a eso de las cuatro, entró en su despacho y enseguida llamó a los tres muchachos.

—Explícame —le dijo a Sergio—. Si es cierto todo lo que me has contado, ese avión los ha dejado en tierra hace once días, sin dinero… ¿No es así?

—Sí —dijo Sergio.

—¿Y qué habéis comido durante esos días?

La actitud del gordo había cambiado claramente desde la mañana y su pregunta era una trampa. Sergio explicó que habían vivido de frutos silvestres, de la pesca y de la caza.

—¿De la pesca? —dijo el jefe—. ¿Y con qué pescabais? Enséñame…

Sergio no pudo ocultar su turbación. La caña y el anzuelo pertenecían a Xolotl y él no podía mostrarlo. Explicó que había perdido la caña.

El gordo sonrió sarcásticamente.

—¿La has perdido? ¿De veras? Qué curioso…

Miró fijamente a Sergio y luego preguntó:

—¿No has robado nada?

Sergio negó francamente. El jefe escuchó sin interrumpir, pero su fisonomía era escéptica. Miraba a los tres muchachos, uno tras otro y finalmente sus ojos se posaron en Marcos, que había colocado el sarape en el asiento de su silla.

—¿Y ese sarape? —dijo el gordo—. ¿Dónde os lo habéis procurado?

—Lo hemos comprado, por un dólar —repuso Sergio.

—Yo creía que no teníais dinero. ¿De dónde venía ese dólar?

Sergio explicó cómo Marcos había encontrado el dólar en el fondo de su bolsillo, y contó lo ocurrido en el poblado de Xolotl.

—¿Cuál es el nombre de ese poblado?

—¿El nombre? —Sergio no tenía la menor idea—. Lamentó amargamente no habérselo preguntado a Xolotl, pero ¿cómo iba a adivinar que iba a haber aquella encuesta? Explicó que se hallaba a un día de marcha de Opodepe.

El jefe hizo un gesto de incredulidad, luego se apoderó de uno de esos botijos de tierra cocida que conservan el fresco durante mucho tiempo y bebió largamente. Su actitud era muy distinta de la de la mañana. Parecía más enérgico, más activo. Se arrellanó en su sillón, y obligó a Sergio a recomenzar su relato. En todo momento le hacía preguntas acerca de detalles insignificantes. Era evidente que no creía lo que le contaba Sergio, y multiplicaba sus preguntas con el fin de hacer que se contradijese. Sergio transpiraba de calor y de miedo. Cada vez que se movía en su silla, sentía que la camisa se le pegaba al cuerpo. Se preguntaba angustiosamente cuándo iba a terminar todo aquello.

Luego el gordo dejó de preguntar y llamó a un soldado. Le habló rápidamente y con autoridad. El soldado hizo

signo de haber comprendido y salió. Entonces el jefe miró a Sergio con sonrisa maligna.

—¿Has comprendido lo que le he dicho? —preguntó.

—No —respondió Sergio.

El gordo repitió la orden que había dado al soldado hablando con más lentitud y Sergio sintió que el corazón le palpitaba violentamente. Esta vez, las cosas podían salir mal y tenía realmente miedo. Raúl vio su inquietud.

—¿Qué pasa?

—Nos han denunciado —explicó Sergio con tono de desaliento—. Han dicho que nos han visto robar maíz en un campo cercano aquí.

—Pero no es cierto —dijo Raúl ingenuamente.

—Claro que no lo es —dijo Sergio—. ¿Pero cómo vamos a probarlo?

—¿Y ese soldado? —preguntó Raúl—. ¿Para qué ha salido?

—En busca del muchacho que nos ha denunciado. Va a traerlo aquí y a interrogarlo. Si nos reconoce, estamos perdidos. ¿Comprenden?

Sí, Raúl comprendía, y también estaba abrumado. El jefe los miraba uno tras otro, como si esperase que uno de ellos se decidiera a confesarlo todo. Luego comenzó a jugar con un cortapapel que había encima de su escritorio. Sergio tenía mucha sed, pero no se atrevía a pedir de beber. Tenía la boca seca, y se sentía cada vez más deprimido. Se preguntaba si el gordo se divertía con aquello porque no tenía nada que hacer, o trataba de hacerles perder su sangre fría.

El jefe dejó por fin de mover el cortapapel, se reclinó en el sillón, apoyó la cabeza sobre su puño y permaneció completamente inmóvil. Aquella espera era mortal. Raúl y Marcos no se movían tampoco. En la habitación aquella solo

las moscas parecían tener vida. Al volver la cabeza, Sergio veía por la ventana una esquina del zócalo y los indios que pasaban de vez en cuando. Ellos estaban en libertad. Era idiota que los acusasen cuando no habían hecho nada. Claro está que los días anteriores habían tomado un poco de maíz, pero era muy lejos de San Lucas y no les había podido ver nadie. ¿Cuándo vendría el tipo que los había denunciado?

Aquella espera duró casi dos horas. Luego llamaron a la puerta y el soldado entró.

—¿Y? —preguntó el jefe.

El hombre explicó que no había podido hallar al testigo del robo. Nadie lo conocía, ni se sabía siquiera dónde vivía.

El jefe escuchó al soldado sin emoción visible, luego lo despidió. Si estaba decepcionado de ver desaparecer el testigo no lo demostró. Permaneció unos instantes sin hablar y Sergio comprendió que el viento soplaba a favor de ellos. En realidad, el gordo no era hostil. La acusación de robo no tenía consistencia si el acusador era un muchacho que nadie conocía y que no se sabía dónde habitaba. El peligro había pasado por el momento. Y enseguida, el jefe lo confirmó.

—Ya es tarde —dijo— no puedo hacer nada hoy. Voy a informarme y mañana hablaremos. Mientras tanto os quedaréis aquí y os darán de comer.

Los tres muchachos volvieron a la habitación donde habían esperado por la mañana y les trajeron de comer.

—Al menos tenemos comida —dijo Raúl—. Eso es algo.

—¡Tragaldabas! —murmuró Marcos.

Pasó una hora y luego el soldado se les acercó y les hizo señas para que lo siguiesen. Los condujo hacia una escalera estrecha que llevaba al subsuelo, a una especie de cueva. Luego abrió una puerta y los hizo pasar ante él.

Los tres muchachos se encontraron en un pequeño local sombrío. La puerta se cerró tras ellos, con un ruido de cerrojos.

IX

Los tres muchachos quedaron desagradablemente sorprendidos por aquel ruido de cerrojos que les produjo un escalofrío. A fines de la tarde, el jefe se había mostrado benévolo. Les dijo: «Mientras esperáis, os quedaréis aquí…», lo que era muy natural. Ninguno de los tres esperaba ser encerrado… Sergio expresó la opinión general:

—¡Nos han encerrado! —dijo.

Estaban en una celda cuya única ventana era una especie de ventanillo protegido por una reja que parecía sólida. Sergio se acercó a ella y vio que daba al zócalo, a nivel del suelo. Era sin duda donde encerraban a los borrachos, el domingo por la noche. Se veía muy mal. La única luz procedía de un reflejo de la claridad lunar sobre las casas que estaban al otro lado del zócalo.

—He aquí —dijo Sergio—. Ahora tenemos prontuario. Hemos estado en la cárcel. No podíamos haber caído más bajo.

—No tenemos nada que reprocharnos —objetó Raúl.

—Bah… De todos modos estamos en la cárcel.

En aquel momento, Sergio comprendió que había hecho mal en dar libre curso a su malhumor. Examinó la celda y vio que había una tabla fija en el muro recubierta por un jergón, que podía servir de asiento o de cama.

—Ahí puede dormir uno —dijo con acento más tranquilo.

—Eso no es grave —dijo Raúl—. Dormiremos por turno. Mientras tanto, nos sentaremos.

Dio el ejemplo, pero Sergio no tenía ganas de sentarse, ni Marcos tampoco. Ninguno de los dos estaba quieto. Marcos se acercó al ventanillo, miró hacia fuera, probó la solidez de la puerta y volvió al fondo de la celda.

—No juegues al oso enjaulado —dijo Raúl—. ¿No pensarás en evadirte?

—¿Por qué no? —repuso Marcos.

—Primero porque no tendrías ninguna probabilidad de ello —dijo Raúl— y luego…

—¿Luego qué? —preguntó Marcos.

—Luego no te serviría de nada. El jefe no es un mal hombre. No hemos hecho nada malo, y mañana nos pondrá en libertad.

—¿Eso crees?

—Sí —dijo Raúl con calma—. Estoy seguro de ello.

Sergio permanecía de pie junto al ventanillo y miraba hacia fuera. El zócalo era grande, y de vez en cuando pasaba alguien. Frente a él, se hallaba la alcaldía que formaba una gran mancha blanca bajo la luna. Un poco más lejos, las casas donde vivían los hombres libres. Las gentes que no estaban en la cárcel y que dormían entre sábanas limpias… Hubo un largo silencio, luego Raúl añadió:

—No es más que una mala noche. Mañana todo habrá terminado.

Los argumentos de Raúl eran razonables, pero Sergio no estaba convencido. Sufría al verse encerrado. Era un verdadero malestar, que venía a la vez de la puerta con cerrojo, y del olor de la celda, cuyos muros estaban sucios y húmedos. También había la humillación de verse preso como un borracho o un ladrón.

—Crees que es solo una mala noche —dijo—. ¿Qué sabemos? Yo estoy seguro de una cosa. Si pudiéramos escaparnos de aquí, sería mejor.

Sergio se había vuelto en aquel momento, y se asombró al ver el gesto de Marcos y ver que tenía un aliado con el que no contaba.

—Reflexiona —dijo Raúl—. No hay que enloquecerse. No han podido encontrar al hombre que nos había denunciado. ¿Qué nos puede ocurrir? Nada. Mañana habrá terminado todo.

—¿Mañana? —dijo Sergio—. Imagínate que el jefe esté mañana de mal humor. Imagínate que le contestamos por azar algo que no le agrade. ¿Qué le impedirá tenernos aquí unos días más? ¿O un par de semanas? Ha dicho que iba a informarse. Puede que tarde…

Raúl no respondió. Se daba cuenta de que Sergio tenía razón.

—Y te olvidas de que no tenemos pasaportes —añadió Sergio—. Sin pasaporte estamos en falta, aun cuando no hayamos robado.

—Sé muy bien eso —dijo Raúl—. ¿Pero cómo quieres que nos evadamos? No vamos a perforar los muros con el cortaplumas de Marcos.

Sergio no insistió. Marcos estaba sentado sobre el jergón, junto a su hermano y Sergio siguió su observación

de la ventana. Miraba al otro lado del zócalo, donde, lentamente, las sombras cambiaban al desplazarse la luna. Al cabo de un tiempo, se volvió bruscamente hacia los dos hermanos.

—No he contado todo —dijo—. Cuando el jefe envió a buscar al tipo que nos había denunciado, yo le dije que no comprendía.

—¿Y habías comprendido? —preguntó Raúl.

—En parte… ¿Saben quién nos ha denunciado? Un muchacho de quince o dieciséis años… ¿Eso no les dice nada?

Hubo un silencio de algunos segundos.

—Eso no me dice nada —repuso al fin Marcos.

—Reflexiona un poco —insistió Sergio—. El soldado vuelve y cuenta que no lo ha podido hallar. Nadie lo conoce ni vive en la ciudad. ¿Eso no te dice nada? Un muchacho de unos quince años, que no vive aquí y a quien nadie conoce. Reflexiona.

—¿Xolotl? —aventuró Marcos.

—Sí, Xolotl… Eso podría ser… —aprobó Sergio.

Raúl vaciló. Por fin se decidió a hablar.

—No —dijo—. Es imposible. No, no y no. Xolotl tiene sus defectos, sin duda, pero no habría hecho eso jamás. ¿Lo crees realmente, Sergio? ¿Y por qué habría hecho una cosa semejante?

—No lo sé —dijo Sergio en voz baja.

Lentamente, las sombras continuaban desplazándose en el zócalo. Sergio comenzaba a comprender que no pegaría el ojo en toda la noche. Estaba nervioso por aquella jornada de espera, de inacción, y con el tiempo su inquietud crecía.

A eso de la una, Raúl y Marcos seguían sentados sobre el jergón, pero ninguno de ellos dormía. Sergio de pie junto a

la ventana, no lograba apartarse a su contemplación, como si estuviera seguro de que iba a ocurrir algo… Un perro pasó, un perrazo delgado que atravesó la plaza en toda su longitud, corriendo silenciosamente bajo la luna y desapareció por la izquierda. Sergio ahogó un suspiro y continuó esperando.

Un poco después se decidió a sentarse junto a los otros dos, cuando percibió algo nuevo. Algo se movía en la zona de sombra. Mirando mejor, Sergio vio dos manchas blancas que eran sin duda la parte baja de un pantalón y que se movían prudentemente y sin ruido. La parte superior del personaje, envuelta en una tela oscura era casi invisible. La sombra avanzaba pegada a los muros y se acercaba lentamente. Luego salió del campo de visión. Incluso empinándose, y pegando el rostro a las rejas, Sergio no podía verla. El corazón le latía violentamente. No estaba seguro de lo que había visto. ¿Era realmente Xolotl? ¿Y por qué venía a rondar así, en torno de la prisión, a aquellas horas de la noche?

Sergio comprendió que Xolotl, si era él en realidad, podía aparecer en la ventana de un momento a otro y que había que prevenir a Raúl y a Marcos. Se acercó a ellos y en voz baja los puso al corriente.

—¿Estás seguro? —le preguntó Raúl.

—No del todo. ¿Pero si fuese él? —dijo Sergio.

—¿Y si viniera en nuestra ayuda? —dijo Marcos.

Había una esperanza total, una esperanza loca en la voz de Marcos. Bruscamente, todo le parecía posible.

—No te hagas ilusiones —dijo Raúl—. ¿Qué podría hacer?

Marcos no respondió. Se colocó junto a Sergio, se pegó a la reja y esperó.

—Sobre todo —murmuró Sergio— no digas nada, si es él. No hay que ponerlo en peligro.

—Comprendido —dijo Marcos.

De repente, el personaje misterioso estuvo delante de ellos, agazapado y tratando de reconocer los rostros que se hallaban frente a él. Era Xolotl, sin duda. Les hizo una seña y desapareció. Sergio se acercó a Raúl. Había reflexionado y tomado una decisión.

—Si Xolotl nos ayuda a evadirnos —dijo— yo me voy con él.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Raúl.

—No lo sé —dijo Sergio—. Pero sé que no hay cerradura. Solo dos cerrojos…

—Piensas que es muy fácil. No solo hay dos cerrojos. Hay un guardián.

—No lo sé… Pero, si puedo, me escapo. Eso es seguro.

Marcos había escuchado sin decir nada. En aquel momento, se decidió.

—Yo me voy también —dijo.

—Ni lo pienses —interrumpió Raúl—. Harás lo que te digo. Trata de reflexionar. Nos hemos presentado libremente a la policía para pedir ayuda. Si nos evadimos, cometeremos un delito. ¿No lo comprendes?

De vez en cuando, Sergio lanzaba una mirada polla ventana.

—¿No te importa pasar dos semanas aquí? —dijo.

—Sí, me molesta, claro está —reconoció Raúl—. Pero mañana nos pueden dejar en libertad.

—No lo creo —dijo Sergio—. Yo me voy. Eso es todo.

—Harás lo que quieras —dijo fríamente Raúl—. Yo me quedo y Marcos se queda conmigo.

Hubo un pesado silencio. Sergio volvió a ocupar su puesto junto a la ventana. Se preguntó si Xolotl habría

logrado entrar en el edificio, o si lo habían detenido. No, no era posible. Si lo hubieran detenido, aquello habría causado ruido. No se oía nada. Aquello era un buen signo. Incapaz de permanecer en su lugar, Sergio volvió al centro de la celda y entonces vio…

Un rayo luminoso se dibujaba en el suelo, donde un minuto antes estaba oscuro. Al principio muy fino, el rayo de luz iba creciendo poco a poco. La puerta se abría lentamente, sin ruido. Aquello parecía durar toda una eternidad… Todo un lienzo del muro se iluminó progresivamente y con él Raúl, que seguía sentado en el jergón. Sergio y Marcos permanecían fuera de la zona iluminada. Hubo un ruido que Sergio creyó que se oiría en toda la ciudad. La abertura de la puerta era suficiente y Xolotl detuvo enseguida su movimiento. Todos escucharon ansiosamente. No se oía ruido alguno en el edificio. Nadie había oído aquel rechinar… Sergio hizo una última tentativa.

—Ven con nosotros, Raúl —dijo en voz muy baja—. No te quedes aquí.

—Yo me quedo —repuso Raúl con el mismo tono—. Adiós, Sergio.

Después de un silencio imperceptible, añadió:

—Buena suerte.

Sergio estuvo tentado de insistir, pero todos los segundos tenían importancia, y se decidió a seguir a Xolotl.

—Tus zapatos —murmuró Xolotl.

Sergio comprendió el error que había estado a punto de cometer. Xolotl tenía los pies desnudos. Se quitó los zapatos rápidamente y siguió a Xolotl. El corredor, iluminado por una lámpara amarillenta, estaba desierto, y la escalera también. Sin embargo, Sergio observó que Xolotl tomaba más precauciones según iba subiendo. Aquello significaba que el peligro estaba en lo alto.

La escalera terminaba en un salón, donde un soldado se hallaba sentado ante una mesa. Había una luz encendida sobre aquella mesa, y el hombre dormía junto a ella, con la cabeza sobre los brazos. En aquel momento, Sergio comprendió que Xolotl había tenido mucho valor para aventurarse en aquel lugar, pues el soldado podía despertarse a cada instante. Había que recorrer siete u ocho metros para atravesar el salón, andando con precauciones infinitas. A pesar de su miedo, a pesar de su corazón que le latía violentamente, Sergio advirtió a su paso una multitud de detalles absurdos: una cucaracha que corría por el suelo, un aviso que había en el muro, que las uñas del hombre estaban sucias. El soldado respiraba lentamente, con el soplo regular de un hombre dormido. Felizmente, la puerta estaba abierta.

Ahora estaban en el pasillo de la entrada. Al pasar ante la oficina del jefe, Sergio se creyó casi a salvo. Bastaba salir del edificio para estar en libertad. Entonces en el momento en que iban a deslizarse por la puerta entreabierta, oyeron pasos fuera, los pasos regulares de un hombre que no tiene necesidad de ocultarse. Los pasos se aproximaban. Xolotl puso su mano en el brazo de Sergio.

—Ven —murmuró.

Y lo atrajo hacia el interior del edificio. Los pasos continuaron acercándose. Sergio miró por una hendidura de la puerta y vio un hombre que atravesaba el zócalo. Durante unos segundos, Sergio creyó que iba a entrar en el edificio donde se ocultaban, pero el hombre salió de su campo visual. Sergio le oyó detenerse a cierta distancia, abrir una puerta y todo quedó en calma. Aguardaron un poco y luego Xolotl se decidió.

—Vamos —dijo en voz baja.

Se vieron fuera, Sergio se sintió libre, y sin embargo todo no había terminado. Lentamente, y siempre sin hacer ruido, siguieron a lo largo de las masas que se encontraban en sombra. Al pasar ante una de las ventanas enrejadas,

Xolotl se arrodilló para ver si Raúl y Marcos estaban aún en la celda.

—No se ve nada —dijo al levantarse.

Cuando llegaron al extremo del zócalo, Xolotl se detuvo y se volvió hacia Sergio.

—¿Quieres que los esperemos? —preguntó.

Sergio reflexionó. El buen sentido aconsejaba partir lo más rápidamente posible. Raúl estaba decidido a quedarse. Era difícil creer que cambiase de opinión, y sin embargo Sergio vacilaba en abandonarlo así.

—Esperemos un poco —dijo.

Xolotl asintió y lo llevó a un rincón oscuro donde se sentaron en una piedra.

X

La espera comenzó, interminable. A cada instante, Sergio creía oír ruidos, gritos que anunciasen que habían descubierto su fuga… Pero pasaba el tiempo y el zócalo permanecía desierto y silencioso. Sergio pensaba en Raúl y en Marcos. Cada minuto que pasaba hacía más difícil su evasión. En la oficina, el soldado que dormía junto a la lámpara podía despertarse de un momento a otro. Sergio comprendió que en aquel momento se terminaría su viaje con Xolotl. Aquella era una perspectiva en la que no había pensado nunca. Tuvo el viejo reflejo de mirar su reloj, pero recordó que lo había abandonado después de la tormenta en el desierto. Xolotl no tenía evidentemente reloj, ni lo había tenido jamás. Sergio trató de adivinar la hora por el aspecto del cielo, pero sin éxito. Hacía mucho frío, lo que probaba que el alba estaba próxima. Por primera vez desde que había salido de la prisión, Sergio pensó que gracias a Xolotl se hallaba libre, y se sintió invadido por el agradecimiento. La

noche estaba muy tranquila. Sergio tenía ganas de ir a ver por la ventana de la celda, pero no se atrevía. Xolotl movía los pies, como si luchase contra el frío.

—La mañana vendrá pronto —dijo.

La aurora se anunciaba por cambios casi imperceptibles. El aire se había enfriado más, las estrellas comenzaban a palidecer, y las sombras se hacían grises en el zócalo. Lentamente, la noche se acababa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Xolotl con voz tan baja como cuando estaban en la prisión.

Sergio comprendió que Xolotl tenía miedo, a pesar de todo. Cada minuto que pasaba aumentaba el peligro. Bien pronto la sombra no les protegería. Un soldado que saliera de la prisión podía verlos, sentados en aquella piedra. ¿Qué harían entonces? Sergio se estremeció largamente, sin saber si era de frío o de miedo. Una vez más pensó en el hombre que dormía, allí, con la cabeza apoyada sobre la mesa y que se despertaría muy pronto. Sergio levantó los ojos al cielo y se asustó al verlo casi gris. Se volvió hacia Xolotl.

—Vamos —dijo.

Xolotl se levantó inmediatamente. Visiblemente esperaba aquella palabra.

—Ven por aquí —dijo.

Tomó la delantera, andando rápidamente pero sin correr. Sergio lanzó una última mirada hacia el edificio de la policía, y luego desvió los ojos definitivamente. Dejaron el zócalo y se metieron por una callejuela tortuosa. Todo dormía en torno de ellos. La calle era estrecha y oscura, y Sergio veía lo justo para saber dónde ponía los pies. Percibía vagamente ante él, las bandas rojas del sarape de Xolotl y aquello era todo lo que podía ver. Después de aquella calle, se metieron en otra, y por fin en otra. Después, Sergio creyó oír algo.

—Espera —murmuró—. Espera y escucha…

Xolotl se detuvo inmediatamente. Había un silencio total y se oía muy bien. Aquello provenía de la calle que acababan de dejar, y era el ruido de los pasos de dos hombres. Dos hombres que marchaban rápidamente y que no tenían miedo de que los oyesen.

—Estamos perdidos… —suspiró Sergio.

Trató de reflexionar, pero comprendió que se enloquecía. ¿Qué debían hacer? ¿Correr? Con el silencio que reinaba en la ciudad, los dos hombres los encontrarían fácilmente. Andar normalmente. Los otros dos les darían alcance. ¿Ocultarse para dejarlos pasar? Bien, pero dónde.

—Ven sin hacer ruido —murmuró Xolotl.

Avanzaba más lentamente, parándose, con vacilaciones y Sergio comprendió que Xolotl había tenido la misma idea que él y buscaba un escondite. Lo encontró enseguida.

—Por aquí…

Era un pasaje estrecho que se abría entre dos casas y que daba acceso a un jardín. A juzgar por el ruido de los pasos, sus perseguidores deberían estar en la misma calle… («Con tal de que no haya perro en el jardín, pensó Sergio. Y con tal de que si lo hay no se despierte…»). Los pasos se acercaban… Luego dejaron atrás su escondite, y continuaron por la calle, alejándose…

—¿Has visto? —murmuró Xolotl.

Sergio había visto dos sombras, pero sabía que Xolotl tenía ojos de gato.

—Son ellos… —dijo Xolotl.

—Ellos… —No era necesario decir más. Sergio comprendió que Raúl y Marcos se habían escapado en el momento en que Xolotl y él dejaban el zócalo, y los seguían desde entonces. No fue difícil reunirse con ellos y los cuatro continuaron la huida. Xolotl iba delante, andando más rápidamente a medida que se alejaban. Se detuvieron en

pleno campo, en un sendero apartado, donde Xolotl había ocultado provisiones cuyo origen más valía no investigar. En aquel momento, Raúl y Marcos contaron su evasión.

—Nos decidimos veinte minutos después que Sergio —dijo Raúl—. Tuvimos una pequeña discusión y Marcos logró convencerme.

Raúl se hallaba visiblemente turbado. Marcos le cortó la palabra para explicar lo que había sido la «pequeña discusión».

—Quería decir que le dije que yo me iría sin él. Cuando me vio salir, se creyó obligado a seguirme.

—Evidentemente —gruñó Raúl—. No me iba a quedar solo.

Raúl no tenía ganas de decir más. Sergio lo comprendió y no le hizo más preguntas. Marcos continuó su relato.

—Entonces subimos la escalera y llegamos al salón…

—¿Dónde estaba durmiendo el soldado? —preguntó Sergio.

—¡Un minuto! —dijo Marcos—. Dormiría cuando pasaron ustedes. Cuando llegamos, estaba muy despierto.

Sergio imaginaba la escena como si la hubiera vivido. El soldado sentado ante su mesa, bien despierto, o paseando por la habitación. Y los dos hermanos que aguardaban en lo alto de la escalera. No tenía que haber sido nada divertido para ellos.

—Aquello duró una hora —dijo Raúl—. Teníamos miedo que viniera a hacer una inspección y al subsuelo. Habría sido terrible…

—Creíamos que íbamos a tener que bajar —añadió Marcos—. No nos atrevíamos a hablar. No nos atrevíamos a movernos.

Sergio comprendió que Raúl y Mareos no olvidarían jamás aquella hora pasada a pocos metros del soldado, que podía sorprenderlos en cualquier instante. Era una hora que figuraría siempre en sus recuerdos, y que aparecería en sus pesadillas…

—¿Y luego? —preguntó—. ¿Cómo terminó eso? ¿Le dieron un golpe en la cabeza?

—¿Por quién nos tomas? —dijo Marcos con tono ofendido—. Hemos esperado… El tipo salió finalmente de la habitación… No sabemos dónde fue…

—Entonces salimos muy de prisa —terminó Raúl—. Casi corriendo—… Los vimos a ustedes desaparecer por la callejuela en el momento en que llegábamos al zócalo. Los seguimos, pero no nos atrevíamos a llamarlos.

En aquel momento, Sergio miró por primera vez con atención en torno de él. El sendero donde se encontraban estaba bien oculto entre dos campos de maíz, y les proporcionaba una seguridad perfecta. El frío glacial del alba había cedido el paso a un fresco suave. Era la hora más hermosa del día, y Sergio se sentía maravillosamente feliz de verse libre.

—¿Y ahora qué hacemos?

Había que hacer algo, era evidente… ¿Pero qué? Al principio, ninguno dijo nada: luego Marcos se decidió.

—No hay problema —dijo—. La policía de San Lucas nos buscará… Sergio miraba una araña minúscula que acababa de trepar a sus zapatos. Era tan pequeña que no podía ser peligrosa, y se divertía viéndola correr de derecha a izquierda, en busca de no sabía qué. Al verla evolucionar así, tuvo una idea.

—A mí me extrañaría que nos buscasen —dijo—. No somos peligrosos… Tan poco peligrosos como esta arañita. No me preocupo de quitármela. Con nosotros ocurre lo mismo. ¿Por qué quieres que nos busquen?

—De acuerdo —dijo Marcos—. Pero convendría que no volviéramos a poner los pies en San Lucas.

—Seguramente —aprobó Raúl—. Pero eso no nos dice adonde iremos… De este modo volvían a la primera pregunta: «¿Qué hacemos?». El problema parecía insoluble. Era curioso el modo en que las cosas más sencillas se hacen complicadas, cuando no se tiene ni papeles ni dinero. Luego Sergio pensó que Xolotl podía darles un buen consejo, ya que conocía el país, y había previsto los inconvenientes que les esperaban en San Lucas.

—Y tú, ¿qué piensas, Xolotl?

—Yo —dijo Xolotl— propongo ir a Uruapan. Allí tengo un tío. Es rico y conoce a mucha gente. Nos ayudará con seguridad…

Sergio estaba tentado de aceptar. Si Uruapan no estaba muy lejos, era una buena solución. Preguntó:

—¿Dónde está Uruapan?

—En el sur —respondió Xolotl.

Vaciló un instante y añadió prudentemente:

—Hay mucho camino.

—¿Está lejos? —preguntó aún Sergio.

Xolotl hizo un gesto vago, para hacer comprender que no sabía nada pero que de todos modos no estaba cerca.

—¿Está en Michoacán? —preguntó Sergio, que no estaba fuerte en ella.

Raúl tomó una piedra puntiaguda y dibujó en el suelo un triángulo irregular que, con mucha buena voluntad, podía representar México.

—Helo aquí —dijo—. No es complicado. Esto en México. Al norte están los Estados Unidos…

—Eso lo sabemos ya —dijo Sergio—. Al este el golfo de México, al oeste el Pacífico…

—Y Guatemala al sur —añadió Marcos—. Eso ya lo sabemos… ¿Luego?

Raúl puso sobre el triángulo un palo orientado del noroeste al sudoeste, paralelo a la costa del Pacífico.

—Eso —dijo— es la Sierra Madre.

—¿La Sierra Madre es una cadena de montañas? —preguntó Sergio.

—Exactamente.

Sergio se volvió, miró las montañas que había detrás de él, reflexionó un poco, y verificó la posición del sol.

—Entonces —dijo—. ¿Estamos entre la Sierra Madre y el Pacífico?

—Sí —aprobó Raúl.

—Bien. ¿Pero dónde?

Se comprendía que aquello era más complicado. Raúl vaciló.

—Me puedo equivocar —dijo—, pero creo que nos dejaron en el desierto de Sonora. ¿No es así, Xolotl?

—Sí —dijo Xolotl.

—Ahora me doy cuenta —continuó Raúl, dichoso de haber adivinado—. ¡El desierto de Sonora está aquí!

Colocó una piedrecita blanca al norte de México, al oeste de la Sierra Madre.

—Comprendido —dijo Sergio—. ¿Pero y el Michoacán?

Por toda respuesta, Raúl colocó otra piedra cerca de la costa del Pacífico a mitad del triángulo. Sergio lanzó un silbido de admiración.

—¿Qué distancia significa eso? —preguntó.

—Unos mil quinientos… —repuso tranquilamente Raúl.

Sergio contempló el triángulo mal dibujado que representaba México, el palo que figuraba la Sierra Madre y las piedrecitas blancas. Aterrado ante aquella distancia, permaneció mudo.

—¿Te das cuenta? Mil quinientos kilómetros…

—Sí, me doy cuenta —dijo Raúl—. Si hacemos cuarenta por día, llegaremos en treinta y siete días… Un poco más de cinco semanas…

Sergio miró a Raúl para ver si no había perdido la razón.

—¿Y nuestros padres? —exclamó—. ¿Has pensado en ellos? Nos deben creer muertos, después de cinco semanas.

—Evidentemente —dijo Raúl—. Pero reflexiona un poco. No tienen noticias de nosotros hace doce días. Nos creen muertos ya… De eso no cabe duda. Si permanecemos cinco semanas más, no cambiaremos nada.

Raúl tenía razón. Después de doce días de silencio, no había ninguna esperanza de hallarlos vivos.

—Comprendan —insistió Raúl—. Es la única solución, si no queremos recurrir a la policía… ¿Y tú no quieres hacerlo?

—¡Imposible! —repuso Sergio—. Bastará con que telefoneen a San Lucas… El jefe les dirá que nos hemos evadido y nos veremos en una mala situación.

Una vez más, Sergio miró el triángulo dibujado en el suelo, el palo y las dos piedrecitas blancas. Raúl tenía razón, pensó Sergio, aquella era la única solución. Todavía había que asegurarse de que las dificultades no recomenzasen en Uruapan. Sergio se volvió a Xolotl.

—¿Y en cuanto lleguemos allí, tu tío nos ayudará? ¿Estás seguro? ¿Lo garantizas?

—¡Claro que sí! —respondió Xolotl con seguridad.

Marcos no había comprendido.

—¿Qué dice?

—Dice que podemos tener confianza —respondió Sergio en traducción libre.

XI

Emplearon el día perdiéndose en la naturaleza, pasando de un sendero a otro, hasta el punto de no saber dónde se encontraban. Al final de la tarde, se creyeron en seguridad y se detuvieron en un lugar aislado. Sergio vino entonces con un problema que le preocupaba mucho.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo—. Habría que pensar seriamente en prevenir a nuestros padres. No saben si estamos aún con vida. Y esto no será nada agradable para ellos.

—Si crees que no he pensado en eso —gruñó Raúl—. Sigo pensando, puedes estar seguro. Pero para prevenirlos se necesita dinero, y nosotros no tenemos un franco. No, ni un peso. Y Xolotl tampoco lo tiene. ¿No es cierto, Xolotl?

—Ni un centavo —repuso Xolotl bajando a la unidad monetaria más débil.

—¿Ves? —concluyó Raúl—. ¿Qué quieres que hagamos en esas condiciones?

Sergio pareció un poco asombrado ante aquella conclusión, pero dijo enseguida:

—Podemos buscar trabajo. Así ganaríamos dinero. Seguramente hay algún medio. ¿No es cierto, Xolotl?

—Claro que sí —respondió Xolotl—. En una finca, si el capataz es un buen hombre.

—¿Qué dice? —preguntó Marcos.

—Que es fácil hallar trabajo en una plantación, cuando el capataz es un buen hombre —dijo Sergio.

—De acuerdo —dijo Raúl—. Eso quiere decir que haremos la recolección en una plantación o lavaremos los platos en algún restaurante. ¿Crees que con eso podremos pagar una llamada telefónica transatlántica?

—¿O un telegrama? Eso cuesta carísimo —dijo Marcos.

Sergio miró a los dos hermanos como si fueran terneras de cinco patas. Luego, después de un breve silencio, dijo:

—Viven tan fuera de la realidad que solo se les ocurre pensar en el teléfono o en el telégrafo. Claro que eso no está dentro de nuestros medios. Pero podemos enviar una carta por avión. Llegará en dos días y no nos costará caro.

Por el gesto de los dos hermanos se comprendió enseguida que a ninguno de ellos se le había ocurrido semejante solución.

—Tienes razón —aprobó Raúl—. Eso se puede hacer. ¿Pero el retraso que tendrá?

—No te olvides que no tenemos que hacer todo a pie. Podemos viajar a dedo. ¿No lo crees?

—¡No se me había ocurrido! —dijo Raúl.

Al anochecer, Xolotl y Marcos, partieron juntos para buscar frutos silvestres, mientras Sergio y Raúl se quedaron solos en el campamento.

—¿Te has fijado? —dijo Sergio— ¿que el sarape de Xolotl es idéntico al que nos vendieron?

—Sí —dijo Raúl— me he fijado.

Sergio había colocado los dos sarapes, uno junto al otro, y los miraba atentamente. El sol se hallaba cerca de la línea del horizonte pero aún se veía bien.

—Eso me chocó enseguida —prosiguió Raúl—. Tienen el mismo fondo negro y las mismas bandas rojas. Y las dos bandas tienen el mismo largo y la misma separación.

—Hay algo más que eso —dijo Sergio que proseguía la comparación—. Cuando se mira de cerca, se ve que es una misma pieza de tela que se ha cortado para hacer los dos sarapes. Mira este hilo aquí, y mira este allí.

Mostró, en una de las bandas rojas, un hilo más grueso que los otros, que se hallaba en el mismo lugar que en el otro sarape.

—Sí —dijo Raúl—. Es una sola pieza cortada en dos. Es cierto… ¿Tiene eso algo de anormal?

No comprendía por qué Sergio se interesaba por aquel detalle.

—Entre nosotros no tiene nada de anormal —admitió Sergio—. Cuando se ven dos muchachos con el mismo traje eso no quiere decir nada. Aquí no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Mira —dijo Sergio. Lo han tejido a mano, sin duda. En principio una tela tejida a mano debe tener la longitud del sarape. Aquí han hecho dos y los han cortado. Puedes decir lo que quieras, pero eso no es normal.

Raúl reflexionaba. Sergio tenía razón. Era inesperada aquella manera de proceder. En general, el tejedor no trata de hacer dos piezas a la vez, dos piezas idénticas. ¿Por qué lo habría hecho? En un poblado indio, no existe el trabajo en serie.

—Eso no es todo —prosiguió Sergio—. Hay dos bandas rojas sobre fondo negro. Entre todos los muchachos que he visto con sarape no he visto ninguno con ese dibujo. O eran de un color, o tenían un dibujo muy complicado. ¿Por qué dos bandas rojas?… ¿Por qué?

Raúl había observado que Sergio hacía en ciertos momentos preguntas muy extrañas. Él creía que no tenía nada que ganar con tales adivinanzas. Se lo dijo así a Sergio.

—Sé muy bien todo eso —repuso Sergio, después de un instante de reflexión.

—Pero compréndanme. Estoy seguro de que Xolotl nos oculta algo. Hay un misterio en su vida.

—Sí —dijo Raúl—. Pero no quiere que se le hagan preguntas. ¿Entonces?

—Ya lo sé —repuso Sergio—. No se las haré, pero no puedo impedir pensar en ello, seguro…

Aquel día no hablaron más.

* * *

Al día siguiente, se dedicaron a la primera parte del programa. Estaban en una época del año en que las plantaciones aceptaban toda clase de ayuda, incluso por un solo día. Encontraron, pues, trabajo, y escribieron las cartas y las enviaron por avión. Pero la segunda parte del programa, es decir viajar a dedo, se les hizo más difícil.

—Caramba —gruñó Sergio, después de un gran número de tentativas infructuosas—. No se paran nunca cuando se les hace señas. En Francia es más fácil.

—No del todo —advirtió Marcos—. Es difícil porque somos cuatro, y lo mismo ocurriría en Francia. Si el tipo no tiene más que dos plazas libres, no se detiene al ver cuatro clientes.

—¡Bah! —dijo Sergio—. Hay muchos coches de seis asientos que van solo con el chofer, y que no se han detenido.

—Seguro —dijo Raúl—. Si quieres saber por qué, no tienes más que mirarnos. Estamos sucios y mal vestidos. Nuestra ropa es asquerosa. No inspiramos confianza, evidentemente. El hombre que va solo en su coche tiene miedo de un mal golpe.

Hicieron aún algunas tentativas, luego abandonaron definitivamente el viaje a dedo. Discutieron vagamente para hallar algún transporte gratuito. Raúl propuso viajar como pasajeros clandestinos en los trenes de mercancías, pero ignoraban los controles a la salida de las estaciones. Finalmente, después de haber hablado mucho de ello, no lo intentaron.

Estaban resignados a hacer el camino a pie cuando Xolotl descubrió la fórmula que les convenía. Al atravesar un pueblo, ayudaron a descargar un camión y el chofer les ofreció como salario llevarlos hasta la ciudad más próxima. La distancia no era grande, pero los ayudaba de manera apreciable. Lograron hallar varios camioneros complacientes y de este modo llegaron a Guyamas, a Médano y por fin a Los Mochis.

En los Mochis la suerte les abandonó y tuvieron que seguir a pie. Pero aquel día había muchas patrullas de policía y juzgaron prudente evitar las rutas principales y acercarse a la Sierra Madre. Y para acampar por la noche eligieron un lugar apartado.

* * *

Aquella noche, Sergio sintió que lo sacudían por el hombro y se despertó lentamente. Al mismo tiempo, decían en voz baja, como si no quisieran despertar a los demás.

«*Despiértate, Xolotl*…».

Sergio abrió los ojos. El claro donde habían acampado estaba iluminado por la luna, y vio enseguida a Raúl y a Marcos que dormían tranquilamente a pocos metros, envueltos en su sarape. La misma mano continuaba sacudiéndolo, sin brutalidad, paciente y obstinadamente y Sergio comprendió que era Xolotl, acostado junto a él, como todas las noches, que trataba de despertarlo. Sergio veía a Xolotl cuyo rostro iluminaba la luna, y tenía los ojos cerrados como si durmiese. Entonces Xolotl, dijo de nuevo, en voz baja.

«*Despiértate, Xolotl*…».

En aquel mismo momento, Xolotl abrió los ojos y, de repente se incorporó sobre un codo y miró a Sergio. Pero si Sergio le veía bien, él veía mal a Sergio, que estaba a

contraluz. Tardó varios segundos en reconocerlo y entonces su expresión cambió.

—¿Eres tú, Sergio? —dijo.

—Sí, soy yo.

Xolotl permaneció mudo unos instantes y luego comprendió que era necesaria una explicación.

—Yo soñaba —dijo.

No añadió nada más, volvió la espalda y se acostó. Luego permaneció inmóvil, como si se hubiera dormido. En cuanto a Sergio, se hacía demasiadas preguntas para tener ganas de dormir. Era una nueva rareza que complicaba el «problema Xolotl». Visiblemente, Xolotl se había sorprendido al constatar que era Sergio el que estaba acostado junto a él. Creía encontrar a otro, alguien a quien tenía la costumbre de decir «Despiértate Xolotl» alguien que se llamaba como él… Después de todo, se dijo Sergio, no hay nada raro en eso. También dijo que soñaba. Era una pesadilla y nada más… Sí, había algo raro… El primer día Xolotl había dicho que su nombre era muy raro. Si era así, ¿cómo era posible que la persona que dormía habitualmente a su lado fuese un muchacho con el mismo nombre? Sergio reflexionó mucho tiempo, no halló ninguna explicación y terminó durmiéndose.

XII

Al despertarse al día siguiente, Sergio pensó enseguida en el incidente de la noche. Observó a Xolotl con la esperanza de adivinar algo en su actitud, pero Xolotl tenía su cara de siempre, tranquila e indescifrable, y parecía pensar en otra cosa. Y Sergio comprendió que el enigma seguiría siéndolo.

Decidieron volver a la carretera y encontraron un camión que los llevó hasta Culiacán. Justo en la entrada de la ciudad había una barrera policial y el camión tuvo que detenerse.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Sergio.

—No lo sé… —le respondió Xolotl.

Los policías dirigieron una rápida mirada a los cuatro muchachos y los dejaron pasar sin hacerles preguntas. En cuanto al camionero, recibió orden de detenerse a un costado del camino.

—He tenido miedo —confesó Raúl. Podría haber resultado mal…

—¡Y que lo digas!… —exclamó Sergio.

Después de esa alerta decidieron abandonar el «autostop» y evitar las rutas principales. Se dirigieron hacia el oeste, siguiendo los primeros contrafuertes de la Sierra Madre y bordeando las ciudades un poco importantes.

Cuatro días más tarde habían dejado atrás Cosalo y avanzaban hacia San Dimas. Seguían un sendero por la ladera de una montaña, cuando Xolotl, que iba a la cabeza, se detuvo de pronto. En aquel momento serían las once de la mañana. Xolotl examinaba el valle con mucha atención.

—Mira allá abajo —dijo en voz baja.

Algo se movía debajo de ellos, unas formas medio ocultas entre la maleza. Mirando bien, descubrieron a tres hombres, montados en mulas.

—Son bandoleros… —murmuró Xolotl.

Sergio no tuvo necesidad de que se lo tradujeran. Todos habían comprendido.

—¡Caramba! —dijo Raúl—. Bandidos… Como si no hubiéramos tenido ya bastantes inconvenientes.

Mirando con más atención, Sergio siguió con los ojos el sendero donde estaban los tres hombres, y el que llevaban ellos mismos. Era un único camino que describía varias vueltas. Los tres hombres subían y ellos cuatro bajaban por él. Inevitablemente, los dos grupos tenían que encontrarse.

—Dentro de media hora estaremos frente a ellos —murmuró Sergio.

—Hay que dar media vuelta —dijo Raúl—. Es lo único que podemos hacer si queremos evitarlos.

—Atención —les previno Sergio—. Nada de errores… Ellos no tienen más que levantar los ojos para vernos.

Si huimos nos perseguirán, sin duda alguna. Y nos veremos en una situación muy fea.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Raúl.

—Hay que continuar. Vamos a cruzarnos con ellos sin tratar de ocultarnos.

Xolotl no había dicho aún nada, pero había seguido la discusión. Cuando habló lo hizo con una voz muy tranquila.

—Nos dejarán pasar —dijo—. No llevamos dinero, ni nada que quieran quitarnos.

—Yo tengo mi reloj y Marcos el suyo —dijo Raúl.

—Guárdenlos en los bolsillos —le contestó con calma Xolotl.

Sergio echó una mirada a su chaqueta, a su pantalón desgarrado por las espinas y manchado de barro. La situación no le asustaba ya y hasta le divertía. No arriesgaban nada. No poseían más que sus ropas, y su pobreza los protegía.

En una curva del sendero se encontraron de manos a boca con los bandidos. Por otra parte, los hombres los habían descubierto desde hacía unos minutos y el encuentro no fue una sorpresa para nadie.

—¡Buenos días, compañeros! —dijo el hombre que marchaba a la cabeza.

Era un mocetón fuerte y robusto, sin duda alguna el jefe del grupo. Xolotl le respondió enseguida, con el mismo tono y absoluta naturalidad. Los bandoleros no parecían impresionarlo y Sergio se preguntó si era la primera vez que los encontraba.

—¿Así que venís de Cosalo? —preguntó el jefe—. ¿Todo marcha bien por allí?

Sergio admiró el modo cómo les hacía la pregunta. Eso quería decir: «Podemos tener confianza en vosotros. ¿No

hay peligro en Cosalo? ¿Nada anormal? ¿No hay demasiada policía?». Se veía que el hombre no desdeñaba ninguna información, aunque fuera traída por el azar.

—No lo sabemos, señor —le contestó Xolotl—. No nos gustan mucho las ciudades y dejamos de un costado Cosalo.

El jefe comprendió enseguida por qué los muchachos evitaban las ciudades, y rio convencido. Los otros dos bandidos rieron con él, como si Xolotl hubiera dicho algo muy gracioso.

—¡Ah! No os gustan las ciudades… ¿Habéis tenido inconvenientes? Empezáis pronto…

—Sí, señor —respondió tranquilamente Xolotl—. Hemos tenido inconvenientes… En San Lucas.

—¿Ah? —dijo nada más el jefe—. Venís de lejos…

No les pidió explicaciones acerca de los «inconvenientes» que habían tenido en San Lucas. Él y Xolotl parecían comprenderse a la perfección.

Después el jefe dejó de mirar a Xolotl y examinó a los otros tres. Como hacía ya veintitrés días que duraba su aventura, el viento y el sol los habían bronceado y, a primera vista, el hombre debía haberlos tomado por indios, como Xolotl. Ahora, al mirarlos con más atención se daba cuenta de que algo «no andaba». La forma de la cara, la nariz, los pómulos, los ojos, los cabellos, no eran lo que deberían haber sido y probaban que los tres muchachos no podían ser indios.

Al cabo de unos segundos, el jefe hizo una pregunta a Xolotl, hablando en voz baja y bastante rápida. Sergio no comprendió toda la frase, pero pilló al vuelo la palabra más importante: «gringos». Enseguida, Xolotl le respondió, hablando también con mucha rapidez. Sergio reconoció la misma palabra en la respuesta, que era de enérgica negativa. Entonces, el hombre sonrió ampliamente y recobró su actitud benévola.

—Está bien —dijo—. Nos vais a seguir hasta que encontremos un lugar tranquilo para comer. Almorzaréis con nosotros… Esta mañana hemos encontrado un cordero en el camino, y habrá de sobra para los siete.

—Muchas gracias, señor —dijo gravemente Xolotl.

A Sergio no le costó mucho adivinar cómo habían «encontrado» el cordero los bandoleros. No le gustaba mucho comer aquella carne robada, pero comprendió que si rehusaban corrían el riesgo de enojar al jefe.

El segundo bandido, un hombre de cara inerte a quien los otros llamaban Alfonso, tenía por lo visto la inteligencia necesaria para desollar y asar un cordero. Quizás era la única cosa que sabía hacer, pero lo hacía a la perfección. La comida fue excelente, una de las mejores que Sergio había tomado.

El jefe hizo sentar a Xolotl a su derecha, y le habló mucho durante la comida. Alfonso decía una frase de cuando en cuando, con una voz lenta y calmosa, para recordar un detalle sin interés o decir algo muy simple. No cabía duda de que tenía poca inteligencia y Sergio se preguntó qué papel era el suyo en la banda. El tercer

hombre, bajito, delgado y vivo, al que llamaban Pedro parecía el más inteligente de los tres.

Sergio seguía bastante mal la conversación porque el jefe hablaba un castellano muy mezclado. A Pedro lo comprendía con más facilidad. Conocía muchas cosas y hablaba muy claramente. Xolotl, muy tranquilo, decía algunas palabras de cuando en cuando.

El jefe había visto desde un principio que los cuatro jóvenes vagabundos no lo traicionarían. No tardó en sentir confianza y hablarles con franqueza de la vida que llevaban. Al escucharlo, Sergio comprendió mejor lo que eran los bandoleros. No eran malos tipos. Ni salvajes. Ni asaltantes de bancos. No. Eran unos hombres sin trabajo que merodeaban por las carreteras y la montaña para no morir de hambre. Se adivinaba que sus robos no eran mucho más importantes que el cordero que acababan de comer. Viéndolos de cerca, Sergio los encontraba más bien simpáticos, pero Pedro le parecía más peligroso que los otros.

Al final de la comida, el jefe tomó su calabaza y Alfonso le dio una cajita llena de un polvo blanco. Sergio se acordó de Smithson y sus comprimidos calmantes. Los gestos de los dos hombres eran tan parecidos que tuvo un instante de inquietud y se preguntó con seriedad si iban a revivir la misma aventura. No.

Era una falsa alarma y el polvo blanco no era más que sal. El jefe se echó una pulgarada en el puño, se la llevó a los labios y bebió un trago enseguida. Luego pasó la calabaza a Xolotl, para quien la cosa no era nueva, pues hizo exactamente lo que él.

—Es tequila —le dijo el hombre a Sergio.

Miraba beber a sus invitados con amplia sonrisa. Tenía un sentido muy elevado de la hospitalidad y quería que la comida fuera perfecta. Cuando le tocó el turno, Sergio

experimentó, pero con más fuerza, la misma sensación que tuvo con el *whisky*, como un río de fuego en la boca y la garganta, pero el gusto era mucho más agradable.

Después de eso, el jefe les preguntó qué los había llevado a la Sierra Madre y Xolotl empezó a contarle una historia totalmente inventada. Algunas frases se le escaparon a Sergio, pero lo que comprendió le divirtió mucho. Xolotl los presentaba como unos jóvenes revoltosos que se habían escapado de sus casas para llevar una vida de aventuras. La historia era un poco fantástica, pero estaba salpicada de detalles precisos que le daban una apariencia de verdad. El jefe escuchaba a Xolotl con una sonrisa confiada.

—¿Adónde vais ahora? —le preguntó cuando hubo terminado su relato.

Xolotl le contestó que iban a San Dimas, y le explicó por dónde pensaban pasar, más o menos.

—No vayáis por ahí —dijo el jefe—. Si tomáis ese camino tendréis que atravesar los pantanos de Conitaca. Son muy malos. Hay mucha niebla. Y mosquitos que dan la fiebre.

Se calló un instante y luego le preguntó:

—¿Dónde vais a ir después de San Dimas?

Xolotl le indicó vagamente hacia el sudeste. El jefe le hizo seña de que había comprendido y después pareció reflexionar.

—Venid con nosotros —le dijo, al cabo de unos segundos—. Nosotros vamos hacia Huajuapan. Por ahí no hay pantanos. Nada más que montañas. Luego, seguiremos hacia Trinidad y podéis venir con nosotros si tenéis ganas. Y hasta más lejos… Ya encontraremos mulas para los cuatro. ¿Por qué no?

Sergio lo escuchaba sin dar crédito a sus oídos. Era un ofrecimiento inesperado, porque el hombre conocía bien la

región. Miró a Xolotl y vio que él también sentía deseos de aceptar. En aquel momento, los ojos de Xolotl buscaron los de Sergio, como para preguntarle su opinión. Sergio comprendió lo que quería decir e hizo una pequeña señal afirmativa: Xolotl respondió enseguida:

—Sí, señor. Los acompañaremos con mucho gusto. Muchas gracias por su ofrecimiento.

El jefe quedó satisfecho con la respuesta. Se levantó y montó en su mula.

—¡Vamos! —dijo.

Raúl había seguido la discusión sin comprenderla del todo, pero adivinó vagamente el sentido de las ultimas frases y le preguntó en voz baja a Sergio:

—¿Entonces nos vamos con ellos?

—Si —le contestó simplemente Sergio.

Raúl no dijo nada más, pero cuando el grupo se puso en marcha, dejó que Xolotl se pusiera a la cabeza, detrás de los tres bandoleros y se las arregló para quedarse detrás con Sergio y Marcos.

—¿Y bien? —le dijo a Sergio cuando los otros se hubieron adelantado un poco—. Explícanos lo que nos ha propuesto el jefe. Nosotros no hemos comprendido casi nada. ¿Por qué nos vamos con ellos?

Sergio le tradujo, aproximadamente, la proposición que les había hecho el jefe.

—¿Y de qué nos servirá eso? —le preguntó Raúl.

—Conocen bien la región —les explicó Sergio—. Si viajamos con ellos, rodearemos los pantanos de Conitaca.

—¿Crees que los pantanos son verdaderamente peligrosos?

Sergio vaciló.

—Eh… —dijo—. Yo no lo creo demasiado, pero el jefe parecía muy convencido. Me metió miedo con su modo de hablar… ¿A ti no?

Raúl no le contestó. Miraba a los tres hombres sobre sus mulas, la montaña magnífica y salvaje, el cielo muy azul. Adivinaba que los pantanos podían ser peligrosos, si no se sabía dónde estaba el peligro, y vacilaba.

—¿Y después de haber rodeado los pantanos? —le preguntó por fin, después de un largo silencio.

—Continuaremos con ellos —le respondió Sergio—. Puesto que van en la misma dirección que nosotros.

—¿A ti te gusta eso? —le preguntó Raúl.

—¿Por qué no? —dijo Marcos, que todavía no había hablado—. Son hombres como los demás y me parecen unos buenos tipos.

Hubo un pesado silencio. Sergio y Marcos se daban cuenta de que Raúl no estaba convencido, pero no comprendían por qué. Siguieron andando unos minutos en silencio y luego Marcos se decidió.

—Después de todo —dijo— viajamos con ellos, pero no formamos parte de su banda. Entonces, ¿qué te importa eso?

—¿Lo crees así? —le preguntó Raúl—. Serán quizás unos buenos hombres. Con nosotros no se portaron mal, desde luego… Pero si viajamos con ellos, nos aprovechamos de sus robos. ¿No lo comprendes?

—Mmmmmm sí —asintió Marcos de mala gana.

—Y si los detienen y vamos con ellos…

De nuevo, hubo un largo silencio. Para sí, Sergio reconocía que había hecho mal aceptando. Llevaban caminando más de una hora, el sendero que seguían, en la ladera de la montaña, dominaba una inmensa cubeta rocosa.

Al bajar los ojos, Sergio no veía más que una niebla impalpable que, lentamente, subía de esa cubeta. Más allá de una docena de metros, todos los detalles se esfumaban en la bruma y el fondo era completamente invisible. Los pantanos se hallaban allí, bajo aquella capa de niebla. Aquello era lo que tenían que atravesar si abandonaban a los bandoleros. Se volvió hacia Raúl.

—¿Los vamos a dejar ahora?

—No es tan sencillo —le contestó Raúl—. No olvides que hemos aceptado. No podemos dejarlos abiertamente… Eso los irritaría y sería peligroso…

—Entonces —preguntó Marcos— ¿qué hacemos?

—Seguimos con ellos hasta la noche —le respondió Raúl —. Y nos marcharemos aprovechando la oscuridad.

Sergio miró la montaña que los rodeaba, la inmensa cubeta rocosa y su capa de brumas.

—¿En la montaña y de noche? —le dijo con tono escéptico—. ¿Te das cuenta del peligro?

—Hay que elegir —le replicó Raúl—. Eso, o quedarnos con ellos… No hay otro remedio. Además, esta noche habrá luna llena.

Sergio comprendió que era la única solución, pero sabía que no iba a ser fácil. Mientras caminaban, se fijó en un sendero que conducía a los pantanos, y se lo grabó cuidadosamente en la memoria para poder encontrarlo con seguridad por la noche.

A cierta distancia de allí, el camino que seguían dejó de dominar los pantanos, atravesaba un paso y empezaba a descender. Poco antes de la noche, cuando llegaban ya a la llanura, Pedro se separó del grupo. Tomó por un atajo al trote de su mula, mientras los demás seguían su camino sin esperarlo. Poco más tarde se reunía con ellos, llevando en la grupa dos gansos a los que había retorcido el cuello, y nadie

le preguntó de dónde procedían. Por lo visto, Pedro era el proveedor de la banda. Reflexionando acerca de eso, Sergio comprendió que era lo normal, porque Alfonso era, sin duda, un incapaz, y el jefe no se rebajaría a hacer esos trabajos vulgares. Sí, era lo normal, pero Sergio no pudo dejar de sentir una desconfianza cada vez mayor por Pedro, en quien adivinaba al hombre que se ocupaba de todo y, con seguridad, al más peligroso de los tres bandoleros.

Después de la cena, Sergio, que se encontraba cerca de Xolotl aprovechó para deslizarle algunas palabras en voz baja:

—Partiremos durante la noche… Cuando estén bien dormidos…

Xolotl no se esperaba aquello. Le costó trabajo ocultar su asombro, vaciló, pareció a punto de hacerle una pregunta, y por fin renunció a ella.

—Me iré con vosotros —dijo simplemente.

* * *

Sergio luchó largo rato contra el sueño, pero su cansancio era muy fuerte y acabó por dormirse. A eso de la una de la madrugada, Xolotl lo despertó sacudiéndolo con suavidad. Sergio abrió un ojo y en la penumbra vaga del claro de luna vio que Raúl y Marcos se levantaban sin ruido. Entonces, recordó que habían convenido dejar a los bandidos durante la noche y se levantó a su vez.

Los tres bandoleros dormían cerca de ellos, y a Sergio le dio la impresión de que iban a despertarse los tres. Cada uno de ellos estaba envuelto en su sarape, y en la oscuridad casi completa era difícil distinguir al uno del otro. En aquel momento, Sergio recordó que uno de los hombres había hablado del jefe llamándolo Porfirio, y que a él le había parecido un nombre muy raro. Entonces, Marcos hizo un falso movimiento y un guijarro rodó. El ruido era lo

suficientemente fuerte para despertar a un hombre que tuviera el sueño ligero. Sergio sintió crecer el miedo dentro de él, durante unos segundos terribles y, como estaba despierto del todo, se dio plena cuenta del peligro. Durante casi un minuto contuvo la respiración sin atreverse a hacer un solo movimiento.

Ninguno de los bandidos se había movido. Lentamente, los cuatro muchachos reanudaron su avance, con más precauciones. Sergio no pensaba más que en el lugar donde iba a poner el pie y había olvidado del todo el extraño nombre del jefe. Al pasar cerca de uno de los hombres dormidos, Sergio lo reconoció porque la luna le iluminaba la cara. Era Pedro, el que más miedo le inspiraba. Sergio redobló sus precauciones, avanzó dos o tres pasos y luego se volvió para mirar al hombre por última vez. Entonces, su corazón dejó de latir. Pedro tenía los ojos abiertos y le miraba. Eso no duró más que una fracción de segundo. Un instante después, el hombre había vuelto a cerrar los ojos. Helado de espanto, incapaz de hacer un solo movimiento, Sergio seguía mirando a Pedro, preguntándose si habría soñado… No. Había visto muy bien aquellos ojos abiertos. Sergio esperó largo rato sin atreverse a mover. Luego, como el hombre siguiera durmiendo, continuó su marcha, muy despacio.

A cada paso que daba hacia delante, Sergio se sentía un poco más seguro, pero sabía que no habían ganado aún la partida. Un poco más allá veía el camino que subía serpenteando la montaña. Cuando llegaron arriba estarían realmente seguros… Al volverse por última vez, Sergio vio a los tres hombres acostados en el suelo cerca del fuego apagado, e inmóviles siempre. Comprendió que Pedro no lo había mirado verdaderamente, que abrió los ojos entre sueños, sin ver más que una sombra cerca de él, y que luego se durmió de nuevo enseguida.

Poco a poco, empezaron a caminar con menos precauciones. El sendero subía con lentitud. ¿A qué

distancia podían estar? Quizás a unos cuatrocientos o quinientos metros. Casi fuera de peligro.

—Creo que vamos a salir de esta —dijo Raúl en voz baja.

Sergio casi no le contestó, pero pensaba lo mismo. No se atrevía a hablarle de los ojos de Pedro. A aquella distancia, cada vez se persuadía más de que había soñado. No. Pedro dormía de veras y seguía durmiendo con los otros dos bandidos.

Xolotl iba a la cabeza, como lo hacía casi siempre. La noche era tranquila y silenciosa. Como todos se sentían seguros había abandonado sus precauciones. Entonces, al doblar una curva del sendero, Xolotl se detuvo con brusquedad. Una sombra se había separado de la pared rocosa y le cerraba el camino. Una sombra que la luna iluminaba con claridad, y que todos reconocieron sin vacilar.

Era Pedro.

XIII

El guijarro que Marcos había hecho rodar al evadirse había despertado a Pedro, quien comprendió enseguida lo que pasaba. Había visto perfectamente a los cuatro muchachos que se alejaban, y los dejó ir sin dar la voz de alarma. Después de un buen rato, se levantó sin despertar a sus compañeros y, pasando por un atajo, se adelantó a los cuatro fugitivos, y ahora los esperaba en aquel sendero estrecho, lejos de los otros dos bandoleros que seguían durmiendo.

El primer movimiento de Sergio fue admirar la agilidad del bandido. El atajo era muy difícil de seguir, y había que tener la seguridad de pies de una gamuza para realizar esa hazaña. Inmediatamente después, Sergio pensó: «¿Por qué ha hecho eso?». En efecto, para Pedro habría sido más sencillo dar la voz de alarma. Durante unos segundos interminables, el hombre permaneció inmóvil, mirándolos sin decir palabra. Luego, habló.

No terminó la frase, pero se adivinaba fácilmente el final. Sergio comprendió que Pedro quería librarlos de la cólera del jefe. Quería hacerlos regresar sin escándalo, a favor de la noche. Al día siguiente, Porfirio los encontraría allí a los cuatro y no sospecharía nada.

—¿Entonces, qué? —preguntó Sergio—. ¿Debemos volver con usted?

Pedro no le contestó enseguida. Sergio esperó un tiempo que le pareció una eternidad. La situación no era brillante. Si su evasión de aquella noche había fracasado, cualquier otra tentativa no tenía muchas posibilidades de triunfo. Por un instante, pensó, enloquecido, en negarse, en pelear con Pedro, en arriesgarse a lo que fuera… Luego se dijo que el hombre iba armado, que era vigoroso y estaba decidido a todo. ¿Y Raúl y Marcos? ¿Estaban decididos a pelear con él? Y Xolotl no decía una palabra.

Entonces, Pedro habló.

—Dime la verdad, hijo. Dímela con franqueza y sin evasivas. ¿No queréis venir con nosotros?

Sergio vaciló un breve instante, y luego le dijo casi con brutalidad.

—No.

Ahora que había pronunciado la palabra, Sergio no pensaba ya en el peligro. Dejó vagar sus miradas en torno de él, mirando el sendero donde se habían detenido y el abismo de donde subía por momentos el perfume de los mangles silvestres. A lo lejos, gritó un ave nocturna y luego la montaña recobró su silencio.

—No quiero obligaros a venir contra vuestra voluntad —dijo por fin Pedro—. Cada uno debe hacer lo que quiera… Pero Porfirio no lo reconocerá así. Irá detrás de vosotros y no dejará la persecución hasta que no os haya alcanzado.

Dejó de hablar, como si reflexionara y Sergio esperó, sin decir nada.

—Vuestra única posibilidad —continuó Pedro— son los pantanos. No os perseguirá por ellos. Yo no os traicionaré, podéis tener confianza en mí. Porfirio creerá que os habéis escapado del otro lado. Yo me las arreglaré…

—Pero… —continuó Pedro—. Los pantanos no son una broma. Lo que os dijo Porfirio es cierto. Los mosquitos y las fiebres no eran un invento. No vais a divertiros mucho cuando estéis ahí abajo…

Sacó del bolsillo una cajita y se la tendió a Xolotl, que era el que estaba más cerca de él.

—Toma esto —le dijo—. Es grasa de oso. Con ella no os picarán, porque ahuyenta los mosquitos.

Xolotl murmuró unas palabras de agradecimiento y tomó la caja. Luego, Pedro le indicó el camino que debían seguir para llegar a los pantanos.

—Cuando lleguéis allí —agregó— tendréis que atravesarlos. No intentéis darles la vuelta. En ciertos lugares hay musgos flotantes y arenas movedizas. Todos los que quisieron pasar por allí se quedaron en ellos. Hay un viejo indio que vive allá abajo, al final del sendero. Se llama Diego. Tiene una barca y os hará atravesar el agua si le dais un poco de dinero.

Sergio estuvo a punto de confesarle que no tenían ni un peso, pero un resto de orgullo lo contuvo y se calló. Se dijo que la dificultad se resolvería más adelante y que lo que tenían que hacer antes era llegar a los pantanos.

—Eso es todo —terminó Pedro—. No os demoréis mucho aquí. Partid pronto… ¡Y buena suerte!

* * *

El cielo comenzaba a clarear por el este cuando llegaron a la otra vertiente de la montaña. Sergio se preguntó qué pasaría si Porfirio y Alfonso se despertaban en ese momento. No pudo dejar de volverse para asegurarse, por última vez, de que las tres terribles figuras no venían tras ellos. Xolotl estaba, sin duda, tan inquieto como él, porque apretaba el paso. El sendero era fácil de seguir a la luz gris del día que nacía. En un recodo del camino, les apareció la inmensa cubeta rocosa, sumida siempre en la misma bruma impalpable. Un poco más allá, Sergio distinguió el sendero que había visto la víspera. Al llegar a aquel lugar, Xolotl se detuvo, sacó la cajita que le había dado Pedro y ofreció la grasa de oso a sus compañeros, mientras se frotaba con ella la cara y las manos. Sergio tomó un poco y retrocedió.

—¡Huhhhh…!

Se acercó los dedos a la cara y los olfateó, con mueca de asco. La grasa era rancia, abominablemente rancia.

—Es repugnante —murmuró—. Verdaderamente infecta… ¿Y tenemos que ponernos esto en la cara? No. Desde luego que no. Todo tiene sus límites. Yo prefiero prescindir de ella.

—Yo también —le aprobó Marcos—. Si nos la ponemos nos quedará el olor por mucho tiempo.

Raúl la olfateó a su vez.

—No —dijo—. Basta de bromas. Pónganse una buena capa. Hay que tomar en serio a los mosquitos y las fiebres. Si Pedro nos dio la grasa, es porque realmente la necesitamos.

—Pero si apesta —dijo Marcos.

—Es natural —le respondió Raúl—. Porque apesta ahuyenta a los mosquitos. ¿No lo comprendes?

Sergio y Marcos se frotaron con la grasa de mala gana y todos iniciaron el descenso. Con rapidez, el sendero se

hundió en la capa de niebla. Sergio se sentía ahora seguro, pero todavía se volvió una o dos veces. Encima de él no vio más que una bruma uniforma y vagamente luminosa, como iluminada por un sol muy lejano. Y cuando miró delante de él, le pareció que el sendero bajaba con lentitud hacia un fondo invisible que no alcanzarían jamás.

Y de repente apareció una cabaña al borde mismo del pantano, como surgida de pronto de la bruma. Un indio viejo, que no podía ser más que Diego, estaba sentado en cuclillas delante de la cabaña y, con la cabeza baja, raspaba una plancha con un cuchillo. Xolotl lo saludó y le preguntó si querría prestarles su barca para atravesar el pantano. Sergio echó una mirada y vio una barca grande, de fondo chato, amarrada a unos metros de allí. El viejo levantó la cara y miró largo rato a Xolotl antes de contestarle.

—No, compañero. Desde luego que no… Para atravesar los pantanos hay que conocerlos. Si os dejo ir solos os perderéis. No presto nunca mi barca… Pero puedo conduciros a los cuatro a la otra orilla.

Esperó un poco y terminó tranquilamente su frase.

—Si me pagáis…

Xolotl le explicó que no tenían dinero. Le habló primero en castellano y luego en náhuatl. Sergio, que no le comprendía, observó a Diego para adivinar si iba a aceptar transportarlos gratuitamente. El hombre era viejo, delgado y sucio, y Sergio no tardó en comprender, por su aire duro y obstinado, que no se iba a dejar convencer. Sin encontrar ya ningún argumento, Xolotl se calló y se volvió a sus compañeros con gesto de impotencia.

—No necesitas traducirlo —dijo Raúl—. Lo hemos comprendido.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Sergio—. ¿Bordeamos los pantanos?

—No —respondió Raúl—. No se puede hacer con este puré de guisantes. Dentro de diez minutos nos habríamos perdido. Recuerda lo que nos dijo Pedro. No debemos tratar de bordearlos. Sería un suicidio…

—¿Y entonces? —preguntó Marcos—. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que hacer algo… ¿Subimos de nuevo?

—¡Ni hablar! —decidió Raúl—. Los tres hombres se encuentran quizás allá arriba, esperándonos. Tenemos que seguir adelante como fuere.

Buscó en un bolsillo de su blusón y sacó de él el reloj que se había quitado de la muñeca cuando se encontraron con los bandoleros.

—Toma —le dijo a Xolotl—. Ofrécele esto en pago del pasaje. Dile que no tenemos otra cosa que darle.

—¿Estás loco? —protestó Sergio—. Eso vale demasiado…

—Ya lo sé —le contestó Raúl—. Yo le tenía cariño a mi reloj… Pero tenemos que pasar. Si no atravesamos los pantanos, acabarán con nosotros como si fuéramos ratas.

Sergio comprendió que Raúl tenía razón y no insistió. Xolotl tradujo el ofrecimiento al viejo indio, que aceptó y se quedó con el reloj. Luego, con un ademán, les indicó su barca invitando a los cuatro muchachos a subir a ella. Después, entró en su cabaña, y Sergio le oyó hablar con una vieja sentada en su interior. Al cabo de un rato, el hombre volvía a salir, llevando un paquete bien envuelto que dejó cerca de él en la barca.

La travesía comenzó. De pie en la parte de atrás, Diego impulsaba lentamente la barca con una larga vara que se apoyaba en el cieno. La barca se deslizaba entre los juncos con un roce ligero, casi sin ruido. El viejo conocía sin duda aquella parte, y Sergio comprendió que no había mentido cuando les dijo que era imposible atravesar los pantanos sin conocerlos. Todos los juncos, todas las plantas se parecían, y la misma bruma lo envolvía todo. Sergio había olvidado el peligro, el pantano lo atraía, la parecía fascinador y no podía apartar sus ojos de él. A pesar de la fatiga de aquella noche en la que casi no había dormido, se sentía muy despierto y lo observaba todo.

Por el contrario, Raúl, más fatigado y menos resistente, se había adormecido. Al cabo de bastante tiempo, se despertó de repente, y miró en torno de él como si se hubiera olvidado de dónde estaba. Entonces, buscó su reloj, se acordó luego de que se lo había dado a Diego para pagar la travesía y se volvió hacia su hermano.

—¿Cuánto tiempo llevamos en esta barca? —le preguntó.

Marcos sacó su reloj.

—Más de una hora…

Al oír la pregunta de Raúl, el viejo indio había aguzado el oído. Sergio vio que observaba a Marcos mientras este miraba la hora, pero en aquel momento no le dio importancia y siguió mirando a su alrededor con la misma atención apasionada.

Mucho más tarde, Sergio vio que unos árboles surgían de la bruma, y comprendió que se hallaban al final del pantano. Entonces, Diego atracó e hizo señal a los cuatro muchachos de que podían desembarcar. Xolotl estaba muy cerca de la borda y fue el primero en salir. Al verlo hundirse en el musgo hasta el tobillo, Sergio comprendió que no se hallaban aún en tierra firme. Echaron pie a tierra uno tras otro, y el viejo dijo unas palabras en Náhuatl. Xolotl las tradujo al castellano a Sergio, quien las tradujo a su vez al francés.

—Pregunta si queremos comer. Tiene carne seca, pero quiere que se la paguen…

—No tenemos ya nada —protestó Raúl—. Tú lo sabes bien…

Cuando Raúl acababa de decir esas palabras, y exactamente como si las hubiera comprendido, Diego le indicó con el dedo el bolsillo donde Marcos había vuelto a guardar el reloj. Demasiado tarde, Raúl se dio cuenta de que había hecho mal preguntándole la hora a su hermano.

—¡Bueno! Hice un lindo error… Si no hubiera visto el reloj de Marcos, tal vez nos habría dado la carne por nada.

Se interrumpió para reflexionar.

—Puedes dárselo —dijo Marcos, con una voz que se esforzaba por ser indiferente.

Raúl se volvió a Sergio.

—Si tardamos en salir de aquí, ¿crees que encontraremos algo de comer en estos pantanos? Pregúntaselo a Xolotl…

—No se sabe —le contestó Xolotl—. Aquí todo es distinto… No estoy muy seguro de encontrar…

—Lo que quiere decir —exclamó Marcos— que debemos darnos por contentos de tener esa carne.

Sacó su reloj.

—No hagas eso —le aconsejó Sergio—. Más tarde lo lamentarás. Ese tipo nos ha robado ya una vez.

Marcos meneó la cabeza y le tendió el reloj a Diego.

—Prefiero dárselo —dijo a media voz—. De ese modo, no podrá quitarnos ya nada.

Una vez más Sergio no insistió y el viejo tomó el reloj sin decir palabra. Xolotl le hizo una pregunta en náhuatl y Diego, extendiendo el brazo, le indicó una dirección del lado de los árboles. Luego empujó su barca y se alejó. Sergio lo vio desaparecer lentamente entre la bruma, sin sentir ningún pesar.

—Ese hombre sí que es repugnante —dijo por fin—. No encontré nunca un canalla como él. No lo olvidaremos, con seguridad.

Raúl se encogió de hombros.

—¡Bah! De todos modos, nos hizo atravesar el pantano. ¿Qué habríamos hecho si él no hubiera estado aquí?

—Si lo tomas así… Evidentemente…

La dirección que les había indicado el viejo era bastante vaga, y todos sabían que corrían el riesgo de dar vueltas en redondo en medio de la niebla. Por lo tanto, decidieron marchar en fila india para conservar mejor su orientación, manteniéndose además todo lo alejados el uno del otro que permitía la bruma. Avanzaron de ese modo durante casi una hora.

—No progresamos mucho —observó Marcos.

Caminaban entre una mezcla de hierbas y cieno, con grandes charcos de agua turbia que había que rodear. En algunos lugares, había también musgos flotantes que daban la impresión de tierra firme. Se ponía el pie sobre ellos, y se hundía uno hasta media pierna. Era imposible progresar con rapidez sobre un suelo tan traicionero.

Poco después, Xolotl olfateó un olor a podredumbre que procedía de la derecha. Se apartó un poco, para reconocer lo que era, y vio un animal muerto, bajo una nube de moscas que huyeron al acercarse ellos. El animal estaba medio devorado por los gusanos, las hormigas y otros insectos, que lo recubrían casi enteramente. Los huesos asomaban en partes limpias ya de toda carne. Raúl no pudo identificar al animal.

—Tiene el tamaño de un perro —dijo Marcos.

Xolotl se había puesto en cuclillas para verlo mejor.

—Es un coyote —dijo.

—¿De qué ha muerto? —preguntó Raúl.

—No lo sé… —respondió Xolotl.

Sergio volvió la cabeza el primero.

—Tenemos que irnos —dijo.

Continuó la marcha y Xolotl se puso a su lado. Raúl y Marcos lo seguían a poca distancia. Al cabo de unos minutos, Sergio vio que Xolotl avanzaba más despacio, y qué se detenía a menudo para mirar a su alrededor. Parecía preocupado y no tenía ya su mirada habitual.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sergio—. ¿Hay algo que no va?

Xolotl miró a Sergio y pareció vacilar antes de hablar.

—No lo sé —le respondió—. Me alegraré cuando hayamos salido de aquí… Siento que algo no marcha… Yo…

Se detuvo y miró una vez más en torno de él. Parecía buscar sus palabras, como si fuera incapaz de expresar bien lo que sentía. Sergio comprendió que Xolotl tenía miedo, en aquel mundo extraño y desconocido, un mundo tan distinto del bosque donde vivó siempre… Sí, Xolotl tenía miedo y no quería confesarlo.

—Yo también —le confesó Sergio en voz baja—. Me doy cuenta de que algo no marcha… Era cierto. El pantano que dos horas antes le parecía fascinador, comenzaba a asustarlo y, como Xolotl, no había podido explicar por qué. Sacudió la cabeza para disipar su inquietud.

—En marcha —dijo—. Eso es mejor.

Raúl y Marcos se habían reunido con ellos.

—¿Y si comiéramos? —propuso Raúl—. Ya que tenemos que comer…

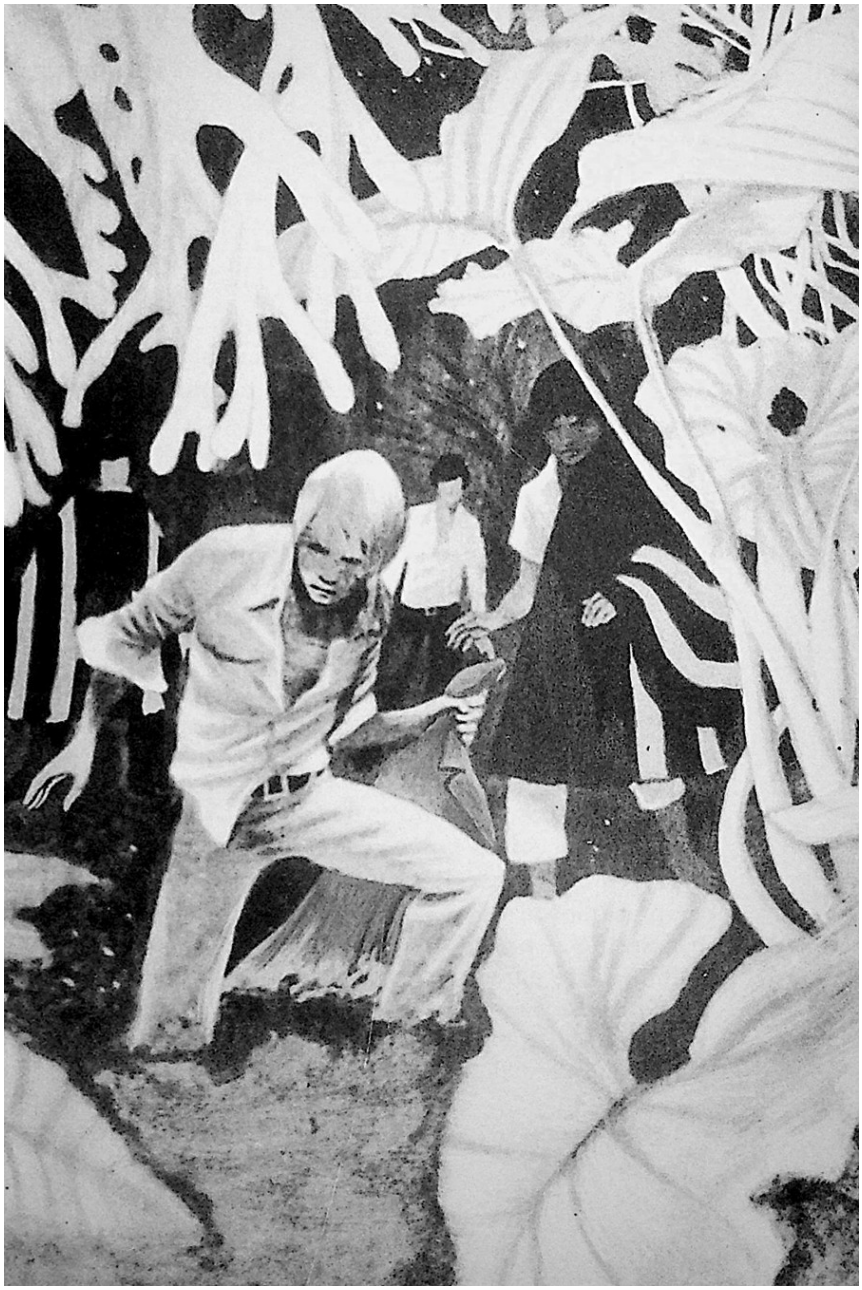
Fue Xolotl el que abrió el paquete que Diego les había vendido tan caro. Lo abrió, y Raúl casi lanzó un aullido al ver su contenido.

—¡Nooooo!… ¡No es posible!…

La carne estaba cubierta de una capa de moho.

—Eso puede limpiarse… —dijo tranquilamente Xolotl.

Sacó su cuchillo y comenzó a rasparla sin alterarse. Luego, cortó un pedazo y se lo tendió a Marcos, que era el que estaba más cerca de él. Marcos lo examinó y lo olfateó con un asco que no trataba de disimular.



Necesitó algunos segundos para soltar su pie.

—¿Qué es? —preguntó—. Huele como la grasa de oso. ¿O son mis manos las que huelen? No lo sé ya…

—Es cordero seco —explicó Xolotl.

—¿Has oído hablar del pemmican? —preguntó Sergio —. El pemmican es esto… Carne seca…

—¿Seca? —exclamó Marcos—. No muy seca, en todo caso… Tiene la consistencia de un neumático viejo. Está tan

seca como yo.

—No tiene nada de extraño —observó Sergio—. ¿Cómo quieres que algo esté muy seco en un pantano?

Marcos probó sin entusiasmo su pedazo de carne.

—No he comido nunca algo tan infecto —declaró. Cuando pienso que di mi reloj para comprar esto.

—Tenemos que comer —le replicó Raúl—. No hay otra cosa.

—¿Sigues pensando que Diego es un canalla? —le preguntó Sergio.

Después de haber comido siguieron avanzando. Al cabo de unos centenares de metros, Xolotl aplastó un mosquito con la mano. Todos volvieron a ponerse entonces otra capa de grasa de oso, lo que dejó casi completamente vacía la caja que les había dado Pedro. Sergio se preguntó con inquietud si la grasa que acababan de ponerse aguantaría hasta que salieran del pantano.

—¿Qué hora es? —preguntó, maquinalmente.

Luego recordó que nadie tenía ya reloj.

—¡Bueno!

Dio unos pasos más y, con brusquedad, una de sus piernas se hundió hasta la rodilla en un agua negra y estancada. Consiguió no caer, pero necesitó varios segundos para soltar su pie. Xolotl, que iba un poco delante en aquel momento, volvió sobre sus pasos y le indicó con un gesto que mirara si no se había herido. Sergio levantó su pantalón y descubrió una sanguijuela en la pantorrilla. Con un estremecimiento de asco se disponía a arrancársela, pero Xolotl lo detuvo con un ademán rápido.

—¡No! Así no…

El joven indio se inclinó y tomó la sanguijuela entre dos dedos, con delicadeza, sin tirar con mucha fuerza. Al cabo

de unos segundos, el animal se soltó él mismo.

—Tiene razón —aprobó Raúl—. Así se evita la infección…

Cuatro o cinco metros más allá, Marcos llamó a sus compañeros.

—¡Eh! Vengan a ver… Aquí hay otro coyote muerto…

Se acercaron y Raúl examinó al animal con atención.

—No es «otro» coyote —dijo, después de unos instantes—. Es el que vimos antes.

—Eso quiere decir que damos vueltas en redondo —dijo Sergio.

Hubo un silencio pesado. Sergio miró a su alrededor, tratando desesperadamente de fijarse en algo para orientarse. No vio más que juncos, musgo, hierbas altas y agua. Y más lejos, la bruma. En todas direcciones, el pantano era siempre el mismo. No había cielo. Nada más que una bruma luminosa donde nada dejaba adivinar la posición del sol.

—Hay que ponerse de nuevo en camino —dijo Raúl—. ¿Por dónde vamos a ir?

Xolotl miraba también a todos lados, como si buscara algo sin encontrarlo.

—¿Hacia dónde hay que ir, Xolotl? —le preguntó Sergio en voz baja.

El joven indio se estremeció y se mostró todavía más inquieto, como si temiera la pregunta. Vaciló, luego hizo un ademán como indicando una dirección, y nadie se atrevió a preguntarle cómo se había orientado. Se pusieron en fila india como hicieron al principio, pero no pudieron continuar. Muy pronto, encontraron sábanas de agua semiocultas por las hierbas altas y los musgos, que les obligaron a apartarse de la línea que seguían.

—No hay que poner nunca el pie sobre esos musgos —repetía Xolotl.

A veces, se olvidaban de sus consejos. Marcos se apartó un poco del camino que seguían los demás, puso el pie sobre unos musgos y se hundió hasta el cuello en un agujero de agua.

Cuando volvió a la tierra firme se sacudió como un perro joven.

—¿No has pillado ninguna sanguijuela? —le preguntó Raúl.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Habría que cerciorarse —dijo Raúl—. No se puede bromear con eso…

Marcos se desnudó del todo. Le encontraron seis o siete sanguijuelas en el torso y las piernas y Xolotl se las arrancó con destreza, igual que hiciera con Sergio. Luego, Marcos examinó con cuidado sus ropas, las retorció a fondo y volvió a vestirse. Reanudaron la marcha y, un poco más allá, encontraron otros charcos y, después, una gran extensión de agua.

—Ya está —dijo Sergio—. Hemos vuelto al lugar donde nos dejó Diego; lo reconozco. Hemos dado vueltas en redondo durante horas enteras.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Marcos.

—Damos media vuelta —le contestó Sergio—. Y trataremos de conservar mejor la dirección.

De nuevo, estuvo a punto de preguntar la hora, pero se acordó a tiempo de que era inútil. Comprendió que tenía que olvidar su fatiga y partir de nuevo. No detenerse inútilmente. Cada minuto era precioso. Se reanudó de nuevo la misma marcha insensata, a ciegas entre los musgos, las altas hierbas y los juncos. Durante horas enteras. Sergio esperaba encontrarse al coyote por tercera vez. El pantano

los rodeaba por todas partes y se negaba a soltarlos. Por fin, Marcos cedió. Se sentó en el suelo y no se movió más.

—¿No quieres seguir andando? —preguntó Raúl.

—No. No voy más lejos. Estoy roto. ¿No te das cuenta? Hemos caminado todo el día de ayer, parte de la noche, y todo el día de hoy. ¿Tú no estás deshecho?

—Podemos detenernos un poco —reconoció Raúl, conciliador.

Se sentó al lado de su hermano y Xolotl hizo cómo él. Sergio se quedó de pie sin decir nada. Miraba en torno de él y reflexionaba.

—¡Caramba! —exclamó Marcos—. No has comprendido lo que quería decir. No hablo de descansar un poco. Hablo de detenernos aquí para pasar la noche. ¿Comprendiste ahora?

Raúl no le contestó. Hubo un silencio, y luego Marcos siguió hablando.

—No deberíamos habernos ido de San Lucas. No deberíamos habernos evadido.

—Fuiste tú el que quiso irse aquella noche —le replicó Raúl.

Sergio sabía que el desaliento es contagioso. Comprendió que debía intervenir para que Raúl y Xolotl no se dejaran abatir a su vez.

—No podemos quedarnos aquí —dijo con calma—. Piensa en los mosquitos. No tenemos ya casi grasa de oso. Si pasamos aquí la noche, nos picarán con seguridad. Hay que salir, a cualquier precio.

Marcos se encogió de hombros.

—Me haces reír —dijo—. Salir a cualquier precio… Es fácil de decir. ¿No ves que empieza a oscurecer? ¿No? No queda ya ni una hora de día.

—Xolotl —dijo Sergio— cuando bajamos de la montaña, teníamos el sol detrás de nosotros. ¿No es cierto? —Sí.

—Eso quiere decir que avanzábamos hacia el oeste… No hay problema. Vamos a ir hacia el sol poniente y saldremos de aquí.

—De acuerdo —dijo Raúl—. Vamos.

Volvieron a ponerse en camino. Marcos se levantó y los siguió sin poner dificultades. Marchaban lo más rápidamente posible, pues sabían que aquel resplandor rojo palidecería muy pronto, y que tenían que salir del pantano antes de que se apagara. A cada minuto todo se iba haciendo más oscuro a su alrededor, y Raúl terminó por detenerse, desanimado a su vez.

—No sirve de nada continuar. Vamos a caer en un agujero de agua. Eso es todo lo que ganaremos.

—No —dijo Sergio—. No tenemos que dejarlo. Esta vez, no nos hemos desviado. Tal vez estamos muy cerca del borde… Xolotl sigue viendo. ¿Ves algo, Xolotl?

—Sí.

—Mientras podamos seguirlo, podremos avanzar…

Se pusieron otra vez en marcha, pero Sergio no veía ya nada. Marchaba como un ciego, con las manos en los hombros de Xolotl, seguido de Marcos, que se sujetaba a él del mismo modo, y luego de Raúl. Sin embargo, el avance se iba haciendo cada vez más lento y Sergio comprendió que el mismo Xolotl no vería ya dentro de poco. Entonces, como esperaba Sergio, Xolotl se detuvo.

—¿Algo no va? —preguntó Sergio en voz baja—. ¿No ves ya nada?

—No es eso —le respondió Xolotl—. Todavía veo un poco… Lo que pasa es que tengo una piedra.

Una piedra… Sergio no quería dar crédito a sus oídos. Se acercó a tientas para tocarla, para convencerse. Eso significaba que estaban cerca de la pared rocosa, que iban a salir pronto de la cubeta. Xolotl reanudó la marcha, pero con mucha mayor lentitud.

—Un minuto —dijo—. Busco el sendero. Si hay uno…

Lo encontró, casi enseguida.

—Atención —dijo—. Es muy estrecho.

Era cierto. El sendero era en realidad muy estrecho. La subida fue difícil y muy lenta. Todos avanzaban con infinitas precauciones, probando el suelo con el pie, apoyándose en la pared rocosa con la mano derecha, pues sabían que había un precipicio a la izquierda. Una vez, Xolotl dio un paso en falso. Una piedra se soltó de la pared y rodó hasta abajo. Rebotó varias veces y terminó cayendo al agua.

—No es nada —dijo Xolotl—, ahora irá mejor…

—¿Irá mejor? —Sergio alzó los ojos y comprendió. Encima de él, el cielo no era ya negro. Había un débil resplandor, muy pálido. La luna. Nunca le había causado la luna tanto placer. A partir de aquel momento pudieron ver dónde ponían los pies, y su marcha se hizo más fácil. Salieron con lentitud de la bruma, y la luna se les apareció con claridad, iluminando toda la montaña en torno de ellos. Luego, cuando se hallaban solo a unos doscientos o trescientos metros del borde de la cubeta rocosa, Xolotl se detuvo en seco.

—¡Parar! —dijo muy bajo—. Pararos y escuchar bien.

Entonces, en medio del silencio profundo de la noche, Sergio oyó algo. El paso regular y tranquilo de unos caballos que marchaban con lentitud por un sendero de la montaña. El corazón de Sergio empezó a latir precipitadamente.

—Pégate a las rocas —murmuro Xolotl—. Diles a los otros que hagan lo mismo. Y sobre todo, ni una palabra.

Sergio se aplastó contra la montaña, tan apretadamente como si hubiera querido confundirse con la muralla rocosa y esperó… Los pasos de los caballos se acercaban… Casi sin mover la cabeza, Sergio miró y entonces vio, con claridad, a tres jinetes que, despacio, y con paso regular, pasaban por encima de él.

XIV

Se quedaron así largo tiempo, pegados a las rocas, inmóviles y mudos. Por fin, cuando los pasos de los caballos dejaron de oírse a lo lejos, en la noche tranquila de la montaña, se arriesgaron a salir de su escondite. Marcos fue el primero en formular las preguntas que se hacían por lo bajo los cuatro.

—¿Eran ellos? ¿Nos andaban buscando?

—No te ocupes de eso —le contestó Raúl—. Lo que cuenta es no volver a encontrarnos sobre el camino cuando pasen otra vez por él. De nada sirve el discutir. Hay que huir de aquí a toda velocidad, sin dejarse ver y sin hacer ruido.

Era un consejo razonable. Reanudaron su marcha, tratando de alejarse lo más rápidamente posible de la inmensa cubeta rocosa que abrigaba el pantano, y no se detuvieron para dormir hasta no haber encontrado un escondite seguro.

Reanudaron la discusión al día siguiente por la mañana, inquietos por saber adonde iban a huir. Esta vez, el alerta había sido serio, y Sergio no podía olvidar con facilidad el miedo que sintió por la noche al levantar la cabeza y ver a los tres jinetes que pasaban con lentitud por encima de él…

—Pero —le preguntó Raúl— ¿estás seguro de que eran ellos?

—¡Claro que estoy seguro! —afirmó Sergio.

Raúl se mostraba escéptico.

—A la distancia que estábamos, y con la oscuridad, no has podido reconocerlos. No puedes estar seguro. Tal vez eran tres jinetes cualesquiera que se encontraban allí por azar. ¿Por qué no?

Sergio vaciló. Verdad era que se encontraban demasiado lejos para reconocerlos, y que la luna los iluminaba mal, pero las tres figuras tenían el mismo aspecto que las de los bandoleros. El más alto de delante debía ser el jefe, y el más pequeño de detrás era probablemente Pedro. Al verlos, durante la noche, Sergio no dudó ni un momento de que eran ellos. Ahora, en pleno día, ante las objeciones de Raúl, no estaba ya muy seguro de haberlos reconocido.

—No lo sé —dijo por fin.

Hubo un largo silencio que Xolotl fue el primero en romper.

—Aunque no fueran ellos, podemos encontrarlos hoy… O mañana…

Sí. Xolotl tenía razón. El peligro subsistía. Sergio estuvo a punto de hacerse la misma pregunta que la víspera, en el pantano: «¿Adónde debemos ir, Xolotl?», pero comprendió que no había más que una respuesta posible. Tenían que marchar hacia el este, hundirse en la Sierra Madre, y buscar las regiones menos habitadas. La Sierra Madre es inmensa, y

en ninguna parte se puede uno esconder mejor que en la montaña.

Eso es lo que hicieron durante los diez días siguientes, eligiendo siempre que podían los caminos más angostos y los lugares más desiertos para acampar. Y eso duró hasta una cierta mañana en que…

* * *

Sergio empezaba a despertarse. Después de haber abierto vagamente los ojos, los cerró enseguida, tratando de volver a dormir. La mañana no era demasiado fría aquel día. Unos minutos de sueño siempre eran buenos. Acostado a su lado, cubierto con el mismo sarape, Xolotl hizo un movimiento y luego no se movió más.

Entonces se oyó un grito cerca de ellos, un largo aullido de dolor en el que no se podía reconocer ninguna voz. Antes de que Sergio hubiera hecho un movimiento, Xolotl, más acostumbrado al peligro, había echado a un lado el sarape y se había levantado. El grito continuaba, atroz, inhumano, y parecía que nunca iba a terminar. Helado de espanto, Sergio se sentó y vio que Xolotl se precipitaba hacia los otros dos. Al llegar cerca de ellos, agarró una gran piedra y empezó a aplastar con furia algo que corría por el suelo.

El grito había cambiado y los dos hermanos se movían bajo el sarape. Gracias a ese nuevo grito, Sergio comprendió que Marcos había sido mordido o picado mientras dormía por el animal que Xolotl acababa de matar. Raúl se levantó y Marcos se sentó o, mejor dicho, intentó sentarse, paralizado enseguida por el intolerable dolor que le hacía aullar. Xolotl, inclinado sobre él, trató de hablarle.

—¿Dónde? ¿Dónde? —exclamó, sin pensar que Marcos no le comprendía.

Afortunadamente, Raúl adivinó lo que Xolotl quería decir e intervino.

—¡Marcos! Dinos dónde te mordió… ¿Me entiendes? Dilo enseguida…

Incapaz de dominar sus sufrimientos, Marcos no oía lo que le decían. Se calló un momento, pero fue para recobrar el aliento y gritar de nuevo. Comprendiendo que había que actuar sin pérdida de tiempo, Xolotl le quitó con rapidez los zapatos y los calcetines.

—Aquí… —dijo.

Les mostró una pequeña picadura, de la que pendía una gota de sangre, en el tobillo derecho. Sin perder tiempo, acercó su boca a la herida y la chupó, escupiendo enseguida lo que había chupado. Pero lo detuvo una patada de Marcos, que tenía libre la otra pierna y a quien el dolor enloquecía. La patada, que le dio en plena cara, fue lo suficientemente fuerte para apartar a Xolotl unos instantes.

—Hay que sujetarlo —dijo Raúl—. Ayúdame, Sergio. Hay que sujetarlo cueste lo que costare…

Sergio se tiró sobre Marcos y lo apretó contra el suelo, sin preocuparse de sus gritos, ni de los movimientos violentos que hacía para soltarse. A pesar del golpe recibido, Xolotl había vuelto a chupar la herida. Por su parte, Raúl empezaba a recobrar la sangre fría.

—Hay que hacerle un garrote…

Se quitó el cinturón, y apretó con él la pantorrilla de su hermano.

—Hay que impedir que el veneno llegue al corazón… —dijo.

Sergio no habría podido decir cuánto tiempo duró la pesadilla. Una eternidad… Sujetaba con todas sus fuerzas a Marcos, Xolotl chupaba y escupía, y Raúl apretaba el

garrote. Cada vez que Marcos recobraba el aliento, Raúl trataba de calmarlo.

—Quédate quieto. No queremos hacerte daño… Estamos tratando de curarte…

Luego, hubo un momento en que Marcos se agitó menos, y después dejó de moverse y ya no gritó.

—Suéltalo, Sergio —dijo Raúl.

Con prudencia, Sergio lo fue soltando. Raúl apartó con suavidad a Xolotl.

—Basta, Xolotl. Es suficiente.

Sergio no tuvo que traducirlo. Xolotl había comprendido. Escupió por última vez. Y Sergio vio que sus labios y su barbilla estaban cubiertos de sangre. Marcos, tendido de espaldas, no se movía. Los otros tres, arrodillados sobre la hierba en torno a él, se miraban sin decir palabra. Luego, Xolotl se secó la boca con el dorso de la mano, y Raúl se inclinó para examinar la pierna de su hermano. En torno de la picadura había una zona negruzca, un poco hinchada. Sergio se levantó y se alejó unos pasos, buscando el animal que Xolotl había matado. Lo encontró bajo la piedra que lo había aplastado. No era más que una papilla informe, con unos restos de escamas negras.

—¿Qué era? —preguntó.

—Un escorpión… —le respondió Xolotl.

No hacía falta una traducción. Sergio y Raúl se miraron espantados, y Sergio no se atrevió a decir nada. Raúl parecía mortalmente inquieto.

—Hay que hacer algo… —dijo.

Buscó en los bolsillos de su hermano, encontró un cortaplumas y lo abrió. Luego cortó la piel a uno o dos centímetros de la picadura. Marcos debía haberse desvanecido, sin duda, porque no reaccionó. Raúl se

disponía a hacer un segundo corte, cuando Sergio lo interrumpió.

—No hagas eso… Ha perdido ya mucha sangre…

Raúl detuvo su ademán y levantó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es cierto —dijo en voz baja—. Lo que iba a hacer era una idiotez.

Se calló y miró hacia delante, sin ver.

—Sin embargo, habría que curarlo —insistió.

Entonces, Raúl pensó desesperadamente en un hospital. Durante unos segundos tuvo delante de sus ojos esa visión, con asombrosa claridad y precisión. Veía a Marcos tendido sobre una mesa de operaciones, en una gran sala limpia y bien equipada. Su padre se ocupaba de él y lo salvaba en pocos minutos. Fue un sueño rápido y sin esperanzas. Enseguida, Raúl volvió a la realidad. Estaban solos en la Sierra Madre, aislados en la montaña inmensa, muy lejos de todo socorro…

Raúl apretó los dientes, decidido a ocultar su desaliento a sus compañeros, y trató de hacer algo. Sergio reflexionaba por su parte, pero estaba tan desorientado como Raúl y no le pasaba ni una idea por la cabeza… Xolotl, sentado siempre sobre sus talones, escupió una vez más y se enjugó la boca con el dorso de la mano, con el mismo gesto de un minuto antes. Luego habló:

—Hay que encontrar un pueblo…

Xolotl, por lo menos, tenía algo que proponerles. ¿Encontrar un pueblo?… ¿Y habría un médico en el pueblo? Era dudoso. Por la mirada que cambió con él, Sergio adivinó que Raúl no tenía muchas esperanzas.

Pero había que intentar algo. Todo era mejor que quedarse allí, sin saber qué hacer. Había que intentarlo todo…

Rápidamente, Xolotl se dedicó a fabricar una camilla con ramas de árbol y follaje, ayudado por Raúl y Sergio. Marcos comenzaba a volver en sí, y gemía bajito. En un cuarto de hora todo quedó terminado y se pusieron en marcha. Raúl y Sergio llevaban la camilla y Xolotl se puso a la cabeza para guiarlos, como hacía casi siempre. Mientras caminaban, les explicó que quería encontrar el río o arroyo más próximo y seguirlo aguas abajo. Así tendrían más posibilidades de encontrar un pueblo.

Marcos había recobrado del todo el conocimiento.

—Me duele mucho, pero menos que antes —dijo—. Al principio era atroz. Nunca he tenido un dolor tan fuerte.

—¿Cómo te dolía? —preguntó Raúl.

—Es difícil de decir. Era terrible. Me quemaba… Era algo muy fuerte…

Una o dos veces, Xolotl se detuvo para orientarse, y Raúl aprovechó para examinar la pierna de su hermano.

—Me duele cuando trato de mover la pierna —dijo Marcos.

Raúl trató de ocultar su inquietud. En torno a la herida, la zona negruzca había palidecido un poco, pero se extendía con lentitud y el tobillo comenzaba a hincharse.

—¿A qué se parece? —preguntó Marcos tratando de incorporarse para verse la pierna.

Raúl le obligó a permanecer acostado.

—No te muevas. Está un poco hinchado, pero no se ve nada. Sobre todo, no la muevas. Tenemos que ponernos en marcha.

Mientras caminaban, Raúl trató de recordar todo lo que sabía acerca de las picaduras del escorpión. Claro está que no sabía nada, en realidad. En algún lugar leyó que eran mortales. ¿Lo eran, verdaderamente? Trató de no pensar más en eso… Poco después, Sergio le preguntaba a Xolotl.

—Dime, Xolotl… ¿Qué podrán hacer para ayudarnos las gentes del pueblo?

Sin detenerse, Xolotl volvió a medias la cabeza para responder. Lo hizo con una larga frase que Sergio entendió bastante mal. Comprendió que había que llegar lo más pronto posible, pero una parte de la respuesta le pareció muy oscura.

—… Hoy es la noche de Quetzalcóatl…

Trató en vano de encontrarle sentido a esas palabras… No, eran incomprensibles…

—¿Qué dice? —le preguntó Raúl.

—No lo comprendí… —le confesó Sergio.

Tendría que hacerle por segunda vez la pregunta a Xolotl, pero pensó que eso no era lo más importante. Y consagró toda su atención a no dar sacudidas a la camilla.

A mediodía encontraron un pequeño río. No lo bordeaba ningún sendero y sus orillas eran bastante altas, pero no era muy profundo y pudieron bajar por él

caminando en el agua. Marcos tenía períodos de inconsciencia donde parecía dormir. En otros momentos, su tobillo le dolía cada vez más, sobre todo cuando lo sacudían demasiado. El lecho del río estaba formado por piedras musgosas, y los dos porteadores resbalaban a menudo, lo que hacía gemir a Marcos, por el choque. Más de una vez, uno u otro estuvieron a punto de caer, pero recobraron el equilibrio a tiempo.

A medida que avanzaban, el río se hacía más angosto y profundo y sus orillas más abruptas. Luego Xolotl se detuvo e hizo seña de que no siguieran avanzando. Sergio no lo comprendió enseguida, pero luego examinó con más atención el valle. Doscientos o trescientos metros, aguas abajo, las murallas rocosas se alzaban todavía más. Más allá, no había nada… Xolotl vino hacia ellos luchando contra la corriente. Cuando estuvo muy cerca, les indicó que había una cascada infranqueable y que tenían que dar media vuelta.

Se vieron obligados a remontar el río largo tiempo, antes de poder salir del valle. Tuvieron que trepar con lentitud hasta la cima y luego volver a bajar. Esta vez, se hallaron con un valle mucho más importante, por el que corría un río más ancho… Durante la bajada, Marcos empezó a gemir con más fuerza. Raúl y Sergio se detuvieron para examinar su pierna, y vieron que la hinchazón iba ganando el pie y la pantorrilla.

—Siento que eso sigue hinchándose —dijo Marcos.

Mirando a Raúl, Sergio comprendió que estaba demasiado alterado para responder, y resolvió mentir en su lugar.

—Es normal —dijo con autoridad—. No se puede evitar que se hinche un poco. De todos modos, ya te curarán cuando lleguemos a un pueblo.

—¿Curarme? —dijo Marcos—. ¿Qué van a hacer para curarme?

Esa era una pregunta a la que Sergio no podía contestar.

—No lo sé, pero estoy seguro de que te curarán —afirmó—. Ahora, no podemos quedarnos aquí. Tenemos que continuar…

A unos cincuenta metros del río, Xolotl se detuvo. Parecía a la vez atento e inquieto, como el que busca desesperadamente alguna cosa y tiene miedo de no encontrarla. Por momentos, parecía escuchar. En otros, parecía olfatear el aire que el viento le traía. Sergio había observado muchas veces que Xolotl tenía un olfato muy fino. A su vez, olfateó lentamente, con atención, y creyó percibir algo anormal, un olor muy débil, que no era el de las altas hierbas o del bosque. Entonces, Xolotl se volvió y en sus ojos brillaba la esperanza.

—Humo… —dijo.

Sergio olfateó una vez más. Sí, era un olor de humo, casi imperceptible.

—¿Dónde? —preguntó.

Xolotl le indicó con vaguedad la dirección de donde venía el viento, y Sergio miró, con la esperanza de ver alguna cosa. Río abajo había una vasta región de arbustos y hierbas altas. Si había allí un pueblo estaba oculto por alguna colina o un declive del suelo. De todos modos, no podía ser más que un pueblo muy pequeño, y Sergio se preguntó ansiosamente qué socorro encontrarían en él. Visiblemente, Xolotl avanzaba al azar sin saber adonde los llevaba. Sergio dirigió una mirada a Marcos y se sintió completamente desanimado.

En aquel momento, Xolotl lanzó un grito de alegría, como si acabara de encontrar lo que buscaba. Desplegó su sarape y lo agitó por encima de su cabeza, mientras se acercaba al río. Entonces, Sergio vio en la otra orilla dos

figuras medio ocultas por las altas hierbas, dos indios que los habían visto y que se acercaban también. Raúl y Sergio tomaron de nuevo la camilla y siguieron a Xolotl.

Mucho antes de llegar a la orilla, Sergio comprendió que no había ninguna posibilidad de atravesarlo por aquel lugar, porque el río era demasiado rápido y demasiado profundo. Xolotl había entablado una conversación en náhuatl con los dos indios. Los dos hombres parecían comprenderlo perfectamente, y su actitud era de una clara simpatía. Uno de ellos le indicó un desvío que les permitiría llegar a un vado, o algo por el estilo. Dijo dos o tres frases más, y luego Xolotl gritó unas palabras que se parecían a una frase de agradecimiento o a un adiós, y se volvió hacia sus compañeros.

—Me han explicado cómo podemos atravesar —le dijo —. Nos ayudarán. Pero está lejos y hay que llegar antes de que sea de noche. Tenemos que partir enseguida, porque el desvío es largo. Y caminar deprisa… Pronto…

Raúl parecía haber recobrado el valor.

—Está bien —dijo—. He comprendido. Bueno, Xolotl. Nos iremos ahora mismo y llegaremos allí antes de la noche…

Emplearon dos horas en llegar al vado que les indicaron los indios. Dos horas, cuando no hay sendero alguno, cuando se marcha desde el alba y llevando a un herido, es algo muy duro y que se hace muy largo.

—Tenemos que pasar enseguida —dijo Xolotl—. No podemos perder tiempo. Pronto.

—¿Pronto? —gruñó Sergio.

Sabía que tenían que apurarse, evidentemente, pero sentía también los miembros fatigados, el estómago vacío y el peso de Marcos. Iba a responder cuando sus ojos se fijaron en Marcos.

—Mi pierna sigue hinchándose… —dijo en voz baja Marcos.

Raúl se inclinó hacia su hermano, y vio que la hinchazón pasaba ya de la rodilla. Sergio se avergonzó de haber pensado en su fatiga, y se bajó para tomar de nuevo la camilla.

—Partamos enseguida… —dijo.

Los dos indios no habían mentido. En aquel lugar se podía atravesar el río. En ningún lugar era muy profundo, aunque el agua era fría y la corriente muy rápida. Por fin se encontraron seguros en la otra orilla, y Sergio se dejó caer en el suelo, agotado. Sentía que, a cualquier precio, necesitaba unos minutos de reposo.

—Tengo frío, tengo sed… —dijo Marcos.

Raúl le puso una mano en la frente.

—No sé si soy yo que tengo las manos frías o si él tiene fiebre —dijo.

—Creo que es fiebre. Pero no tiene nada de extraño.

Envolvió a Marcos en los dos sarapes, y le dio un poco de agua.

—Entonces, Xolotl gruñó algo entre dientes:

—*ʻonʻo*.

—¿Qué? —preguntó Sergio.

—*ʻonʻo* —repitió Xolotl.

Era incomprensible. («Estoy verdaderamente agotado, pensó Sergio. Ya ni comprendo lo que me dice. Esto marcha mal…»). Se volvió hacia Xolotl y le preguntó.

—¿Qué dices?

Xolotl no le contestó, pero abrió la boca y le mostró la lengua. Sergio contuvo un grito de sorpresa. La lengua estaba hinchada y casi negra. Miró a Xolotl con más

atención y vio que tenía los labios hinchados, lo mismo que las mejillas, y comprendió. Era el veneno del escorpión, mezclado con la sangre que Xolotl había chupado y que actuaba lentamente.

—*'on'o* —repitió una vez más el joven indio.

Sergio comprendió por fin que quería decir «pronto», y se levantó. Cada minuto perdido podía representar la muerte de Xolotl o la de Marcos. Comenzaron a bajar el río para llegar al lugar donde vieron a los dos hombres. Xolotl iba delante, a unos veinte metros de Raúl y Sergio.

—¿Has visto su boca? —dijo Raúl en voz baja.

—Sí.

—Es terrible… No me daba cuenta de que se arriesgaba a eso. No se queja y sigue andando como si no tuviera nada. Es fuerte… ¿Crees que sabía a lo que se exponía chupando la herida?

Sergio vaciló un instante.

—Sí. Creo que lo sabía.

—De todos modos, no vaciló —dijo Raúl—. Ni un instante… Es valiente. Sabía que era un escorpión, pero chupó igual. Y yo que le miré cómo lo hacía, sin pensar en ocupar su lugar… ¡Bueno! No me siento muy orgulloso de mí. Yo soy el que debería haber chupado la herida, pues se trataba de mi hermano… Y me contenté con apretar el garrote. No, ciertamente no estoy orgulloso de mí.

—¿Sabes? —dijo Sergio— yo tampoco lo pensé.

Raúl se calló y continuaron su camino en silencio. Desde que había visto la lengua y los labios de Xolotl, Sergio se había olvidado de su cansancio. Sin embargo, sin que ninguno de los tres lo hubiera notado, su marcha se había hecho más lenta y bajaban por el río más despacio que cuando remontaban la corriente. Siguieron así durante más de dos horas, y entonces Xolotl dio señales de vacilación. Se

detenía a menudo para buscar los lugares que fijó en su mente, y parecía indeciso. En ocasión de una de esas paradas, más larga que las otras, Raúl y Sergio se reunieron con él y se impresionaron al ver el cambio producido durante esas dos horas. Xolotl estaba irreconocible. Su cara se había hinchado terriblemente, y sus párpados estaban tan deformados que tenía los ojos casi cerrados. Vio que Raúl y Sergio lo miraban, comprendió su asombro, y trató valerosamente de sonreír, pero su sonrisa fue lamentable porque tenía los labios demasiado hinchados, y los otros dos comprendieron que se daba plena cuenta de su estado. Entonces, Xolotl les explicó con gestos que no estaba seguro de recordar bien el camino, y que tenían que seguir bajando el río. Reanudó la marcha. Sergio le dejó adelantarse un poco, y luego le dijo en voz baja a Raúl:

—Está verdaderamente muy mal… ¿Crees que es más grave lo suyo que lo de Marcos?

—Creo que sí —dijo Raúl—. A él le atacó cerca del cerebro y del corazón. Si el veneno llega al cerebro o al corazón, se acabó. Marcos tuvo la suerte de que lo picaran en el tobillo. Si el veneno no sube demasiado de prisa, quizás…

No terminó, y Sergio no dijo nada más. Continuaron su marcha vacilante. Xolotl se detenía cada vez con más frecuencia, y cada vez parecía que le costaba más volver a ponerse en marcha. Una o dos veces, Raúl y Sergio tuvieron la impresión de que casi no podía mantenerse en pie. Por fin, tropezó con una piedra, cayó y no se levantó más… Raúl y Sergio dejaron la camilla, y luego Raúl se acercó a Xolotl, le volvió y lo examinó.

—Está vivo —dijo—. Le late el corazón, pero respira mal… Mira…

Sergio vio que Xolotl tenía el cuello hinchado, y comprendió que la inflamación de las mucosas y de la laringe le obstaculizaban la respiración. Detrás de los

párpados casi cerrados, reducidos a dos aberturas muy delgadas, los ojos se movían.

—¿Xolotl? —dijo Sergio—. ¿Nos oyes?

Los ojos se movieron débilmente y esa fue toda la respuesta.

—Hay que continuar —dijo Raúl—. Dejaremos la camilla… Yo llevaré a mi hermano a cuestas, y tú llevarás a Xolotl… ¿Te parece bien?

—Sí —dijo Sergio.

Además, no había otra solución. Ayudó a Raúl a cargarse a Marcos sobre la espalda.

—¿No soy demasiado pesado? —preguntó Marcos.

—Eres ligero como una pluma.

Sergio se volvió hacia Xolotl, tendido siempre en tierra.

—Xolotl, vamos a seguir de nuevo el río…

Xolotl hizo un movimiento con los párpados, casi imperceptible, como diciendo que había comprendido. Sergio le ayudó a levantarse y se lo cargó sobre la espalda.

—Yo paso delante —dijo Sergio— para que Xolotl vea mejor el camino.

—De acuerdo.

Al principio, marchando despacio, no lo encontró muy duro. De cuando en cuando, Sergio le preguntaba: «¿Estás bien, Xolotl?», y Xolotl le contestaba con una presión de la mano sobre su hombro. Siguieron así durante media hora, y luego Sergio comprendió, por una serie de presiones más fuertes, que Xolotl quería llamarle la atención. Se detuvo y vio que habían llegado a un sendero muy poco marcado, una simple huella entre las altas hierbas, que mostraba que los hombres pasaban a veces por allí.

—¿Es aquí, Xolotl? —preguntó Sergio.

Sí, allí era donde vieron a los dos indios, unas horas antes. Comenzaron a seguir el sendero, que se alejaba del río. La fatiga se hacía sentir cada vez más. Los dos muchachos se detenían cada vez más a menudo para descansar, pero ni uno ni otro se atrevían a dejar su carga, por miedo a no tener fuerzas para volver a tomarla… La noche, sin embargo, caía con rapidez. Llegó un momento en que, en medio de una oscuridad casi total, dejaron de ver el sendero.

—Ya no veo nada… —dijo Sergio.

Trató de encontrar el lugar donde las hierbas estaban ya aplastadas, tocando el suelo con precaución con la punta del pie, pero no tardó en comprender que no lo conseguiría. Entonces, con un gesto de abatimiento que no pudo dominar, dejó a Xolotl, lo acostó en el suelo y se sentó a su lado.

—¿Lo abandonas? —dijo Raúl.

En su voz no había ningún reproche. Él mismo había llegado al límite de sus fuerzas. Se detuvo, como Sergio, y depositó a su hermano sobre la hierba.

Sí. Sergio lo abandonaba. Echó una mirada en torno de él, en medio de la oscuridad incierta donde los raros arbustos parecían vagas manchas negras en un mundo sin alma. Comprendió que, en esa noche sin luna, no encontrarían nunca, en aquel valle inmenso y que no conocían, el pueblo improbable que le indicaron a Xolotl. Estaban bloqueados hasta la mañana. Sergio contó mentalmente las horas que los separaban del alba. Recordó la pierna hinchada de Marcos y, aguzando el oído, percibió la respiración silbante de Xolotl… Sabía que al amanecer encontrarían el sendero, pero sabía también que Marcos y Xolotl habrían muerto antes. Y Sergio sintió que dos lágrimas le caían por las mejillas, dos lágrimas que la noche ocultaba y que no intentó contener…

XV

Sergio permaneció sumido en sus pensamientos largo rato, y fue Raúl quien lo volvió a la realidad.

—Escucha, Sergio…

Se sobresaltó y prestó oído… Aquel redoble regular en la noche… No podía equivocarse. Eran…

—Tambores… —dijo Sergio en voz baja.

Su corazón latía locamente. En unos segundos, su abatimiento se había disipado. Raúl y él se levantaron de un salto, olvidándose de su fatiga, tratando de descubrir dónde estaban los tambores. Y, de repente, Raúl lanzó un grito de alegría.

—Allá abajo… Mira allá abajo.

Le mostraba un resplandor rojo en el horizonte, un resplandor tembloroso que el viento parecía disipar a veces, y otras reanimarlo, el resplandor de una gran hoguera o de un grupo de antorchas. Sergio se enloqueció de alegría al ver

esas llamas en la noche, en el momento en que lo creía todo perdido. Y de allí procedía el sonar de los tambores.

—¿A qué distancia estamos?

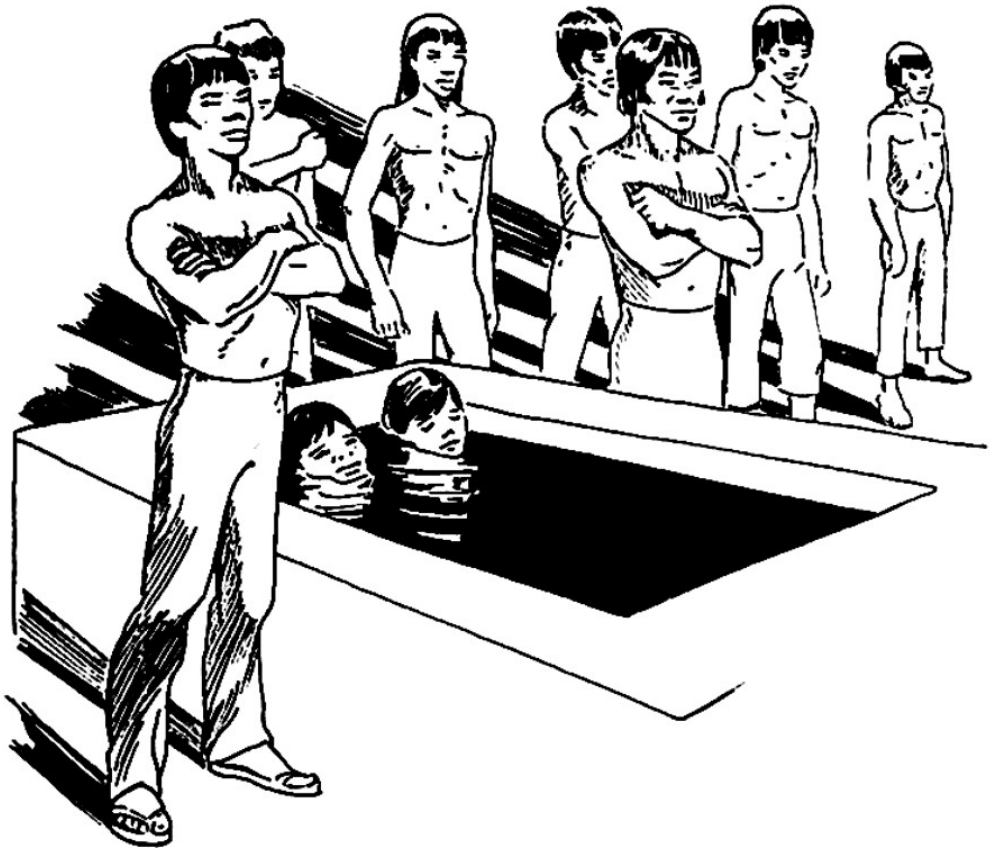
—No lo sé —le respondió Raúl—. Quizás a unos kilómetros… Podemos llegar allí en un cuarto de hora.

Necesitaron mucho más tiempo, debido a la carga que llevaban, a su cansancio y la oscuridad casi total… Después de los primeros minutos de entusiasmo, la fatiga lo había vencido de nuevo. Sergio marchaba como en una pesadilla. Le parecía que el peso de Xolotl aumentaba de minuto en minuto. A cada paso, se preguntaba si tendría fuerzas para dar el siguiente. No obstante, a medida que avanzaban, las llamas se dibujaban con más claridad y el redoblar de los tambores aumentaba, se iba haciendo tan fuerte que casi llenaba todo el valle. Sergio recorrió los últimos cien metros sin ver lo que le rodeaba, casi inconsciente, como hipnotizado por la luz de las antorchas.

Más tarde, cuando trató de acordarse de aquella noche, recordó que unos hombres habían venido hacia ellos, unos indios vestidos con pantalones blancos y con el torso desnudo. Los habían descargado de Marcos y Xolotl, y se los habían llevado. Luego, los hicieron sentarse a Raúl y a él, entre los hombres y los adolescentes, en el interior de un gran círculo formado por las antorchas. Sergio tenía a Raúl a su izquierda y un indio a su derecha… Enseguida, el indio le tendió una calabaza y un platito lleno de sal.

—Tequila… —le dijo el hombre, sonriendo.

Sergio sabía cómo había que beberla, e hizo los gestos necesarios. El indio lo miraba con benevolencia y le indicó que pasara la calabaza a Raúl. El tequila era muy fuerte, todavía más que la de los bandoleros.



Era un verdadero fuego líquido, un río incandescente en la garganta y el estómago… Luego, la sensación de quemadura se borró, y no le quedó más que un intenso calor que, bien pronto, se propagó a todo su cuerpo. Después de la fatiga de aquel día interminable, el alcohol le producía mucho efecto. En pocos minutos, Sergio se sintió más vigoroso y lúcido.

En aquel momento vio, en el centro del círculo formado por las antorchas, una gran cuba de piedra en la que no se había fijado hasta entonces. Dos indios, en pie cerca de ella, se dedicaban a desnudar a Marcos que se dejaba sin ninguna reacción, como un muñeco desarticulado. Sergio comprendió que ya no tenía fuerzas para moverse, que sin duda estaba inconsciente. Cuando estuvo completamente desnudo, los dos indios lo depositaron con suavidad en la cuba, llena hasta los bordes de un agua negra y estancada, cuidando de que su cabeza asomara para que pudiera respirar. Luego reunieron sus ropas y volvieron a ocupar su lugar en el círculo de los hombres al pie de las antorchas.

Sergio vio entonces que Xolotl había sido colocado en la misma cuba. Su cabeza asomaba apenas del agua, muy cerca de la de Marcos.

El redoble de los tambores continuaba, tan pronto sordo y tan pronto más fuerte, con un ritmo extraño y cambiante. Sergio vio que un odre daba lentamente la vuelta al círculo, pasando de mano en mano, al mismo tiempo que un cuenco de arcilla y que cada uno de ellos bebía por turno. El odre llegó al fin hasta el indio sentado al lado de Sergio. El hombre bebió, y luego llenó el cuenco antes de ofrecérselo a Sergio.

—Pulque… —dijo.

Sergio sabía lo que era el pulque, pero nunca lo había bebido. El olor era repugnante y tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su asco. Comprendió que debía beber, que en el círculo donde los habían hecho sentarse nadie podía portarse de modo distinto a los demás. Le dio las gracias al indio y bebió a grandes tragos. El gusto era raro, un poco agrio, pero no desagradable.

La noche era muy cálida, y la llama de las antorchas la hacía asfixiante. Sergio observó que los hombres y los adolescentes tenían todos el torso desnudo, y comprendió que él y Raúl debían, siempre que pudieran, comportarse igual que los indios. Le dijo a Raúl en voz baja.

—Haz como yo…

Se quitó su campera blusón y su camisa, y Raúl lo imitó sin pedirle explicaciones. Vestidos así, se parecían a los indios, excepto en la palidez de su piel. Sergio vio entonces que las mujeres y las muchachas del pueblo, vestidas todas de blanco, estaban sentadas un poco más allá, al exterior del círculo de las antorchas, en una zona menos iluminada. Estaban tan perfectamente inmóviles que no se había fijado en ellas antes.

Luego, mientras los tambores seguían tocando con sordina, los hombres y los adolescentes empezaron a entonar un cántico muy largo, de ritmo lento. Había entre ellos un muchachito cuya voz, muy hermosa y pura, se alzaba sobre las voces graves de los hombres. En la noche tranquila, aquel cántico, muy bello, daba una asombrosa impresión de poder. Duró largo rato, y luego el redoble de los tambores se reanudó con violencia.

Por segunda vez, el odre dio la vuelta al círculo y, como los demás, Sergio bebió más pulque. El olor le pareció menos fuerte y comprendió que se habituaba a él. Hubo otros cánticos y el odre circuló de nuevo. Sergio no se atrevía a rechazarlo, pero comprendió que el pulque iba a emborracharlo lentamente. En aquel momento, pensó en Marcos y Xolotl, que habían dejado en la cuba de agua negra. Nadie se ocupaba de ellos. ¿Esperaban curarlos así? ¿Había recorrido tanta distancia para morir en aquel baño de cieno? Recordó la marcha interminable, la impaciencia de Xolotl y volvió a ver su cara toda hinchada. Pobre Xolotl…

Los cánticos eran en náhuatl y Sergio no podía comprenderlos, pero escuchaba de todos modos. Había una palabra que se repetía con frecuencia y que los hombres acentuaban con más fuerza. Una palabra que Sergio reconocía, pero sin recordar dónde la había oído… Quetzalcóatl. La cantaban siempre con más lentitud, después de un corto silencio, con una especie de respeto y de espera, como si fuera una invocación. Al principio, Sergio no comprendía, pero luego recordó la frase misteriosa que Xolotl le dijo por la mañana:

«Hoy es la noche de Quetzalcóatl…. —Ahora, Sergio comprendía la frase—. Hoy es la noche de Quetzalcóatl…». Xolotl sabía, sin duda, que aquella noche habría esa ceremonia y quería llegar a tiempo. ¿Por qué?

La noche seguía siendo caliente y Sergio transpiraba. Cuando se pasaba la mano por los hombros o su torso, la

retiraba cubierta de finas gotas de sudor. Esperaba con impaciencia la llegada del odre para calmar un poco su sed, y el olor del pulque no le desagradaba ya… Raúl transpiraba tanto como él, y todos los indios estaban también brillantes de sudor y parecían estatuas vivas de bronce bajo la llama de las antorchas. A medida que avanzaba la noche, el odre circulaba con más frecuencia, como si todos tuvieran una sed devoradora.

Hubo otro cántico y el nombre de Quetzalcóatl apareció de nuevo en él. Una vez más, los indios parecían invocarlo, llamarlo con paciencia y esperar… Y Sergio recordó… Quetzalcóatl era un antiguo dios tolteca, el más poderoso de todos, la terrible Serpiente Emplumada, el dios del Viento y el Señor de la Vida. Aquella noche era una noche sin luna. Era la noche de Quetzalcóatl, y los indios lo invocaban para que curara a Xolotl y a Marcos. Cuando Sergio lo comprendió así, se sintió terriblemente decepcionado. ¿De ese modo esperaban curar a Marcos y Xolotl? Veía sus cabezas que parecían flotar en la superficie de la cuba, inmóviles y sin vida, y su corazón se oprimió al pensar que quizá habían muerto.

El odre pasó y volvió a pasar… Sergio bebía su ración de pulque con una avidez siempre mayor. Tenía cada vez más sed y, además, no quería rechazar la bebida. Una vez, Raúl vaciló y estuvo a punto de rehusar el cuenco que le tendían, pero Sergio adivinó su intención y le dijo con autoridad:

—Bebe. Debes beber…

Raúl bebió.

Poco a poco, Sergio comprendió que todo iba cambiando lentamente a su alrededor. En el círculo de las antorchas, todo asumía una extraña belleza. Los hombres y las cosas conformaban una escena de otros tiempos, una escena que podía haber tenido lugar mil años antes. Sergio sabía que había bebido demasiado pulque, y que el alcohol daba otro color a las cosas. Lo sabía, pero sentía que allí

había algo más… El olor que subía del suelo, el humo de las antorchas y el perfume de las altas hierbas que el viento traía por momentos. Había el ritmo embrujador de los tambores, un sonido regular, pesado y profundo, que hacía resonar el aire en los pechos. Y los cánticos que ascendían en la noche con una fuerza cada vez mayor, y que repetían la invocación, volvían a repetirla.

Una vez más, el odre dio la vuelta al círculo. Esta vez, Sergio comprendió que iba demasiado lejos, que el más elemental buen sentido le aconsejaba rechazarlo. Pero no quería hacerlo. Bebió, y mirando a Raúl con el rabillo del ojo, lo vio beber con la misma avidez.

En unos minutos, Sergio sintió crecer su embriaguez. Sus manos temblaban, la parte alta de su cuerpo vacilaba, y tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse derecho. Observó a Raúl y vio que sus ojos miraban delante de él, sin ver nada… Entonces, Sergio trató de respirar a fondo para dominar su turbación.

Y en aquel momento, vio… Xolotl y Marcos seguían extendidos en el agua negra, y sus cabezas seguían inmóviles, pero había otra cosa… Otra cosa extraña e impalpable que flotaba en el aire, sobre la cuba. Era un resplandor fugaz, una luminosidad ligera, casi invisible, tan débil que, al principio, Sergio creyó que era el efecto de su embriaguez… Y el tambor, que batía con más lentitud desde hacía unos minutos, se detuvo con brusquedad. En todo el círculo reinó un silencio absoluto… Sergio comprendió que había algo sobre el agua negra, una cosa a la vez irreal y muy fuerte, como un soplo nacido de la tierra, o salido de la noche…

Sergio no se atrevía a hablar, pero echó una mirada a Raúl, y vio que había caído sobre el suelo y dormía… Sergio sabía que no necesitaba ocuparse de él. Miró de nuevo el resplandor desconocido, y le pareció que era más intenso, que crecía con lentitud. El silencio se prolongaba, se hacía casi insoportable, y en todo el círculo nadie se atrevía a hacer un solo gesto. Sergio sintió que sus ojos se cerraban, pero luchó desesperadamente por mantenerlos abiertos. A pesar de su fatiga, a pesar del sueño que lo ganaba, quería ver… Ver hasta el fin…

XVI

Al despertarse al día siguiente, Sergio necesitó varios segundos para comprender dónde se encontraba. Desde hacía cinco semanas, era la primera noche que dormía en una cama y bajo un techo. La cama era muy sencilla, formada por una lona tendida entre dos travesaños de madera, pero, de todos modos, era una cama. Raúl dormía a su lado, sobre una camita parecida a la suya, y estaban solos en la pequeña habitación.

Sergio recordó que había sucumbido a la fatiga al final de la noche, que se había dormido como Raúl, a pesar de todos sus esfuerzos por mantenerse despierto. Luego, se acordó de Marcos y Xolotl. Muy inquieto, se preguntó dónde estarían… Se incorporó sobre un codo y vio que la habitación donde había dormido comunicaba con otra por una puerta entreabierta. Entonces, se levantó, pero antes de que estuviera del todo en pie, oyó andar en la habitación vecina y Xolotl apareció en el marco de la puerta. Iba vestido como de costumbre y parecía en perfecta salud. Sergio contuvo un grito de sorpresa y le miró con atención.

Sonriente, Xolotl se dejó contemplar sin decir nada. Su cara estaba absolutamente deshinchada y el asombro de Sergio lo divertía bien a las claras.

—Curado del todo… —dijo por fin en voz baja, cuando el silencio de Sergio amenazaba eternizarse.

Se veía que Xolotl estaba «curado del todo», y no era necesario precisarlo. Pero Xolotl no le decía cómo se había curado. A pesar de su sorpresa, Sergio recobró la presencia de espíritu necesaria para decirle:

—Me alegro mucho de que te hayas curado, Xolotl…

Lo miró de nuevo y agregó, al cabo de unos segundos:

—¿Y Marcos?

—Duerme aún… —dijo Xolotl en voz baja.

Le hizo señas a Sergio de que lo siguiera y pasó a la otra habitación. Marcos estaba acostado en una camita de lona y dormía todavía. Xolotl se arrodilló al pie de la cama y, con mucha suavidad, levantó la manta para mostrarle a Sergio la pierna herida. Estaba completamente deshinchada, curada del todo. No quedaba más que una minúscula costra negra donde le picó el escorpión, y una fina cicatriz blanca en el lugar donde Raúl le había cortado con su cortaplumas. Sergio se preguntó si no soñaba, si todo aquello era real…

En aquel momento hubo un ruido ligero detrás de ellos. Sergio se volvió y vio que Raúl acababa de levantarse a su vez. No pronunciaron ni una palabra. Raúl no hizo ninguna pregunta. Examinó primero la pierna de su hermano, luego su cara, y constató, sin posibilidad de error, que Marcos dormía con el sueño de un muchacho en buena salud. Luego se irguió y miró largo rato a Xolotl, siempre sin decir palabra. Sergio vio que tenía lágrimas en los ojos y sintió que la emoción lo dominaba a su vez. Raúl apretó la mano de Xolotl.

—Gracias a ti está vivo, Xolotl. Gracias por todo lo que has hecho —dijo con una voz que temblaba.

Xolotl sonrió y se contentó con responder.

—Era la noche de Quetzalcóatl…

Raúl y Sergio cambiaron una rápida mirada, y luego Sergio, que estaba cerca de una ventana, miró hacia fuera. Vio entonces la plaza del pueblo, un vasto espacio circular rodeado de una serie de casas pobres. Reconoció la gran cuba de piedra, y el círculo de los postes que tenían aún las antorchas apagadas. Era el mismo lugar, sin duda, y Sergio descubrió los detalles que recordaba, pero todo era tan distinto bajo la cálida luz del sol que casi llegó a dudar, a no saber más si en realidad había vivido aquella noche de Quetzalcóatl. Se volvió hacia Xolotl.

—Xolotl, ¿qué pasa durante la noche de Quetzalcóatl?

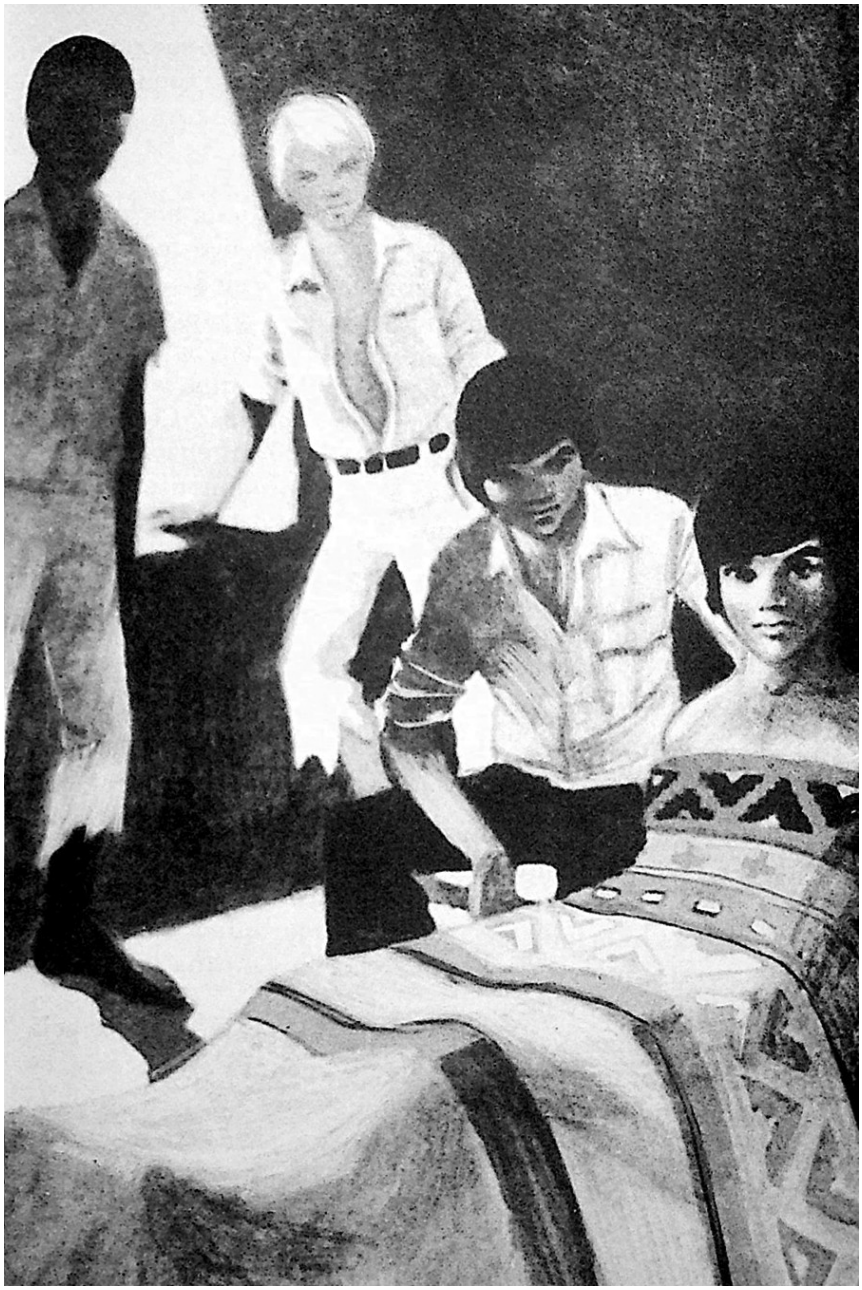
Xolotl tuvo una vacilación fugitiva.

—Yo dormía —dijo—. Y Marcos también. No hemos podido ver nada… Pero ustedes deben haberlo visto todo…

Raúl parecía turbado.

—Yo —dijo— perdí los pedales a partir de un cierto punto… Y antes de eso no vi nada…

Sergio no habló. Lo que había visto era tan poca cosa, tan incierto, tan vago, que no se atrevía a hablar de ello.



Entonces, Marcos se despertó.

—Entonces, Marcos se despertó, buscó sus ropas al pie de la cama, se levantó y se vistió. Su tobillo no le dolía ya.

—¿En absoluto? —le preguntó Raúl.

—No me duele ya…

Marcos no recordaba gran cosa de la noche.

—Cuando llegamos al pueblo —explicó— estaba todavía despierto, pero tenía los ojos medio cerrados. Todo lo que vi fueron las llamas de las antorchas, en la oscuridad, y algunas sombras alrededor. Sentí que me desnudaban y que me metían en una cuba. Me sujetaron la cabeza para que pudiera respirar. Como comprenderás yo no pedía más. Me dormí enseguida…

—¿Y después? —preguntó maquinalmente Raúl.

—¿Después? Nada más. Me desperté esta mañana y todo había terminado.

Marcos se inclinó para examinar su pierna, miró la pequeña costra negra y la cicatriz del tobillo y movió el pie varias veces.

—¿Realmente no recuerdas nada? —insistió Raúl.

—Solo el olor del agua que había en la cuba. Un olor raro, muy fuerte. Como una mezcla de hierbas y resina.

Se acercó las manos a la cara y las olfateó.

—Lo encuentro en mis manos, como si me hubiera penetrado en la piel. Si no me hubiera desnudado, mis ropas habrían conservado ese olor quizá por meses.

De nuevo, Sergio miró por la ventana y hubo un silencio muy largo.

Luego, Xolotl, que desde hacía un rato parecía como si quisiera decir algo y vacilara en hacerlo, se decidió bruscamente.

—No hay que hablar de lo que pasó esta noche. No hay que hablarle a nadie… Es importante. Deben prometerme que se callarán… Siempre…

Miró a sus tres compañeros, uno tras otro. Se veía que esperaba una respuesta y, como no la recibiera, insistió.

—Tienen que prometerlo. Tienen que hacerlo…

—¿Por qué? —preguntó Sergio.

—Porque los blancos no conocen la noche de Quetzalcóatl. Es una ceremonia muy antigua. Se remonta a millares de años, a los comienzos de nuestro pueblo… Los que no son indios no tienen derecho de asistir a ella, y ningún blanco ha sido recibido durante la noche de Quetzalcóatl… Ustedes son los únicos. Entonces, deben jurar que guardarán el secreto. Siempre…

Tenía un aire suplicante. Sergio comprendió que era algo verdaderamente importante y habló en nombre de los otros.

—No hablaremos nunca, Xolotl. Cuenta con nosotros… Te lo prometemos.

Xolotl pareció aliviado y agregó unas frases a media voz y muy rápidas. Sergio las comprendió bastante mal, porque el castellano de Xolotl no era siempre muy bueno. Iba a pedirle explicaciones, pero no pudo hacerlo. Un joven indio, de trece o catorce años, que había entrado sin ruido, se hallaba en el marco de la puerta.

—Me llamo Moctezuma —dijo—. Mi padre es el Señor del pueblo, y desea verlos.

Sergio lo reconoció al oír sus palabras. Era el muchachito cuya voz se alzaba sobre las voces graves de los hombres durante la noche de Quetzalcóatl. Tenía unos grandes ojos oscuros y no demostró ningún asombro al ver a Marcos y Xolotl completamente curados. Para él, la curación debía ser algo muy natural.

Les hizo una seña para indicarles que lo siguieran y pasó a la habitación vecina.

Era una habitación mucho más espaciosa que los dos cuartos donde habían dormido y contenía una gran mesa en la que habían preparado todo lo necesario para una comida. Un hombre estaba en pie detrás de ella y Sergio lo reconoció enseguida. Era el indio que le hizo sentarse a su lado durante la noche de Quetzalcóatl. El hombre tendría unos cuarenta años. Era robusto y de alta estatura, más

robusto y alto de lo que le pareció a Sergio durante la noche, con una cara a la vez enérgica y bondadosa. Saludó a los cuatro muchachos con unas frases amables y, cosa curiosa, se dirigió a Sergio, aunque hasta entonces todos los indios que habían encontrado se habían dirigido siempre a Xolotl. Su español era bastante duro, pero Sergio lo comprendió sin dificultad, y le respondió lo mejor que pudo. El Señor del pueblo dirigió una rápida mirada a Marcos y Xolotl pero, exactamente igual que su hijo, no se asombró de verlos curados.

Luego, los invitó a todos a sentarse en torno a la mesa, y llamó:

—¡Ixtla!…

Una voz femenina, cantarina y dulce, respondió a su llamada y, casi enseguida, entró una muchachita que llevaba una bandeja cargada de frutas. Al verla, Sergio quedó asombrado de su belleza. No tendría más de quince años y, sin duda, era la hermana de Moctezuma, porque se le parecía muchísimo. Tenía la misma forma de cara, la misma piel oscura, y los mismos ojos, muy grandes y muy negros.

Sergio adivinó enseguida que debía ser de una raza muy pura y, durante toda la comida, no pudo dejar de mirarla con frecuencia.

El Señor del pueblo no le hizo ninguna pregunta porque las leyes de la hospitalidad se lo impedían, pero Sergio le contó brevemente su aventura. Por su parte, Xolotl no intentó hablar. Él, que habitualmente se hallaba siempre tan cómodo, se callaba aquel día y parecía como si tratara de que olvidaran su presencia. Y cuando miraba al Señor del pueblo, su cara expresaba una mezcla curiosa de temor y respeto. Sí. La actitud de Xolotl era extraña…

Después de la comida, el hombre le dijo a Sergio:

—Si lo deseáis, podéis quedaros con nosotros y vivir en el pueblo todo el tiempo que os guste. Nada os obliga a partir. El valle es hermoso, el clima suave. Los mangles y los sasafrases florecen aquí como en otros lugares. Seréis de los nuestros todo el tiempo que os plazca, y para siempre, si lo queréis… Y si queréis vuestro viaje, también podéis hacerlo…

Sergio comprendió que no eran palabras de pura cortesía, sino que el ofrecimiento era sincero. Había una atmósfera tal de felicidad y paz en aquella casa, y el valle que rodeaba el pueblo era tan hermoso que Sergio se sintió tentado de aceptar. Durante unos instantes vaciló verdaderamente, y luego comprendió que era imposible y buscó, para rehusar, las palabras que hirieran menos a su anfitrión.

—Cada uno debe seguir el sendero trazado para él, y cada uno debe ir adonde quiere ir —dijo el hombre con benevolencia—. Si elegís el marcharos, os daremos víveres para tres días, y esto…

Tomó de la mesa dos amuletos de piedra negra, finamente tallados. Cada uno de ellos estaba montado en una cadenita de plata, que permitía ponérselo al cuello. Durante unos segundos, los mantuvo a la altura de sus ojos, como si quisiera hacerle ver la talla que tenían, y los cuatro muchachos reconocieron la efigie de Quetzalcóatl. Enseguida, pasó uno por el cuello de Xolotl, quien le dio las gracias en voz baja, en náhuatl… Luego, se volvió hacia los otros tres, mostrándoles el otro amuleto.

—Este objeto es sagrado para nosotros —dijo con lentitud—. Las leyes de nuestros antepasados nos prohíben darlo a quien no sea indio. Si transgrediera esas leyes, cometería un gran crimen…

Se calló unos instantes y luego miró a Sergio a la cara.

—Tú —dijo— salvaste a uno de los nuestros… Xolotl no era de tu raza, y lo llevaste sobre tus espaldas como si fuera tu hermano. Le diste tu sudor y tu fatiga para traerlo aquí. Si vive, es gracias a ti. Y como has hecho eso, te convertiste en indio y te trataremos como a un hermano. A

partir de este instante, tendrás un nombre indio. Te llamarás Acuitzio. Y podré darte este objeto sagrado sin desobedecer a nuestras leyes.

Pasó el amuleto por el cuello de Sergio quien, paralizado por la sorpresa y la emoción, apenas si encontró palabras para agradecérselo. En aquel momento, Sergio comprendió por qué el Señor del pueblo le había hecho sentar a su lado durante la noche de Quetzalcóatl, y por qué le hablaba más que a los demás. Hubo unos instantes de silencio y Sergio bajó los ojos. Cuando los alzó de nuevo, se encontró con la maravillosa mirada de Ixtla. Ella vio su emoción y le sonrió. Entonces, a partir de ese momento, todo pasó para él como en un sueño con una rapidez increíble. Les dieron los víveres que les habían prometido, les desearon un buen viaje y los condujeron hasta los límites del pueblo.

Aquel día, Sergio fue el último en marchar, y miró con frecuencia hacia atrás. Cada vez que se volvía, veía a unos indios que les hacían señales de adiós y en el pequeño grupo a Ixtla. Llegó un momento en que el sendero doblaba y Sergio comprendió que iba a dejar de ver el pueblo, y que nunca volvería a él. Entonces, se detuvo para fijar en su recuerdo una última visión que jamás olvidaría. Durante un largo minuto saboreó la paz del inmenso valle y admiró su asombrosa belleza… Luego, después de un gran ademán de adiós hacia el pueblo, se volvió bruscamente y apretó el paso para reunirse con sus compañeros.

XVII

Continuaron su larga marcha a través de la Sierra Madre, bajando despacio hacia el sudeste. Durante los primeros días fueron muy prudentes, porque esperaban, más o menos, encontrarse con los bandoleros. Luego, ante la lejanía y la inmensidad de la montaña, sus temores fueron disminuyendo poco a poco.

Pasaron así algunos días, sin historia. Luego, una noche, después de la cena, Raúl se apartó un poco con Sergio como lo hacía a menudo cuando quería hablarle a solas. Sergio, que comenzaba a habituarse, se dejó llevar con una semisonrisa.

—¿Vas a hablarme de Xolotl, sin duda? —le preguntó cuando estuvieron a buena distancia.

—Evidentemente —dijo Raúl—. Y me asombra que no me hables tú mismo después de lo que ha pasado. ¿Tenías

hoy acaso los ojos en el bolsillo?

Sergio buscó en su memoria. El día había sido normal y no encontró nada. Miró interrogante a Raúl.

—¡Vamos! —exclamó Raúl—. ¿No te fijaste en que Xolotl se bañó hoy con nosotros? ¿No te extrañó?

Sergio no le contestó enseguida. La observación de Raúl estaba justificada. Cada vez que encontraba un río o un arroyo, aprovechaban para bañarse y Xolotl se alejaba discretamente sin dar explicaciones. Los otros tres habían comprendido que prefería bañarse solo, y se habían acostumbrado a verlo desaparecer así, y reaparecer más tarde, con el mismo aire tranquilo de siempre. Y aquel día, por la primera vez, Xolotl se había quedado y se había desnudado al mismo tiempo que ellos, sin explicar por qué renunciaba a sus antiguas costumbres.

—Es cierto —reconoció Sergio—. ¿Y qué? ¿Tiene eso importancia?

—¡Vaya, vaya! En otros tiempos eras más curioso. ¿No recuerdas lo que nos contó el cuarto día que viajábamos con él? Que sus padres habían muerto y que le pegaban todos los días. Que le daban patadas y latigazos. Nos dijo que tenía las marcas de los golpes en la espalda, pero nunca nos las enseñó. ¿No te acuerdas?

—Sí —dijo Sergio—. Me acuerdo. ¿Y qué?

—¿Y qué? Muy sencillo. Lo miré cuando se bañaba. No tiene ninguna señal en la espalda. Eso es todo…

Sergio reflexionó, calculó mentalmente y vaciló antes de responder.

—Hace más de un mes que pasó eso —dijo por fin—. Las huellas de los golpes pueden borrarse.

—Es posible —reconoció Raúl—. Pero yo no creo en esa historia de golpes. Entiéndeme bien. Tengo cariño a Xolotl. Arriesgó su vida por salvar a Marcos, y no lo olvidaré jamás… Pero es un mentiroso… Y él es quien nos guía. ¿Adónde nos lleva? ¿Tú crees en la existencia de su tío de Uruapan? Yo, cuando veo cómo miente, ya no creo en él…

—No lo sé —le contestó Sergio con calma—. Quizás tiene secretos, pero está en su derecho.

Raúl vaciló un poco y luego dijo.

—Escúchame, Sergio. Escucha bien. Si seguimos hasta Uruapan lo lamentaremos. Retén bien lo que digo. Cuando lleguemos allí, no habrá tío alguno. Y vamos a poner bastante mala cara en ese momento. Ya lo verás.

—¿Qué quieres que hagamos, si no?

—No hay más que una solución. Tenemos que ir a la ciudad de México y buscar la embajada de Francia. Allí es adonde hay que ir y no a otra parte. Allí no nos costará trabajo probar que somos franceses. Si hacemos eso, no nos sucederá nada.

Sergio reflexionó un instante.

—No —dijo—. Yo tengo confianza. Continúo hasta Uruapan.

Raúl no le respondió enseguida. Se sentó en un tronco de árbol derribado por una tormenta y que nadie había apartado del camino. Parecía un poco decepcionado y miró largamente a Sergio. El sol estaba muy cerca del horizonte, pero su luz era todavía fuerte. Raúl vaciló largo rato y luego se decidió.

—No eres el mismo, Sergio. Desde hace unos días estás muy raro. Cambias. Te quedas largo tiempo sin hablar, con la mirada vaga. Sueñas, no sé con qué… Y para ti, todo lo que hace Xolotl está bien hecho. ¿Sabes algo? Yo diría que te estás volviendo indio, que empiezas a pensar como ellos.

Sergio se estremeció. Era cierto lo que acababa de decir Raúl. Desde que recibió el nombre indio, desde que llevaba el amuleto de Quetzalcóatl, se sentía distinto de Raúl y Marcos, como si en realidad se hubiera vuelto un poco indio.

—Se diría que no te molesta quedarte aquí —continuó Raúl—. Es como si tuvieras una razón para quedarte, como si en realidad no te quisieras ir… Dime, Sergio… ¿No te habrás enamorado de Ixtla, por casualidad? Eso no es asunto mío, desde luego, pero me lo pregunto.

Hasta entonces, Sergio había permanecido en pie. Vaciló y fue a sentarse en el tronco del árbol, cerca de Raúl.

—No —dijo—. No lo creo… No es tanto en ella en quien pienso, sino en todo lo que pasó allí…

Trató de explicarle lo que había sentido aquella mañana, al enterarse de que Marcos y Xolotl se habían salvado. Recordaba la extraordinaria impresión de felicidad y paz que reinaba en la casa, y su vacilación cuando le propusieron quedarse en el pueblo. Y, sobre todo, recordaba la última mirada que dirigió al volver el camino, y se acordaba de lo

hermoso que le pareció el valle en aquel minuto, cuando lo veía por última vez… Trató de explicarle todo eso a Raúl, quien lo escuchó sin interrumpirlo y por fin le dijo:

—En el fondo, si te hubieras enamorado de Ixtla, no habría tenido nada de asombroso… Es linda de veras…

—Tiene unos ojos muy hermosos —dijo Sergio—. Unos ojos fantásticos… No vi nunca unos ojos iguales. Nunca…

Hubo un silencio largo, muy largo. Sergio había recogido un pedazo de sílex y se entretenía tallando el tronco del árbol en que estaban sentados. Luego, como si el juego hubiera dejado de agradarle, habló de nuevo.

—Eso no es todo… Hay otra cosa que me asombró allí. ¿Te fijaste cómo se llamaba el muchacho?

—Moctezuma.

—Sí, Moctezuma —dijo Sergio—. ¿No te dice nada ese nombre?

Raúl buscó en su memoria y no encontró nada.

—Es muy sencillo —dijo Sergio—. Es el nombre del último emperador azteca. Moctezuma II, el que venció Cortés.

—Ya… Ahora recuerdo… ¿Y qué?

—Entonces —dijo Sergio— que no tendría nada de asombroso que ese muchacho fuera uno de los descendientes de Moctezuma II.

Raúl miró a Sergio con ojos vagamente inquietos.

—¿No te habrás dado un golpe en la cabeza, por casualidad?

—No —dijo Sergio—. No me di ningún golpe en la cabeza, pero he reflexionado. Hay toda una serie de detalles que me llamaron la atención. Pequeños detalles sin importancia. Pero cuando se los reúne, forman un conjunto impresionante. Escúchame bien. Para comenzar, ¿miraste

bien al muchacho y a su hermana? ¿Y al padre? Son indios de raza pura… ¿No es cierto?

—De acuerdo. Pero hay millones de indios que son, como ellos, de raza pura. Eso no quiere decir nada.

—¡Un minuto! —protestó Sergio—. No he terminado. ¿Miraste bien al Señor del pueblo? No era un labrador cualquiera. Tenía un aspecto majestuoso… Parecía un jefe. ¿No es cierto?

—Sí, pero…

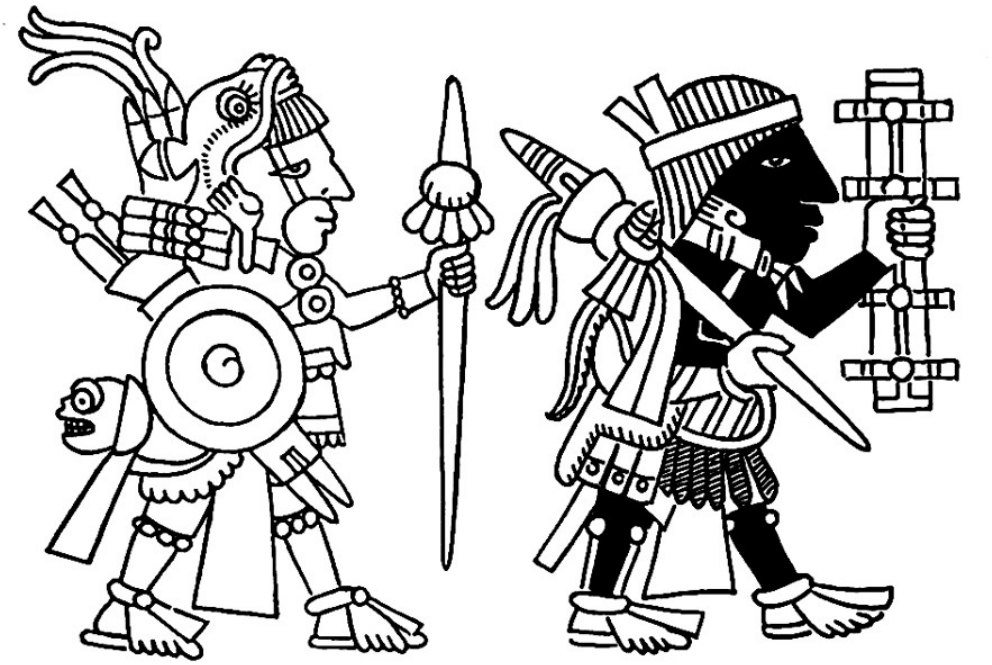
—No he terminado. ¿Miraste de cerca lo que me regaló? La medalla que representa a Quetzalcóatl. Es de obsidiana y eso tiene mucho valor.

—Sabes —le interrumpió Raúl— que la obsidiana no es tan rara como…

—Ya lo sé. ¿Pero te fijaste en la escultura? El que talló eso era un gran artista, y te aseguro que se trata de algo verdaderamente de valor… Si el Señor del pueblo fuera un tipo cualquiera, no me habría hecho un regalo así.

Interesado a pesar suyo y algo menos incrédulo, Raúl se inclinó para examinar el amuleto de Quetzalcóatl. Era cierto. La escultura era de una belleza y una finura extraordinarias.

—Eso no es todo —continuó Sergio—. El nombre del muchacho. Para ellos, Moctezuma es un nombre sagrado. Moctezuma II murió como un héroe. Dejó tras él una leyenda formidable. No le habrían puesto su nombre a cualquiera. Puedes creerme.



Raúl no le contestó. Se sentía aturdido, no sabía muy bien qué pensar.

—Reflexiona un poco —le dijo Sergio—. Piensa en todo eso… El último emperador dejó descendientes. Tuvieron que alejarse de los blancos, casarse entre indios para conservar la pureza de la raza, mantener en secreto los antiguos dioses mexicanos. Los emperadores aztecas tenían tesoros fabulosos y Cortés no los encontró jamás. Jamás… Debieron llevárselos a algún rincón de la Sierra Madre, y conservar intacto aquel trozo de imperio, con todas sus costumbres y todas sus tradiciones.

Sergio había logrado reunir muchos detalles pequeños, insignificantes en apariencia, y los presentaba de un modo vivo, con convicción, construyendo con ellos una historia aceptable. Raúl comenzaba a convencerse poco a poco.

—Todavía no he terminado —agregó Sergio—. Estoy casi seguro de que Xolotl sabe todo eso y no quiere hablar. El día del escorpión no marchaba al azar. Sabía lo que buscaba… Los indios tienen leyendas y tradiciones que quieren guardar secretas. Cuando hablan entre ellos, en náhuatl, nosotros no comprendemos nada, desde luego…

Recuerda cómo insistió Xolotl, después de la noche de Quetzalcóatl, para que le prometiéramos no revelar nada… ¿Notaste cómo miraba al Señor del pueblo?

Sí, Raúl lo había notado. Aquel día, Xolotl tenía una expresión que no vieron nunca antes en él. Había en sus ojos, en toda su actitud, temor o respeto, casi veneración.

—Puedes estar seguro —continuó Sergio— de que el Señor del pueblo no es un indio como los demás… Y también puedes estarlo de que Xolotl lo sabía muy bien. Entonces, ¿me crees ahora?

—Mmmmmm… Puede ser…

* * *

El día siguiente, por la noche, acamparon en un valle desierto y, una vez más, el peligro pasó muy cerca de ellos en el momento en que menos lo esperaban… Xolotl, arrodillado en la hierba, preparaba el fuego, y Sergio elegía unas ramas secas a su lado. Raúl y Marcos se habían ido en busca de mangles silvestres, a unos doscientos o trescientos metros de allí. Todo sucedió muy rápidamente. Sergio notó un temblor entre la hierba, muy cerca de Xolotl y, enseguida, vio una serpiente que se alzaba, pronta a morder. Sin tomarse el tiempo de reflexionar, Sergio agarró una piedra que tenía a su alcance y la golpeó con todas sus fuerzas. Su primer golpe no acertó, y sintió que el dorso de su mano rozaba la cabeza de la serpiente. Con un estremecimiento de asco, le asentó un segundo golpe y, esta vez, consiguió su fin.

Acostumbrado a reaccionar con rapidez, Xolotl se había levantado de un salto, pero todo había terminado ya. La serpiente tenía la cabeza aplastada y había muerto… Sergio retrocedió un poco. Había actuado tan rápidamente que no había tenido tiempo de asustarse. Ahora que el peligro había pasado, se sintió temblar, con un temblor nervioso imposible de dominar, al mismo tiempo que todo su cuerpo

se cubría de sudor. En cuanto a Xolotl, después de un minuto de inmovilidad, se apoderó de la piedra que Sergio empuñaba aún, y empezó a golpear a la serpiente muerta, a aplastarle la cabeza con una especie de rabia. Estaba verdaderamente exaltado, y su cara tenía una expresión furiosa, casi salvaje. Todo no doró más que unos segundos, y no se detuvo hasta que en el suelo no hubo más que una masa sangrienta. Sergio no daba crédito a lo que veía. Xolotl no se le había mostrado nunca bajo ese aspecto. Era como una oleada de ferocidad, de increíble salvajismo, que lo arrastró a pesar suyo durante esos segundos. Y cuando terminó de golpear, seguía teniendo la cara crispada. Miraba los restos de la serpiente con una expresión de odio terrible, y Sergio, consternado, no sabía qué decir. Luego, poco a poco, la máscara de crueldad se borró, y la cara del joven indio recobró el aspecto dulce y tranquilo de siempre. Entonces, para salir de aquel silencio que se le hacía insoportable, Sergio le preguntó:

—¿Qué clase de serpiente era?

Xolotl no le contestó enseguida. Miraba siempre la masa sangrienta que tenía a sus pies. Al cabo de unos instantes, le dijo:

—Un crótalo.

Entonces, volvió los ojos hacia Sergio, y se quedó uno o dos segundos sin hablar, con una mirada que lo decía todo. Luego, a media voz:

—Gracias, Acuitzio…

Y Sergio comprendió que era la más hermosa señal de reconocimiento que Xolotl podía darle.

XVIII

A medida que avanzaban hacia el sur, el calor de la tarde y de la noche se iba haciendo más húmedo y pesado. Al mismo tiempo, el bosque se modificaba con lentitud, sobre todo en los valles bajos, y se transformaba, poco a poco, en un bosque tropical.

Raúl se guardó para él sus dudas e inquietudes. Había comprendido, de una vez por todas, que Sergio no abandonaría a Xolotl, y que toda discusión era inútil. No obstante, una vez, le hizo algunas preguntas al joven indio acerca de su misterioso tío de Uruapan. Xolotl no se extrañó del interrogatorio y contestó sin vacilar. Más o menos tranquilizado, Raúl no volvió a insistir ni abordó más el tema.

Pasaron así dos semanas. Luego, cuando se encontraban a la altura del lago de Chapala, y vacilaban acerca del camino que debían tomar, se encontraron con un viejo que subía hacia el norte a lomos de una mula. No era un mexicano, como pensaron al principio, al verlo. Era un arqueólogo

holandés que terminaba un viaje de estudios con muy escasos recursos, y que conocía perfectamente la región. Les indicó el camino que más les convenía.

—Bordear el lago por el sur —les aconsejó—. Entre Sahuayo y Tixapan hay una antigua ciudad tolteca, invadida por el bosque desde hace quinientos años. Se trabaja en ella desde hace unos meses y se han descubierto algunos monumentos. Hay cosas magníficas que ver. Está a unos cinco o seis kilómetros al sur de la ruta. No es un desvío para vosotros. No dejéis de verla.

El viejo hablaba con entusiasmo, y era evidente que había admirado mucho las ruinas. La descripción que hacía era en realidad tentadora.

—No estamos más que a tres o cuatro días de Uruapan —dijo Raúl—. Podemos muy bien permitirnos un pequeño desvío para ir a ver eso… ¿Están de acuerdo conmigo?

—De acuerdo.

En realidad, el esplendor de la ciudad justificaba el haberse desviado. La ciudad tolteca era inmensa, y la mayoría de sus edificios se hallaban aún presos del bosque. Los cuatro muchachos pasaron la mayor parte de la tarde recorriendo sus calles. Por todas partes, los techos se habían derrumbado, el musgo había invadido las piedras, los árboles habían derribado los muros, y sus raíces habían levantado las losas o las habían hendido. La ciudad estaba verdaderamente ahogada, tragada por el bosque. Raúl era el primero, más sensible que sus compañeros a la terrible belleza de aquella ciudad muerta y, con frecuencia, miraba largo rato este o aquel detalle, separándose pesaroso de ellos.

Así fue como se detuvo, dejando que los otros lo alcanzaran, delante de un bajorrelieve que el azar había conservado perfectamente y que tenía un extraño dibujo.

Representaba a dos adolescentes, en pie, el uno al lado del otro.

—¡Qué extraño! —dijo a media voz Raúl—. Cuando se los mira de cerca se tiene la impresión de que cada uno de ellos ha puesto el brazo sobre el hombro del otro. Y cuando se mira mejor, se ve que los brazos están pegados el uno con el otro, como si los dos personajes no tuvieran más que tres brazos para los dos.

—Eso no es todo —exclamó Sergio—. Hay algo más. Las dos figuras son idénticas.

Era cierto. El escultor había logrado un parecido asombroso, y las dos caras eran exactamente las mismas. Además, había debajo de las dos figuras una inscripción en caracteres extraños, que Raúl examinó largo tiempo. En cuanto a Sergio, no encontraba mucho interés en aquella extraña escultura y dejó de mirarla muy pronto. Sus ojos se fijaron en aquel momento en Xolotl y comprendió que algo pasaba. Xolotl contemplaba también el bajorrelieve, pero con ojos completamente distintos de los de Raúl. No era la mirada de alguien que trata de comprender, sino más bien la mirada del que encuentra una imagen olvidada desde hacía mucho tiempo, una imagen cuyo sentido conocía muy bien, y que quizás tenía para él un significado terrible. Sergio adivinó que aquella escultura extraña tenía alguna relación con lo que habían llamado el «problema Xolotl», con el secreto que se ocultaba detrás de las mentiras del joven indio. Sergio recordó cómo le habían exasperado sus mentiras, los primeros días. Por fin, había comprendido que no tenía derecho a hacerle preguntas, y resolvió no hacérselas más. ¿Y si Xolotl no hablaba nunca? Bueno, tanto peor… Guardaría su secreto, eso sería todo.

* * *

Aquella noche, se detuvieron en una escarpadura rocosa, una gran plataforma natural que dominaba el valle, sobre las

ruinas de la ciudad olvidada. La cena fue bastante triste. Sergio pensaba en el bajorrelieve misterioso, pero no quería hablar de él y Xolotl no abría la boca. Raúl y Marcos dijeron dos o tres frases que quedaron sin respuesta, y no insistieron más. Aquel día, de común acuerdo, se acostaron pronto.

Sergio se despertó a medianoche y, enseguida, tuvo la certeza de que ocurría algo anormal. Hizo un movimiento, y descubrió que estaba solo bajo el sarape. Xolotl había logrado salir de él sin despertarlo, y ya no estaba allí. Sergio se incorporó sobre un codo y miró a su alrededor. Gracias a la luz de la luna, pudo ver con facilidad a Raúl y Marcos, que dormían a pocos metros de allí. De Xolotl, ni rastros… Sergio se levantó sin ruido. No había ningún motivo para inquietarse, pero sintió que la ausencia de Xolotl no era normal. Allá abajo vio las ruinas de la ciudad iluminadas por la luna llena, y adivinó que Xolotl había bajado al valle. ¿Por qué?… ¿Y si necesitaba ayuda?… Sergio reflexionó y luego se alejó con rapidez, teniendo cuidado de no despertar a Raúl y Marcos.

Sergio adivinaba que Xolotl había querido volver a ver la escultura misteriosa, y por eso no se sorprendió al encontrarlo exactamente en aquel lugar. Xolotl estaba de pie, frente al bajorrelieve, y lo miraba con fijeza, como lo había mirado por la tarde. No se dio cuenta de la presencia de Sergio hasta que este estuvo muy cerca de él, y en ese momento, se estremeció… Y Sergio vio que lloraba…

—¿Eres tú, Acuitzio? —preguntó con dulzura Xolotl.

Por esas palabras, Sergio comprendió que Xolotl aceptaba su presencia, y que no le enojaba que lo hubiera seguido.

—Sí, soy yo.

No dijo nada más. Hubo unos instantes de silencio y Sergio adivinó que el joven indio, después de haberse

callado durante tanto tiempo, iba a hablar.

—¿Ves eso? —le dijo al fin Xolotl—. Es un antiguo dios tolteca. El que protege a los gemelos…

Le explicó extensamente que no se trataba de cualquier clase de gemelos, sino solo de ciertos de ellos. Sus frases eran bastante confusas, pero Sergio logró comprenderlas. Xolotl quería hablar de los verdaderos gemelos, de los que se parecen de tal modo que siempre se los confunde. Sergio sabía que los verdaderos gemelos eran muy raros.

—A esos gemelos —prosiguió Xolotl— se les da el nombre del dios que los protege… Se los llama siempre Xolotl…

—¿A los dos?

—Sí. A los dos.

—Entonces, si se llama a uno… ¿no se sabe nunca cuál va a venir?

—No importa, porque los dos son los mismos.

A Sergio le pareció asombrosa la respuesta, pero al cabo de unos instantes de reflexión, la encontró absolutamente lógica. Luego, comprendió que allí había un drama. Si Xolotl llevaba un nombre reservado a los gemelos, no tendría que haber sido solo. Faltaba un Xolotl. Sergio comprendió también que el joven indio había dicho ya demasiado para no ir hasta el final. En efecto, casi enseguida, Xolotl prosiguió:

—Mi hermano fue mordido por un crótalo. —Se sentía que esta vez decía la verdad. Su voz tembló, pero consiguió dominarse y terminó su frase—… una semana antes de su llegada.

Sergio recordó entonces lo que había pasado quince días atrás, cuando mató al crótalo que se disponía a morder a Xolotl. Recordó cómo Xolotl se encarnizó con la serpiente

muerta, con un furor salvaje que no había comprendido. Ahora, Sergio comprendía ese furor…

—Yo no estaba con él cuando pasó —continuó Xolotl —. No sé cómo pasó… Creo que se cayó, en el bosque. Sin duda la caída lo aturdió, y fue entonces cuando lo mordió el crótalo. En el lugar más peligroso, en el cuello…

Le mostró el lugar de la mordedura en su propio cuello, cerca de la carótida.

—Cuando lo encontré —dijo Xolotl— todo había terminado ya… Me hizo tanto daño como si fuera yo el que moría…

—Comprendo lo que has debido sufrir… —dijo Sergio en voz baja.

Xolotl vaciló un poco y luego habló.

—No. No lo puedes comprender.

—¿Por qué? —le preguntó Sergio.

Xolotl vaciló aún, miró en torno de él con inquietud, como si temiera que hubiera alguien cerca de ellos y pudiera oír lo que iba a decir…

—Escucha, Acuitzio… ¿Sabes lo que es el tonal?

—No —dijo Sergio.

—Ya ves cómo no lo puedes comprender. El tonal es una sombra que te protege. Es la sombra que se ve en el suelo, pero también es otra cosa. El tonal te sigue a todas partes. Flota en el aire, muy cerca de ti. Cuando te tiras al agua, se queda en la superficie y aguarda a que salgas.

Sergio escuchaba fascinado por lo que oía. Un mes atrás, las leyendas indias lo dejaban indiferente, pero desde la noche de Quetzalcóatl había descubierto que formaban un universo misterioso y apasionante.

—Durante el día no oyes nunca a tu tonal —prosiguió Xolotl—, porque su voz es demasiado débil. Pero por la

noche, cuando te acuestas, tu tonal se tiende en tierra a tu lado, pegado a ti. Cuando te duermes, entra en el suelo y se desliza debajo de ti para tener calor. Y durante los minutos que esperas el sueño, si la noche es verdaderamente negra, si no hay ruido por ninguna parte, si no hay siquiera una respiración, si ni siquiera sopla el viento en torno a ti, tu tonal te hablará. ¿Comprendes ahora lo que es el tonal?

—Sí…

Sergio flotaba en pleno sueño. Escuchaba a Xolotl dispuesto a aceptarlo todo. Nada era imposible ya.

—Con los gemelos no pasa lo mismo —continuó Xolotl con una voz más segura—. Cada uno de los hermanos es el tonal del otro. Cada uno de nosotros sabe siempre dónde está su tonal, lo conoce, lo ve, lo toca, lo oye, le habla… Sabe que está siempre allí, muy cerca de él, para ayudarlo y protegerlo…

—Comprendo —dijo Sergio.

Sergio había oído contar, como todo el mundo, historias acerca de gemelos idénticos. Sabía que los gemelos auténticos están casi siempre unidos por un gran afecto. Sabía que viven juntos, que actúan juntos, que piensan siempre de la misma manera y que rara vez se separan el uno del otro. Ahora comprendía el símbolo de las dos bandas rojas paralelas sobre los sarapes, las dos bandas que representaban los dos destinos idénticos que transcurrían juntos.

—Pero —prosiguió Xolotl— si uno de los dos hermanos muere, eso es algo verdaderamente terrible para el otro… Tal vez yo tuve la culpa de que muriera. Hice mal dejándolo irse, aquel día. Si hubiera estado con él habría podido matar al crótalo y chupar la herida. Tal vez lo habría salvado… No puedes saber lo que es, Acuitzio, encontrarse solo de repente, y para siempre. Se sabe que todo ha terminado, que él ha muerto, que no volverá jamás, pero no se acostumbra uno a ello. Es terrible, no sabes lo que he llorado las primeras noches, cuando me despertaba y no lo encontraba a mi lado. Todavía ahora me olvido a veces de que ha muerto, y me vuelvo hacia él para hablarlo…

Xolotl se calló, y Sergio comprendió ahora lo que había pasado la noche que Xolotl lo despertó llamándolo Xolotl, cuando pareció sorprenderse al reconocerlo… Sí, Sergio lo comprendía todo. Por fin conocía el secreto que Xolotl llevaba con él, pero nunca pensó que pudiera ser tan sencillo y tan trágico. Sergio sentía la garganta apretada, de tal modo que no podía decir una sola palabra. No se atrevía a levantar los ojos hacia Xolotl. Sabía que estaban solos en aquella ciudad olvidada, en aquella ciudad que no había cambiado desde hacía quinientos años. Pero el relato de Xolotl había sido tan convincente, tan real, que Sergio sentía la impresión de una presencia muy cercana. Durante unos segundos terribles, no se atrevió a volver la cabeza, por miedo a ver otro Xolotl, en pie junto al Xolotl que conocía. Luego se dominó, y halló el valor necesario para volver la cabeza y

mirar… No había nadie más que Xolotl… Entonces, el joven indio vaciló una vez más y dijo:

—Y además de eso, he perdido mi tonal. Ya no está a mi lado, para protegerme…

Sergio comprendió solo con eso. Sabía que hay cosas que no se dicen y adivinó que Xolotl no hablaría más… Para los indios, nadie podía vivir sin su tonal, y el que había perdido su tonal podía esperar la muerte de un momento a otro. Sergio adivinó que Xolotl no pensaba más que en eso, que la idea no lo abandonaba, que tenía un miedo atroz, pero que no lo confesaría. Para huir de ese miedo había dejado su pueblo. El verdadero secreto de Xolotl era ese miedo. Y el miedo es un secreto que un hombre no confiesa jamás. Xolotl no diría nada más. Sergio comprendió que, sobre todo, necesitaba ser reconfortado, animado.

—Xolotl —le dijo— no tienes que temer nada. Yo no te abandonaré. Haré todo lo que haga falta por ti… Te ayudaré todo lo que pueda…

De nuevo hubo un largo silencio. Sergio habría querido decir más, pero no encontraba las palabras necesarias. Y por fin, Xolotl agregó, con una voz vacilante:

—Todavía tengo algo que decirte… Mi tío de Uruapan…

Se detuvo, y entonces Sergio dijo, con voz muy baja y dulce, casi seguro de la respuesta que iba a recibir.

—¿Si, Xolotl…?

Y Xolotl se decidió:

—No tengo ningún tío en Uruapan…

XIX

Aquella tarde se habían detenido cerca de un campo de maíz para pasar la noche. Era su última noche al aire libre, la última de su largo viaje. En el horizonte, se veían las colinas de Chapultepec, y sabían que, dentro de una hora, cuando fuera ya noche cerrada, verían, más allá de esas colinas, un gran resplandor azulado, el reflejo de todas las luces de la ciudad de México. Raúl había enviado a Marcos y Xolotl a buscar agua a la finca más próxima, y Sergio comprendió que Raúl quería, por última vez, hablar a solas con él. En cuanto los otros se hubieron alejado lo suficiente, Raúl inició la discusión.

—¿Y bien, Sergio? Mañana estaremos en la ciudad de México y todos nuestros problemas habrán terminado… Yo, no te lo oculto, me alegro de que así sea. Pero a ti no parece gustarte… Desde hace dos o tres días, tienes un aspecto muy raro. Hoy no abriste la boca en todo el día. ¿Qué te pasa?

Sergio esperaba esa pregunta, y hasta había creído que Raúl se la haría antes. Por lo tanto estaba preparado, y había reflexionado acerca de lo que debía responderle, pero no

había encontrado más que una respuesta posible. Simplemente, decir las cosas como eran.

—Lo que me pasa es que no tengo ganas de ir mañana a la ciudad de México. No tengo ganas de irme de aquí, eso es todo…

Raúl no se asombró de su respuesta.

—Me esperaba, más o menos, algo así —le contestó—. ¿Tienes miedo de encontrarte con los mismos inconvenientes que en San Lucas?

—No. No es eso… —dijo Sergio.

Se calló, visiblemente embarazado. Luego, al cabo de unos instantes, se decidió a hablar, vacilante, buscando las palabras.

—Hace algunas semanas, me dijiste que me estaba convirtiendo en un indio… ¿Te acuerdas? Era la noche que nos sentamos en un tronco de árbol derribado por la tormenta. Me dijiste que empezaba a pensar como ellos…

—Lo recuerdo —dijo Raúl.

—Pues bien, es cierto. Tenías razón… Empiezo a pensar como ellos… Y no tengo ganas de irme de aquí… Me parecen muy bellos estos bosques y estas montañas… Y la vida que llevamos durante estos dos meses, la libertad que tuvimos… ¿No era algo formidable? ¿No?

—Te olvidas de que estuvimos a punto de morirnos de hambre en el desierto de Sonora. Olvidamos que estuvimos en la cárcel en San Lucas. Olvidamos que podían habernos detenido en Culiacán. Te olvidas de que nos perdimos en los pantanos de Conitaca. Te olvidas de los mosquitos, de las sanguijuelas, del escorpión y del crótalo…

—Sí —reconoció Sergio—. Olvidaba todo eso… No pensaba en ello. No me quedan más que los recuerdos hermosos…

Vaciló un poco, preguntándose si lograría hacer comprender a Raúl lo que sentía.

—Al principio —dijo— no me gustaba mucho esta vida. La noche que dormimos en el barro me disgustó de veras. No es agradable que te despierte el frío por la mañana, desde luego… Luego, me habitué. Uno se endurece pronto, ¿sabes?… Se habitúa a muchas cosas, a tener un poco de hambre, un poco de frío, un poco de calor… Pero lo mejor de todo es la libertad, y eso es algo formidable… Por la mañana no se sabe dónde se dormirá por la noche. Cada día se ve algo nuevo, imprevisto… Se caza o se pesca, y se prepara enseguida la comida sobre unas brasas. Después, se trabaja uno o dos días en una finca, al azar de lo que uno encuentra. Es la aventura y yo lo encuentro maravilloso… Dime, ¿no te sentías feliz durante esos dos meses?

—Sí —dijo Raúl—. Me alegro de haber vivido esto. No lo lamento… Pero estoy muy contento de volver a casa y Marcos también…

Sergio vaciló aún y luego, agregó:

—Eso no es todo… Si mañana vamos a la embajada de Francia, se ocuparán de nosotros y nos repatriarán. No hay problema para nosotros. ¿Y Xolotl?… Se quedará solo en México… ¿Has pensado en lo que es vivir solo en una gran ciudad, como la capital de México? ¿Qué hará? ¿Lustrar zapatos en la calle?

—No había pensado en eso.

—La suerte de Xolotl me preocupa. Tiene sus pequeños defectos, como todo el mundo. Es algo mentiroso, además, pero es un buen chico. Un buen muchacho, muy gentil, y yo lo quiero…

—Él también te quiere —dijo Raúl—. Trata de darte gusto. Te presta muchos servicios. Tiene contigo unas amabilidades que no tiene con nosotros… No cabe duda de que te tiene afecto.

Raúl se calló unos instantes. Distraídamente, recogió una ramita muerta que se encontraba cerca de ellos y la partió en pedacitos.

—Si te quedaras en México —le dijo por fin—, ¿volverías allí? Quiero decir, al pueblo…

—Sí, volvería…

Sergio había respondido con rapidez, sin vacilaciones. Muy a menudo, después de la noche de Quetzalcóatl había soñado con lo que sería la vida en ese pueblo. Se imaginaba el viaje de vuelta. Se veía, volviendo a pasar con Xolotl por todos los lugares por donde habían pasado… Sería un viaje maravilloso… Luego, se arrancó con brutalidad de sus sueños.

—No puedo quedarme aquí. Mi padre me espera y no tiene a nadie más que a mí… Si no volviera, sería un golpe terrible para él. No puedo hacer eso. No, no me quedaré aquí, pero será duro.

—Pensaba que acabarías por decidir eso —le contestó Raúl—. Tienes razón. No puedes abandonar a tu padre. Debes volver… Pero vendrás aquí más adelante. Tienes toda una vida para regresar a México.

—Ya he pensado en eso —dijo Sergio—. Claro que tengo toda una vida por delante… Pero eso no arregla lo de Xolotl. Si me marcho, se quedará solo aquí.

Sergio vaciló. No le había hablado nunca a Raúl de la noche en que bajó en busca de Xolotl a la ciudad muerta, cerca del lago Chapala. Raúl no conocía la verdadera historia de Xolotl y no podía comprender por qué el joven indio necesitaba su amistad. Y Sergio se decía que no tenía derecho a revelar el secreto de Xolotl. Después de haber vacilado, agregó.

—Le prometí no abandonarlo… ¿Me comprendes?

Raúl se quedó un momento sin contestarle. Miraba el cielo donde las estrellas iban encendiéndose una a una, como si esperara encontrar allí una solución a las dificultades de Sergio.

—¿Y entonces qué? —dijo por fin—. ¿Qué vas a hacer? No puedes quedarte aquí ni vas a abandonar a Xolotl… ¿Cómo te las vas a arreglar?

—He reflexionado mucho —dijo Sergio— y no veo más que una solución. Hablaré con mi padre. Él aceptará con seguridad.

—¿Quieres decir que…?

—Sí. La casa es grande. Ya encontraremos una habitación para Xolotl. Y mi padre se gana bien la vida. No hay problemas de ese lado.

Raúl reflexionaba.

—Te aseguro que me asombras —dijo, al cabo de un rato —. Xolotl merece que hagan eso por él, desde luego… Pero no pensaba que lo harías… Entre nosotros, al principio no te era simpático. ¿No es cierto?

—Sí —reconoció Sergio—, pero eso no duró. Es un buen chico…

—No digo lo contrario, y si Marcos vive, es gracias a él.

—Ya sé que no para de mentir —continuó Sergio—. Pero ya estoy acostumbrado, y no se lo reprocho…

Hacía tiempo que Sergio pensaba eso… Desde su evasión de San Lucas, desde que Xolotl arriesgó su libertad por salvarlos a los tres. Aquella noche, Sergio creyó que terminaría su viaje con Xolotl, y eso no le desagradó. Luego, vino el día del escorpión, cuando Xolotl arriesgó su vida por salvar a Marcos. Y una cantidad de pequeños servicios que Xolotl les había prestado, un día tras otro… No se daba cuenta entonces, pero todo eso creó una amistad sólida,

poco a poco… Sergio se preguntaba qué diría su padre, y tuvo una breve vacilación, que ahogó muy pronto.

—En el fondo, no tengo un hermano —dijo—. Así, tendré uno…

Volvió la cabeza, pero era ya casi de noche y la cara de Raúl no se le apareció más que como una mancha negra en la sombra… Pero estaba seguro de que Raúl lo aprobaba, de que habría hecho lo mismo que él…

—Más adelante, volveremos… —dijo Raúl en voz baja.

—Sí.

Había una inmensa paz en los campos… Entonces, Raúl y Sergio oyeron unos pasos que se acercaban, y las voces de Marcos y Xolotl… Enfrente de ellos, en el horizonte, veían las colinas de Chapultepec y, más allá de esas colinas, un gran resplandor azulado, el reflejo de todas las luces de la ciudad de México.

PHILIPPE EBLY fue un autor de ciencia ficción del siglo XX, nacido en París y de nacionalidad belga. Los recursos que desarrollarán su apetito por las historias de aventuras son numerosos, uno puede citar, los álbumes de *Tintin* y *Snowy* o, en otro registro, *Ivanhoé*, que admira al Rey Ricardo Corazón de León. Este último trabajo no está relacionado con el libro que escribiría mucho más tarde *El que regresó de lejos*. A los dieciséis años, pasó un mes en Alemania. Es el comienzo de sus viajes que continuará como adulto entre México, Suecia y un país que lo fascina: Italia.

* * *

Philippe Ebly fue ingeniero metalúrgico en un centro de investigación científica. Su experiencia en esta área lo ayudará a hacer que las técnicas complejas del viaje en el tiempo sean creíbles y a dar un enfoque probable a sus fantásticas historias cuyo punto de partida a menudo se basa en la realidad. Esto permite que todos se pongan en la piel

de los aventureros para identificarse con uno de los personajes.

Al comienzo de su carrera, cuando apenas tenía veinte años, su actividad profesional lo llevó a Toulouse para una pasantía de dos meses. Entre los autores o novelas que fascinaron a Philippe Ebly, se puede citar a Stephen King, la novela de *El señor de los anillos*, *Les Rois maudits* de Maurice Druon o *Sinouhé l'Egyptien* de la que se inspiró y escribe *Voluntario para lo desconocido*.

* * *

Su primer libro, *Sanderloz Depth 0*, que nunca se publicó, fue escrito alrededor de 1967. Es una historia de anticipación, cuyo telón de fondo es la tercera guerra mundial y la supervivencia después del cataclismo nuclear. Pero fue en mayo de 1971 que probó suerte con *Destino Uruapan* con la editorial Hachette jeunesse. Este libro es el primero de una larga serie de aventuras (21 en total) que llevará el nombre de «Los conquistadores de lo imposible».

La primera publicación data de diciembre de ese año, luego la serie fue traducida a varios idiomas, en gran parte reeditada y revisada por el autor entre 1993 y 1995. La última aventura de *Los conquistadores de lo imposible* en Hachette se publicó en 1996 *Misión sin retorno*. Mientras tanto, han surgido otras dos series: Time Escapes y Patrollers del año 4003. Esta última serie responde a una expectativa del público de historias dirigidas hacia el futuro.

* * *

Su buena relación con los ilustradores Yvon Le Gall o, más recientemente, con Erik Juszezak ha establecido un vínculo de confianza y complementariedad. En este espíritu, la metamorfosis del primer Serge (atraído por Yvon Le Gall) a la de un adolescente de los 90 (por Erik Juszezak) fue un éxito, según el propio autor.

Philippe Ebly no solo escribió. Participó activamente en la promoción de sus libros a través de una actividad que le gusta, su reunión con lectores, principalmente en universidades francesas. Regularmente, visitaba una escuela privada en el XII distrito de París, pero también en otras ciudades como Dunkerque, Châteaubriant, Grenoble, Lille, etc… En Evian, la colaboración activa entre profesores y estudiantes por un lado y Philippe Ebly, por el otro, permitieron escribir la última novela de *Los conquistadores de lo imposible*, *Misión sin retorno*.

El autor también estuvo presente en ferias de libros, en Montreuil (suburbio de París) en 1987, en Bailleul (suburbio de Lille) en 1989, en Troyes en 1993, pero también en Le Mans. Estos largos días de reuniones que le permitieron dialogar con otros autores e intercambiar con su público representaron cada vez para él una alegría sin disfraces. Todos los que se acercaron a Philippe Ebly podrán decirlo: este autor ha preservado el alma de su infancia, su capacidad de maravillarse y comprender a los jóvenes. Su imaginación fértil felizmente cruza el tiempo porque la imaginación no tiene barrera.

* * *

La colección se detuvo en 1997, pero el autor tenía en su reserva varios manuscritos inéditos (en particular, *Le prisonnier de l'eau*, la vigésima novela de *Los conquistadores de lo imposible*). Desde 2002, publicó cuatro cuentos en Éditions Averbode, y en el mismo año, Éditions Degliame reeditó una gran parte de la serie Conquerors of the Impossible y las primeras Escapes of Time. Pero las ediciones de Degliame cesaron sus publicaciones en 2005. No fue hasta 2007 que las ediciones de Temps Impossible finalmente publicaron *El prisionero de agua*, luego el *Perro que maulló* y una colección de cuentos, En el río del tiempo.

Su talento fue recompensado con dos premios: en 1976, el premio de la feria familiar en Lille para *La voûte invisible*, y en 1993 en Valenciennes, el premio literario 4.º libro de visitas de jóvenes lectores en la categoría junior, para *Chasse au tigre en Corrèze*. Pero su mejor recompensa es el apego de sus lectores a sus aventuras. Recibió cientos de cartas de sus admiradores, cartas que fueron respondidas cada vez a pesar de su apretada agenda. Es una gran cualidad para Philippe Ebly tener tanto respeto por sus lectores…

Philippe Ebly murió pacíficamente el 1 de marzo de 2014 en Bélgica, pero continúa iluminando los sueños y los corazones de todos sus lectores, pasados, presentes y futuros.